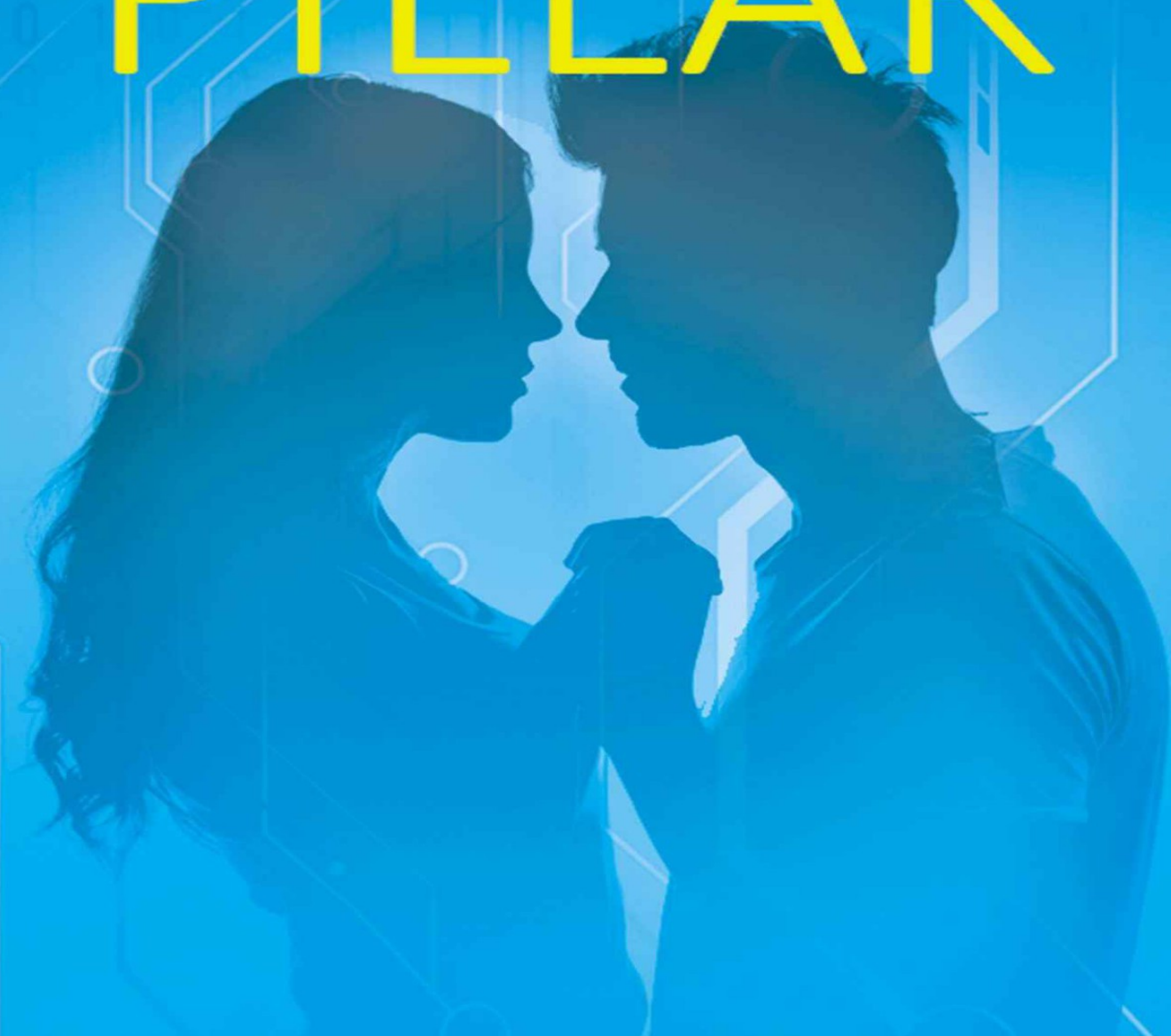


ANNA ANUDI

NO ME
WAS A
PILLAR



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o alterado su contenido sin previo consentimiento del autor.
Copyright © 2019 ANNA ANUDI
© 2019 Espacio Anudi
Diseño de portada: EdContratipo
Todos los derechos reservados.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

Dedicado a mi familia y a todos los lectores que confían en pasar un buen rato leyendo.

Capítulo 1

— ¿Todavía estás aquí? —preguntó Silvia en un susurro en cuanto abrió los ojos esa mañana de abril. Necesitaba comprobar si realmente estaba sola.

No tuvo respuesta y sintió curiosidad por saber si Alex seguía con ella, pero su mano recorrió la suavidad de las frías sábanas y no encontró a nadie a su lado. Se sintió sola y confusa. Su cabeza daba vueltas intentando descifrar si la noche apasionada que había disfrutado era real o un producto de su imaginación. «Con lo guapo que era y aquí estoy sola y desvariando, ¡es que no tengo remedio!».

Poco podía suponer que, a partir de ese día, su vida estaría inmersa en una espiral de incógnitas y engaños.

Se levantó, era muy temprano, todavía estaba amaneciendo y miró a su alrededor, ciertamente él no estaba en su habitación. Se asomó a la ventana y vio que no había ni rastro del chico, ni de la moto con que la había acompañado a su casa. Pero,... algo más le llamó la atención: un cochazo negro estaba aparcado en la esquina y un hombre vestido con traje negro estaba apoyado en él y parecía que estaba mirando hacia su ventana, a través de sus gafas de sol. «¡Qué hace ese tío ahí a estas horas de la mañana y con gafas de sol!». Tenía la mente aturdida y no le dio más vueltas, ya pensaría en ello más tarde.

Silvia vivía en un apartamento pequeño en la calle Fusina, situada en el barrio del Born de Barcelona y recordaba que la noche anterior había salido de fiesta con su amiga María. Los problemas en el trabajo la tenían estresada, llevaba unas semanas con muchas tareas por hacer y poco tiempo, necesitaba distraerse, por lo que se había dejado arrastrar por ella. Habían ido a un local que estaba lo bastante alejado de su barrio

como para no atreverse a volver andando sola y con unas copas de más, en la zona del Raval. Recordaba el local como un sitio oscuro y ruidoso, lleno de humo y grafitis en las paredes.

Durante horas habían bailado y Silvia reconocía que había bebido más de lo que ella solía, que era tan solo una copa de vez en cuando. Estando achispada, recordaba, conoció a un chico, Alex, que le pareció guapo e interesante. Era rubio y tenía unos ojos azules que quedaban un poco ocultos por el largo flequillo; le gustaba su pelo liso que olía a aire de mar. Vestía de forma informal, era atractivo y, además, había mostrado interés por ella desde el primer momento en que se habían visto. Le había sorprendido que se le acercara para invitarla a una copa, porque ella se consideraba una chica del montón.

Después de ese crucial momento en que había conocido a Alex, los recuerdos se difuminaban y le venían a la mente escenas puntuales que recordaba haber vivido, como que había bebido alguna copa de más, algún beso intenso en un rincón, él le había dicho: —acompañame—, el viaje en una moto color rojo chillón, su apartamento y allí terminaba su fantasía. No recordaba si Alex había subido o si había estado sola toda la noche. «Quizá ha sido todo un sueño», pensó.

Aunque era muy pronto, prefirió ir a la cocina y prepararse una taza de café, quería aclarar sus ideas y que se le fuera ese horrible dolor de cabeza.

Silvia era lo que solía decirse una buena chica, responsable y bastante reservada, sin embargo, después de valorar pros y contras, había tenido el valor de dejar su casa y a sus padres siendo todavía muy joven para trasladarse a vivir a Barcelona. Había llegado a la ciudad condal hacía un par de años, dejando atrás su querida ciudad natal, Zaragoza y ahora, se podía decir que estaba acostumbrada a su independencia y a vivir sola.

Se lanzó a su independencia cuando consiguió terminar sus estudios, aportando a su currículum un Grado en Derecho y un Master en Protección de Datos. Una vez que terminó la carrera, le fue fácil escoger la especialización de su Master, puesto que le llamaba mucho la atención todo lo relacionado con los datos y la informática. Como era un campo con mucho potencial y había pocos especialistas en el tema, en pocos meses había encontrado trabajo en un bufete de la ciudad de Barcelona.

Además, se había atrevido a vivir sola en un pequeño apartamento alquilado y tenía la suerte de contar con su amiga María.

María también trabajaba en la misma empresa, aunque no era abogada, sino que se ocupaba de tareas administrativas. Era más bajita y delgada que Silvia, un auténtico terremoto, siempre riendo y con ganas de fiesta.

Las dos eran muy distintas, pero se complementaban bien, Silvia necesitaba a alguien que tirara de ella y María a alguien sensato a su lado. Se habían conocido en el trabajo. Cuando Silvia entró en el bufete llegó con ganas y muy poca experiencia, María se dio cuenta que necesitaba apoyo y entre las charlas del café y las de la comida, fue surgiendo una buena amistad.

El apartamento de Silvia era tan pequeño que la tenue luz de la cocina iluminaba parte de la habitación. Se preparó el café y cuando fue hacia el sofá cama, se dio cuenta que había una cartera en el suelo. Cuando se había levantado no la había visto, le había pasado inadvertida.

Primero se quedó sorprendida ya que estaba más dormida que despierta, pero después tuvo curiosidad. Se arrodilló y la recogió. Era una cartera de color negro, de piel, se veía bastante nueva y cuidada. La abrió, contenía algunas tarjetas a nombre de Alejandro Rodríguez. No había documentación, pero sí que había la foto de una pareja. La foto era de Alex, no había duda, y estaba con una chica, seguramente, alguien importante para él por lo unidos y sonrientes que aparecían.

Se sentó en el sofá con la cartera en la mano, la iba acariciando con el pulgar mientras se iba formulando muchas preguntas y la conclusión era evidente: su chico misterioso había estado allí mismo.

No se encontraba bien, tenía resaca, le dolía la cabeza y le costaba pensar. Era muy temprano, pensó que lo mejor era echarse de nuevo y descansar, en unas horas llamaría a María. «Ella sabrá qué hacer».

Pasaron unas horas y decidió que ya había pasado un tiempo prudencial para llamar a su dormilona amiga. Cogió el móvil para contactar con ella esperando que estuviera despierta. Después de esperar unos segundos que le parecieron eternos, no tuvo respuesta y colgó. No era lo que ella esperaba ya que estaba segura de que su amiga estaba en casa, aunque

no parecía tener mucho interés en escucharla, pero le daba igual, ella necesitaba hablar con alguien, así que decidió ir a verla. Rápidamente se puso unos vaqueros gastados, un jersey grueso holgado y unas bambas, le apetecía ir cómoda, y bajó corriendo por la escalera.

El apartamento de Silvia era muy coqueto y céntrico. Era pequeño porque tenía un solo espacio compuesto de una cocina americana y un saloncito donde tenía el sofá cama; y estaba decorado con buen gusto, pintado de tonos pálidos y con mobiliario minimalista. Estaba situado en una finca antigua, no había ascensor y la escalera era estrecha. Suerte que vivía en un segundo piso y no le suponía un gran problema subir y bajar a la calle. Silvia estaba encantada de vivir allí.

La casa de María estaba a tan solo dos calles de distancia, cerca de la basílica de Santa María del Mar, también conocida como la Catedral del Mar. A esas horas de la mañana, todavía se podía pasear tranquilamente por la zona ya que después se llenaría de turistas afamados por visitarla. A Silvia le gustaba mucho vivir en el barrio del Born, al estar situado en la zona antigua de la ciudad le recordaba un poco a su propio barrio en Zaragoza, estaba lleno de pequeños comercios antiguos y también tenía el encanto de contar con gente de diversas nacionalidades, era un barrio lleno de contrastes.

A los pocos minutos, se vio en el portal de su amiga. Frente al mismo, había aparcado el mismo coche negro lujoso que destacaba en la humilde callejuela y a su lado una moto de color rojo, que le pareció idéntica a la que se había subido la noche anterior con Alex. «La cabeza se me va, ¿me estoy imaginando que me siguen o es mucha casualidad?, ¡va... no seas tonta!».

La finca donde estaba el piso de María también era antigua, contaba con un viejo ascensor que parecía más bien un montacargas por el ruido que hacía y lo lento que iba, así que ella siempre prefería subir por las escaleras. A medida que iba subiendo, se preguntaba si había sido buena idea ir a su casa sin haber podido hablar antes con ella, «¿y si se quedó bailando con algún chico y después se fue con él?, ¿y si le molesta que me presente sin avisar?», pensó que eran demasiadas preguntas para lo

confundida y aturdida que se sentía. Tan pronto como llegó al rellano, llamó insistentemente, hasta que la puerta se abrió mostrando la cara de sueño de María.

— ¿Estás ya despierta?

— ¡Qué pregunta Sylvi!

—Vaya, lo siento, no quiero molestarte ¿estás sola?

—¡Claro! ¿y tú?, ¿cómo es que no estás con tu bomboncito?

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Silvia para ver hasta dónde sabía ella.

—Pues ya sabes Sylvi, el chico con el que te largaste ayer y me dejaste plantada en el local.

—De él quería hablarte. ¿Puedo pasar? —pidió Silvia ya que todavía estaban hablando en el umbral de la puerta.

—Va pasa, siéntate, estaba preparando café con tostadas, así me cuentas mientras vamos comiendo.

Se sentaron las dos a desayunar, para ponerse al día sobre la noche anterior.

—Mary, no me acuerdo qué pasó anoche, tengo imágenes de que me fui con Alex y que me llevó hasta el portal con su moto, pero a partir de ahí nada, de nada.

— ¿Cómo que nada de nada?, ¿no pasó nada?

— ¡Qué no recuerdo nada! —contestó exasperada.

—Déjame que te recuerde que estuviste bebiendo más de la cuenta, que bailabas como una loca y cuando se te acercó tu guiri, porque el chico rubio, alto, con ojos azules, no parecía de aquí, te lanzaste a bailar con él y no sé cuántas cosas más.

— ¿Y después que pasó? —le preguntó Silvia.

—Pues chica, si no lo sabes tú.

—Por eso he venido para que me ayudes. Y ¿sabes lo que es más intrigante?

— ¿Qué?

—Esta mañana me he encontrado su cartera en mi habitación, así que por lo menos subió a mi apartamento —explicó Silvia dejando la cartera encima de la mesa.

María se despertó de golpe al ver la cartera, la abrió y sacó todo lo que había en su interior: tarjetas, algo de dinero, la foto de la pareja. No había documentación, por lo que no tenían una dirección.

—La llevamos a la policía y asunto zanjado —propuso María volviendo a guardar todo en su interior, no quería problemas.

—Pero es mi oportunidad de volver a encontrarlo, si llevo la cartera a la policía no tendré ninguna otra pista.

—Sylvi, esto ha sido un rollo de una noche, no quieras más, no te obsesiones ahora. Ya ves, si lleva encima la foto de la amiga o novia, o quién quiera que sea.

—He visto en la calle una moto roja como en la que me subí con él, ¿no será algún vecino tuyo?

— ¿Vecino? No creo, yo no lo había visto antes y te aseguro que me hubiera fijado.

Las amigas siguieron charlando, comentando entre risas la noche anterior, a quienes habían visto y qué había pasado con el chico misterioso.

Cuando estuvieron hartas de estar en casa, aprovechando que era sábado y no tenían que ir a trabajar, decidieron ir de compras dando un paseo por las callejuelas del centro de la ciudad. No podían hacer nada más con la cartera del chico. Quizá por la tarde podrían preguntar si lo conocían en el local donde se encontraron la noche anterior.

Al salir a la calle la moto roja ya no estaba, por lo que Silvia se quedó con ganas de mostrársela a su amiga, sin embargo, el cochazo negro seguía ahí. Miró con más atención y vio que había un chofer con gafas oscuras que las observaba, seguro, era el mismo que había visto esa misma mañana al lado de su casa. Era como los guardaespaldas que veía en las películas: trajeado, camisa blanca, con corbata y expresión seria. Parecía que estaba esperando a que alguien subiera, antes no se había fijado si el coche estaba vacío o no. No le dieron mayor importancia y comenzaron a pasear, charlando y riendo, pronto se olvidaron las chicas del coche, la moto y la cartera.

Estaban en abril, sin embargo, hacía un día caluroso y María había decidido ponerse una camiseta verde de manga corta, unos pantalones holgados de lino y unas sandalias. Además, previendo el calor llevaba el pelo recogido en una coleta con una cinta de color verde, parecía sacada de un anuncio de ropa de la primavera. El conjunto quedaba muy

resultón y suponía un contraste con el cómodo atuendo de invierno que llevaba Silvia.

Callejearon por infinidad de calles, repletas de terracitas llenas de turistas afamados de sol y entraron en muchas tiendas de ropa de marcas conocidas. María siempre le insistía en que se comprase ropa más ajustada, que enseñase sus atributos, como ella decía, pero Silvia no se sentía cómoda y prefería seguir su propia moda de ropa holgada para el fin de semana y sus trajes chaqueta para los días de trabajo. Sin embargo, como recorrieron tantas tiendas, acabó cediendo y se compró un par de camisetas y un vestido, todo demasiado ajustado para su gusto.

Entrada la tarde, entraron en el local donde Silvia conoció a Alex, preguntando si reconocían al chico de la foto, para saber dónde encontrarlo y devolverle la cartera, pero nadie supo decirles nada. Lo que más enojaba a Silvia era que había estado con él unas horas, imaginaba, ya no lo sabía seguro, y no había sido capaz de pedirle algo de información para seguir en contacto. «Alex o Alejandro hay un montón de gente que se llama como tú, me has dado pocas pistas, por lo que me será una tarea difícil volverte a encontrar», pensó Silvia. Tenía un buen recuerdo de él, le había gustado mucho, así que seguir buscándolo para devolverle la cartera suponía una excusa para acercase a él.

Era casi de noche cuando Silvia llegó exhausta a su casa, había sido un día muy entretenido, con María nunca se aburría. Después de prepararse una cena sana y ligera, puesto que al mediodía su amiga había insistido en que comiesen en una hamburguesería, recordó todo lo que había pasado desde que conoció a Alex la noche anterior. Medio recostada en su sofá cama iba recreando imágenes que le venían a la mente de cuando estaban los dos. Intentaba hacer un esfuerzo para acordarse de más, de si ciertamente habían llegado a estar juntos o no, pero no había forma. Al final, pensó que, a no ser por la cartera olvidada, todo podía haber sido producto de su imaginación.

Se quedó medio adormilada porque la noche anterior no había dormido suficiente, pero después de dar varias vueltas en la cama, ya que se sentía inquieta, se levantó de nuevo. Se acercó a la ventana porque entraba mucha luz del alumbrado de la calle y quería correr las cortinas. Cuando estaba al lado de la ventana, miró hacia la esquina con el paseo Picasso y

le pareció ver que estaba estacionado el mismo coche negro que ya había visto un par de veces, en su casa y delante de casa de María. Desde la ventana no podía apreciar si había alguien dentro o no, pero la situación parecía muy extraña. «¡Que fuerte!, esto sí que ya me parece muy raro».

En ese momento dudó si debía bajar a la calle para comprobar que no había nadie dentro del coche controlándola, pero se convenció de que era una tontería, que mejor le iría si se quedaba descansando. Así que se echó de nuevo e intentó dormir deseando que no fueran a por ella.

Capítulo 2

Los rayos de sol que se colaban, levemente, a través de las cortinas la despertaron. Se comenzó a desperezar y le vino a la mente el coche negro, así que se levantó y fue a otear por la ventana. El coche seguía allí, aunque tampoco le pareció tan extraño ya que tan solo habían pasado unas horas desde que se había acostado y por la noche no había demasiado movimiento, era una calle bastante silenciosa solo había bullicio de gente a media mañana o a media tarde cuando los turistas extranjeros se acercaban a por las tapas de los bares de la zona.

Era domingo y quería pasar un día tranquila, holgazaneando en casa sin hacer gran cosa, pero cuando se acordó que tenía en su poder, todavía, la cartera de Alex, se preocupó porque quería encontrar una solución. Se levantó del sofá, volvió a coger la cartera, que se había quedado encima de la mesa, y la abrió de nuevo. El hecho de tenerla en su casa la inquietaba. No quería darle más vueltas, ni seguir sin tener respuestas sobre Alex. Seguro se habría dado cuenta que había perdido la cartera en su casa. «¿Por qué no habrá venido a buscarla?». Así que decidió que era mejor acercarse a la comisaría de policía para entregar la cartera y explicar al agente alguna historia, como si se la hubiera encontrado en la calle.

Se vistió rápido y sin mucho esmero, bajó las escaleras y antes de salir del portal miró el coche. Sí, seguía allí y dentro había el mismo hombre con gafas negras. No sabía qué hacer, aunque se decidió a salir, no podía quedarse encerrada en casa eternamente.

Tan solo abrir la puerta, el hombre del coche giró la cabeza hacia ella. Aunque llevaba unas gafas oscuras, a Silvia le pareció que la estaba

mirando fijamente. ¡Estaba harta, ya estaba bien de tanto misterio!, así que optó por acercarse al coche y hablar con él.

«¿Será un agente secreto?, ¿un ladrón?, ¿un acosador?», su mente le iba dando vueltas a la situación.

Los cristales del coche estaban cerrados y tuvo el valor de dar con los nudillos en el cristal para poder hablar con él. Pero no pasó nada, el conductor la seguía mirando, pero no hizo ademán de bajar el cristal. Silvia se cansó de esperar y comenzó a andar para alejarse del coche. Cuando estaba casi doblando la esquina, se giró para dar otro vistazo y se quedó asombrada cuando vio al chofer de pie, recostado en el coche, con los brazos cruzados y mirándola con sonrisa socarrona. Era muy alto y se le veía fuerte, debía tener treinta y tantos, pelo negro e iba vestido con el mismo traje y corbata, como si fuera un chofer que esperara a algún pasajero vip.

Comenzó a tener miedo, pero se mentalizó que eso no iba con ella, el hombre no le había dicho nada, solo la había mirado cuando la había visto, no la acechaba ni la molestaba. Decidió que era mejor olvidar el coche y al conductor, que suponía debía estar vigilando a alguien más, quizá a algún vecino y que, para pasar el aburrimiento, se estaba riendo de ella. Esa mañana tenía una misión que hacer y no podía estar perdiendo el tiempo. Los domingos no quería tener obligaciones, así que cuanto antes entregara la cartera y se olvidara de Alex mejor, más tranquila se quedaría.

La comisaría estaba cerca de su casa, llegó en pocos minutos y a esas horas de la mañana del domingo había poca gente. Nunca había entrado en una comisaría y le daba mucho respeto, por lo que deseaba terminar lo antes posible. Sin embargo, tuvo que esperar pacientemente a que acabaran de atender a una mujer mayor a quien parecía le habían robado el bolso. Mientras esperaba su turno, Silvia estuvo siguiendo la conversación de la mujer y le dio lástima, no parecía que le sobrara el dinero y quizá le habían sustraído lo que necesitaba para comer. Estaba inmersa en sus pensamientos cuando llegó otro policía que le indicó que podía pasar delante de él hacia lo que parecía un despacho. Mientras que él se sentaba en la angosta mesita, frente a un ordenador, Silvia miraba los posters colgados en la blanca pared, como si fueran lo más interesante que hubiera visto.

— ¿Su nombre? —le preguntó sacándola de su ensoñación y Silvia, después de mirarlo fijamente e intentando situarse de nuevo, fue respondiendo a los datos personales que le iba preguntando.

Entonces llegó el momento en que tuvo que dejar la cartera encima de la mesa.

— ¿De qué conoce a Alejandro Rodríguez? —le preguntó el policía en cuanto abrió la cartera y vio los documentos.

Su plan era entregar la cartera explicando que se la había encontrado en la calle y por tanto no conocía de nada al tal Alejandro. Pero no era cierto y Silvia se vio en un dilema: «¿Iba a mentir al policía?, pero si decía que sí que lo conocía tampoco podía explicar demasiado de él, en realidad nada, solo sabía que se llamaba Alex y que tenía una moto de color rojo. Quizá habían pasado la noche juntos o quizá no había pasado nada, aunque ese detalle al policía tampoco le importaba», pensó.

Entre sus cavilaciones vio que el policía estaba mirándola fijamente esperando una respuesta.

—De nada, no lo conozco, me encontré la cartera en la calle, cerca de mi casa —contestó Silvia con la mayor convicción posible.

El policía siguió observándola, se la veía tan nerviosa que dejaba entrever que tenía algo que ocultar, pero él terminó el interrogatorio con algunas preguntas más y la dejó marchar dándole las gracias, ya que, en el fondo, ella había hecho una buena acción, hubiera podido olvidarse de la dichosa cartera dejándola en la calle con sus tarjetas y la foto que la corroía cuando la miraba. «¿Quién sería ella?», pensaba Silvia, con un ataque de celos por nada.

En cuanto terminó el interrogatorio y vio que podía salir de allí, se levantó lo más rápido que pudo con ganas de olvidarse de todo ese asunto. Regresó de nuevo a casa con la intención de acabar de pasar un domingo tranquilo.

Sin embargo, a medida que iba acercándose a su casa a Silvia le iba aumentando la desconfianza. Ya desde lejos podía intuir que el coche negro seguía aparcado donde ella lo había visto la última vez, esa misma mañana. Cuando se acercó todavía más, pudo ver que el conductor volvía a estar dentro, pero esta vez se había quedado dormido, llevaba las gafas

puestas y la cabeza ladeada, se le veía relajado. «¿Por qué no se va?», se preguntaba ella.

Su primer instinto de venganza, por lo harta que ella estaba, era tomar acción y comenzar a aporrear el coche para que se fuera de allí, se sentía observada, pero después se lo pensó mejor y creyó que si pasaba de él acabaría marchándose, además que no estaba segura si la vigilaba a ella o no.

Se dirigió a su portal y subió a su piso dando grandes zancadas, subiendo los peldaños de dos en dos, se sentía alterada. Al llegar a su rellano abrió la puerta rápidamente y entró dando un portazo y lanzando un suspiro; no era justo, ella no había hecho nada malo, al contrario.

Después de comer ligeramente, ya que después de tantas emociones no tenía ni hambre, escogió una película que le apetecía y se tumbó en el sofá a descansar. Normalmente, se ponía alguna película romántica y como las tenía tan vistas le entraba un sueño del que le era imposible escapar. Estaba disfrutando de una buena siesta cuando el timbre de la puerta sonó de forma estridente, se despertó bruscamente y vio que la película había finalizado.

Se levantó con lentos movimientos y antes de abrir la puerta, se miró en el espejo, su pelo negro normalmente brillante y bien peinado, lo tenía sujeto en una cola y se veía enmarañado; sus ojos verdes estaban enmarcados en unas ojeras grisáceas, no tenía buen aspecto.

El timbre volvió a sonar insistente y dejó de mirarse para abrir la puerta.

— ¡Mary!, ¿qué haces aquí?

—Bueno, si te molesto me voy, ayer te vi preocupada y he venido para estar contigo.

—Gracias, no, no me molestas —le dijo mientras la abrazaba y le dejaba espacio para que pudiera pasar— es que no te esperaba. La verdad es que te agradezco que hayas venido.

María iba a menudo a casa de Silvia, las dos chicas tenían mucha confianza, así que no dudó y entró directa al salón, se quitó los zapatos y se estiró en el único sofá que había en la estancia. Cuando Silvia se acercó, le apartó las piernas y se sentó en la otra esquina.

— ¿Qué?, ¿sabes algo más de tu chico?

—Sabes que no es mi chico y no, no sé nada más de él.

—Reconoce que te gustaba.

—Sí, no lo dudo, Mary, pero quisiera poder recordar qué pasó entre nosotros esa noche. Además, como no hay forma de dar con él he preferido devolver hoy la cartera.

—Ah, ¿sí?, hubiera podido ir contigo esta mañana, de haberlo sabido —dijo María incorporándose para poderla mirar a los ojos.

—No te preocupes, gracias, el policía me trataba con desconfianza, no sé por qué, ya que yo solo he devuelto algo extraviado por alguien, ya está.

—Bueno, pero ya la has entregado, olvídate de la cartera y del policía.

Las chicas siguieron hablando y Silvia, mucho más relajada por sentirse acompañada, le preguntó si se había fijado en el coche negro que había en la esquina de su casa.

—Es el mismo que estaba cerca de tu casa cuando fui ayer por la mañana y después, por la noche estaba aquí enfrente —dijo señalando hacia la esquina como si estuviera apuntando hacia el coche— igual que hoy.

— ¡Qué emocionante!, ¿tú crees que te sigue?

—No sé por qué, he intentado hablar con el tipo que está en el coche y no he podido, pero siempre que paso me está mirando.

—No le des importancia y si te da miedo bajo contigo y le obligamos a hablar.

—Como si fuera tan fácil. Mejor no, dejémoslo tranquilo y ya veré, si en unos días sigue ahí, iré a la policía, no quiero cerca a ningún acosador.

Silvia y María siguieron compartiendo confidencias el resto de la tarde, conversando sobre trabajo, amigos y de muchas otras cosas más. María era muy parlanchina y divertida, Silvia nunca se aburría con ella. Cuando ya oscureció, María prefirió ir a su casa porque al día siguiente tocaba trabajar.

— ¡Qué tarde se ha hecho!, Sylvi, mañana nos vemos —se despidió María dándole un abrazo.

—Vale, cuídate, si ves al tipo del coche ni te acerques, que te conozco.

Después de hacer jurar varias veces a María que no se metería en líos, abrió la puerta y de nuevo se quedó sola. Como sabía que su amiga era muy capaz de ir directa hacia el coche, prefirió acercarse para mirar

disimuladamente por la ventana, dio un suspiro de alivio al ver que el coche había desaparecido.

Se preparó un sándwich vegetal, se puso su cómodo pijama y se recostó en su sofá cama dispuesta para ver cualquier película antes de ponerse a dormir. Ese día había tenido demasiadas emociones, para ser domingo, casi que estaba deseando que fuera lunes para estar ocupada y olvidarse del tipo del coche.

Capítulo 3

El lunes por la mañana, a diferencia de mucha gente, Silvia estaba contenta por tener que ir a trabajar, le gustaba su trabajo y le suponía una distracción a los conflictos que había vivido el fin de semana.

Le agradaba ir bien arreglada al trabajo, se puso un conjunto de chaqueta pantalón oscuro acorde con la forma de vestir del resto de mujeres de la oficina. Se dejó el pelo suelto, que le caía lacio en una corta melena negra y enmarcaba una cara alargada de piel pálida y ojos verdes, para dar un poco de color se pintó los labios de un rojo suave. Se calzó unos zapatos con tacón bajo, puesto que iba andando hasta el bufete, cogió un abrigo no muy grueso, ya que era el comienzo de primavera, el bolso y salió a la calle. Éste estaba situado en el paseo de Gracia, era un bufete de abogados de renombre y la zona era inmejorable.

En el bufete siempre había mucho que hacer y ahora estaba trabajando en un caso bastante complicado que le habían adjudicado. Silvia se había especializado en el tratamiento y protección de datos y una empresa tecnológica les había contratado porque pensaban que se estaban sacando datos confidenciales de forma ilegal.

Cuando María terminó de clasificar archivos, le dio la carpeta con todos los expedientes, mientras que le informaba:

—La visita de la empresa llegará en una horita, te dejo tiempo para que lo revises y te aviso.

Silvia se lo agradeció y se concentró en leer todos los documentos que tenía sobre el caso para hacerse una idea general. Por lo que pudo entender, en resumen, la empresa TX Tech se dedicaba a crear software a medida para empresas, con el objetivo de mejorar formas de trabajo. Es decir, cuando las empresas querían hacer cambios, a veces compraban

programas informáticos para hacer las tareas de forma más rápida y es cuando contactaban y compraban a TX Tech.

Por lo que vio, era una empresa de reciente creación, habían comenzado hacía tan solo cinco años, pero había crecido rápidamente porque sus productos habían tenido muy buena aceptación entre las empresas. Ahora contaba con una buena lista de clientes.

Silvia siguió repasando sus apuntes y vio que Carlos Martín, era uno de los cofundadores de la empresa, que había iniciado con su amigo Blas Millán, «seguro que eran dos amigos que decidieron crear una empresa, los dos juntos, como socios», pensó ella.

Y siguió leyendo: Blas era el experto técnico, un desarrollador informático, quien tenía claro el proyecto y cómo ejecutarlo, pero era una persona sumamente introvertida que no acababa de entender cómo explicar a los demás sus ideas. Él lo veía claramente y lo ejecutaba, pero sus relaciones interpersonales eran bastante escuetas. En cambio, Carlos era totalmente opuesto, entendía poco de informática y aplicaciones, sin embargo, le gustaba mucho más el trato con las personas, así pues, él se dedicaba a la venta de los proyectos que generaba Blas.

Con esos datos, Silvia se daba cuenta que los dos se debían complementar perfectamente y eso se notaba en la facturación de la empresa. Habían crecido rápidamente.

Silvia seguía repasando notas y hablando sola «Vaya, ya lo entiendo, Blas hacía todo el trabajo de desarrollo y creación de los programas informáticos y cuando estaban hechos era Carlos quien los vendía a las empresas, como les iba tan bien tuvieron que comenzar a contratar a más personal y a ampliar la empresa».

Seguía inmersa en los documentos cuando María le confirmó que la visita ya había llegado, por lo que se preparó para comenzar a sacar el máximo de información de la entrevista.

Carlos le contó a Silvia el detalle de la operación, de cómo comenzó la empresa y de cómo habían ido creciendo hasta formar una plantilla de cuarenta trabajadores, de los que cinco eran informáticos que creaban nuevos proyectos junto con Blas. También, le explicó a fondo el problema con el que se habían encontrado:

—El comité de dirección de la empresa TX Tech ha llegado a la

conclusión de que se han filtrado datos confidenciales que han ido a parar a la competencia, este hecho nos está comenzando a generar pérdidas en el negocio. Además, si se da a conocer públicamente y salen a la luz ciertos detalles sería un escándalo —explicaba de forma grandilocuente.

Carlos era de estatura mediana, no muy alto y de complexión bastante delgada. Llevaba un traje chaqueta gris con una corbata azul oscuro, debía tener alrededor de los treinta y mostraba el típico porte comercial de seguridad y dominio del que sabe de lo que habla.

— ¿Qué cargo tienes en la empresa? —preguntó Silvia que estaba tomando notas, totalmente inmersa en intentar entender el caso.

—Soy cofundador y el responsable de la parte comercial del negocio, estoy aquí en nombre de la empresa.

— ¿Quiénes sois los responsables de la empresa?, el comité que indicas del que eres portavoz.

—Comenzamos siéndolo Blas Millán y yo, después se incorporaron inversores Business angel, BA, ya sabes personas que estaban interesados en nuestro negocio y decidieron apostar por nosotros. Pues estos BA nos aportaron su confianza y su capital, cuando estábamos en nuestros inicios, por esto les estoy sumamente agradecido. Sin embargo, al entrar ellos como participantes en el accionariado (son tres accionistas que invirtieron con sus propios fondos) han acabado manejando la empresa como ellos han querido. Los BA tienen sus propias ideas de cómo manejar el negocio y aportan una parte empresarial de ejecución de la que, ni yo ni Blas, tenemos suficiente conocimiento.

—Entonces, vuelvo a la pregunta ¿Quiénes os habéis quedado en el comité directivo? ¿Cómo está repartido? —siguió indagando Silvia.

—Los accionistas BA tienen el 60% de las acciones de la empresa y el 40% restante nos lo hemos repartido entre Blas y yo.

—Me da la impresión de que lamentas haber perdido el control de vuestra empresa.

—En parte sí porque la creamos Blas y yo desde cero, pero como te decía, sin los conocimientos, ni el dinero de esos BA no hubiéramos llegado donde estamos, les estoy agradecido que invirtieran y confiaran en nuestro proyecto.

—Ya veo, de acuerdo. Entonces para volver al inicio del caso, pensáis

que se están sacando datos confidenciales de forma ilegal. ¿Cómo os dais cuenta de este hecho?

—Porque durante meses hemos estado trabajando en el desarrollo de tecnología informática y creemos que es un proyecto muy competitivo porque puede ayudar mucho al trabajo en las empresas y aporta soluciones innovadoras que no están en el mercado. Hace unos días, fui a la empresa de un cliente y cuál fue mi sorpresa cuando vi que el cliente me enseñaba orgulloso una herramienta, que había comprado a la competencia, TD (Tech development). Pues no te lo creerás, era la misma que habíamos hecho nosotros, estaba viendo la solución de software con la que llevábamos meses trabajando —dijo con tono apenado.

—Es decir, que vuestro competidor TD, no solamente tenía vuestro mismo desarrollo, sino que se la había vendido a vuestro cliente.

—Correcto, así es —confirmó Carlos nervioso.

Silvia lo observaba con detenimiento, o era muy buen actor o la situación le estaba afectando muy directamente.

—Por si fuera poco, he visto un cambio de actitud del resto de directivos, les veo con desconfianza hacia mí, como si no quisieran hacerme participe de las decisiones —prosiguió—. Como soy el responsable comercial y la herramienta que se ha filtrado a la competencia es de mi departamento, han surgido sospechas sobre mí y esto es algo que me supera, no he sido yo, al contrario, soy de las personas más afectadas por esta situación.

— ¿Por qué crees que el resto de directivos sospecha, te han acusado de algo?, además te han hecho portavoz en nombre de la empresa, si no confiaran en ti, no estarías aquí —apuntó Silvia.

—Tienes razón y es cierto que no me han acusado directamente ya que nadie de nosotros sabe quién es el que filtra la información, pero fíjate qué me pasó, creo que se llevaron mi ordenador.

— ¿Qué quieres decir?

—Hace unos días fui a una reunión y cuando volví me di cuenta que había cosas que habían cambiado en mi mesa, una de ellas era mi portátil. El que tenía encima de la mesa era del mismo modelo que el mío, pero no era el mío, lo sé bien.

— ¿Qué tipo de información había en él?

— ¿En mi ordenador?, pues hay mucha información de la empresa

desde los inicios, tanto de acceso a bases de datos de clientes como acceso a proyectos. De todos modos, la información confidencial la guardo en carpetas encriptadas en la nube, es decir, que no están al alcance de todos, sino que son solo mías, privadas. Aunque, —siguió Carlos con tono lastimero de culpa— en mi propio ordenador guardaba contraseñas importantes para la empresa.

—No lo entiendo, ¿dónde guardabas estas contraseñas?

—En un documento guardado en mi disco duro. Es un listado de contraseñas. Sé que es una mala praxis, pero ahora no tiene remedio.

—Aunque tengas tus documentos bien almacenados y encriptados, si dejas a mano un listado de contraseñas para acceder, realmente no es la mejor solución —corroboró ella.

—Lo sé —contestó compungido.

—Partimos de la base de que tú eres inocente.

—¡Soy inocente! —saltó Carlos alterado.

—Sí, quiero decir, que, si no has sido tú, ¿sabes de algún otro compañero que pueda haber sacado material confidencial de la oficina gracias a la documentación que se pueda extraer con estas contraseñas?

—Como te decía, ahora la empresa ha crecido mucho, con cuarenta personas hay muchas cosas que desconozco. En mi opinión formamos una gran familia y confío en todos ellos, pero siempre puede haber alguno que nos engañe y sea diferente de lo que muestre a los demás.

—Aunque seáis cuarenta personas, el personal que tiene acceso a los programas de software y a poder extraer datos de clientes, entiendo que son pocos.

—En realidad, los que tienen conocimiento de los productos y del acceso a los datos son los cinco desarrolladores de producto que trabajan con Blas —siguió explicando Carlos— estoy seguro que ha sido uno de estos.

—Bueno, con esto ya acotamos más el grupo de personas. Necesito que me des los nombres de estas cinco personas para interrogarlas.

Carlos escribió la lista de los cinco trabajadores que pensaba estaban implicados y Silvia la guardó sin leer junto el resto de documentación.

Con cada pregunta Silvia iba recabando más información, estuvo hablando con Carlos durante un par de horas y montaron un plan de acción para investigar a algunos posibles sospechosos, además de reunir

diversa información que se necesitaba para resolver el caso.

—No te preocupes, te ayudaremos en todo lo posible —le calmaba Silvia intentado aportarle confianza—. En el trabajo tú sigue con tus tareas habituales y lo que veas que pueda ser útil para el caso me lo dices.

Cuando terminó la jornada, Silvia tenía la cabeza llena de datos y necesitaba desconectar. Se acercó a la mesa de María, como cada día, porque salían juntas hacia casa, puesto que seguían el mismo camino. En esa ocasión, mientras que María recogía sus cosas y Silvia esperaba, se acercó a ellas el director del bufete Enrique Mayoral y la felicitó por lo bien que estaba tratando el caso de la empresa TX Tech. Este caso suponía un reto para ella porque se preveía muy complicado y agradeció el cumplido del director.

Salieron las dos a la calle charlando y riendo por lo bien que había ido el día, pero al doblar la esquina, Silvia se paró de inmediato cuando se dio cuenta que aparcado al lado de la acera, estaba el mismo coche negro con el conductor mirándola de nuevo.

Esta vez, como tenía la suerte de ir acompañada de María se cogió a su brazo y le hizo señas para que mirara al coche.

María no se lo pensó dos veces y aunque Silvia intentó frenarla, avanzó rápidamente hacia el coche. Se plantó al lado de la ventanilla del conductor y comenzó a vociferar para que el otro le escuchara nítidamente.

— ¿Por qué no nos dejas en paz?, queremos una explicación o vamos a ir a denunciarte a la policía.

Estaban dando un espectáculo y la gente que paseaba cerca los miraba con recelo. Entonces el conductor, abrió la puerta y salió del coche, las dos chicas retrocedieron un poco intimidadas ya que el hombre parecía medir casi dos metros, como Silvia ya había podido comprobar el día anterior, pero no tan de cerca.

—Chica, como sigas chillando de esta manera saldrán todos los vecinos a ver qué pasa —dijo él con una voz grave, parecía ofendido.

—Pues que salgan —contestó María— así no estaremos solas aquí. ¿Crees que tienes derecho a seguirnos y a controlarnos?

— ¿Quién dice que os estoy siguiendo?, no tengo por qué daros explicaciones, si os habéis sentido controladas es problema vuestro.

Con esta respuesta las dos chicas tuvieron dudas de si realmente iba a por ellas o todo había sido producto de su imaginación, por lo que se quedaron sin saber qué contestar.

—Así que mejor será que sigáis por vuestro camino y paséis de mí. Y tened cuidado en acercaros más, que me vais a ensuciar el coche —dijo él con malos modos y de forma bravucona.

—Tendrás suerte si no te abollamos la puerta, ¡es increíble este tipo!, será... —contestó María todavía más alterada por la respuesta de él.

—Vamos Mary, no te enfades, no vale la pena, déjalo estar —le dijo Silvia agarrándola de la cintura para que no se peleara con él.

Si no fuera porque tenían los ánimos alterados, habrían visto que era una situación cómica, como en un ring de boxeo, con un contrincante que doblaba las medidas del otro. Las chicas se fueron enfadadas y él se quedó imperturbable mirando cómo se alejaban.

— ¿Tú crees que es cierto y que el del cochazo no tiene nada que ver con nosotras? —comentó Silvia.

—Quizá no, pero me parece tan raro que esté aparcado siempre cerca de donde tú estás que me crea desconfianza.

—Sí, además ha sido desde hace dos días, pero es continuo, no paro de verlo en todas partes.

— ¿Y si nos olvidamos de él y vamos a tomar algo para celebrar lo bien que ha ido el día? —propuso María.

—Vamos.

Fue una buena decisión, comenzaron a caminar cogidas del brazo y sin mirar atrás. Después de relajarse tomando unas cervezas en un bar cercano, las chicas se habían despedido y Silvia fue andando hacia su casa, distraída pensando en cómo había ido el día y en el extraño asunto del coche. Por suerte éste no estaba cuando llegó a su portal.

Subió las escaleras hasta su rellano imaginando que en el trabajo podrían promocionarla si conseguía resolver el difícil caso cuando se dio cuenta de que había alguien sentado en las escaleras, al lado de su puerta.

Se paró en el último tramo de escaleras, no sabía qué hacer, si volver otra vez a la calle o bien acabar de subir y ver de quién se trataba, así que se decidió y acabó de subir los peldaños que le faltaban.

— ¡Hola! —la saludó una voz de chico que no le era desconocida.

La luz de la escalera era muy tenue pero una vez en frente de él no tuvo duda, era Alex. «A buenas horas vienes a verme», se dijo ella.

— ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo, ¿te importa que entre un momento en tu casa? Hace ya un ratito que te espero y me estoy quedando helado en la escalera.

—No sabía que tendría visita, he ido con Mary a tomar unas cervezas, en fin, tampoco tengo por qué darte explicaciones.

—Mary ¿tu amiga que vino al local?, sí, ya me acuerdo de ella — contestó él sin tener en cuenta la respuesta poco amable de Silvia.

—La misma... anda, pasa dentro.

Silvia abrió la puerta, entraron y se sentaron los dos en el sofá cama, que suponía hacía un par de noches habían compartido, era todo muy extraño. Ella estaba cohibida y él tampoco parecía muy relajado, pero le cogió las manos en un intento de cercanía.

—Ante todo quería darte las gracias por devolverme la cartera, ya había anulado las tarjetas, pero te lo agradezco.

—No pasa nada.

—Según quien la hubiera recogido no se habría preocupado, ni hubiera ido a comisaría.

— ¿Has venido para agradecerme este gesto?

—Bueno, no solo para esto.

Alex estaba incómodo y no sabía por dónde empezar, se recogió el largo flequillo rubio detrás de la oreja antes de continuar.

—Estoy en un aprieto —soltó Alex— necesito tu ayuda.

— ¿Mi ayuda?, ¿de qué se trata?

—Trabajo para la empresa TX Tech, ¿la conoces?

Ella puso cara de asombro, no había caído en ningún momento que el guapo chico que tenía delante pudiera estar relacionado con el caso que llevaba en el trabajo.

—Sí, la conozco —contestó sin dar más detalles e intentando aparentar desinterés.

—Necesito un abogado, trabajo como desarrollador informático en la TX Tech y creo que me he metido en un problema

«El mundo es un pañuelo, como diría mi madre, ¡qué fuerte que Alex trabaje en la misma empresa que Carlos!», pensó Silvia mientras seguía rápidamente buscando más información, que pensaba sería útil para su trabajo:

— ¿Qué tipo de problema?

—En el trabajo necesitamos guardar información en discos duros externos. Cogí uno de ellos de nuestro departamento para usarlo y cuando lo conecté, vi que contenía muchos datos del programa que estamos desarrollando y datos de clientes que no deberían estar allí.

— ¿Quién utiliza esos discos duros? —preguntó Silvia intentando no mostrar emoción por saber más sobre el caso.

—Los otros compañeros del departamento de datos y el responsable del negocio comercial, que se llama Carlos.

Silvia ya vio por donde iba el problema de Alex y pensó que había tenido suerte al poder tener otra visión sobre su caso. En el trabajo le estaban pagando por asesorar a Carlos, en teoría uno de los jefes de Alex.

Entonces se acordó de la lista de nombres que Carlos le había dado y se arrepintió de no haberla repasado en aquel momento, quizá uno de los nombres sospechosos era el de Alex.

Alex siguió con su explicación:

—La empresa nos está haciendo preguntas y yo vi una información que no debería estar allí, pero solo la vi, no sé cómo fue a parar a estos discos, no tengo nada que ver. —Alex se mesaba el cabello nervioso.

— ¿No hay sistemas de detección de quién maneja la información? —preguntó Silvia.

—Sí, pasamos detectores a menudo, pero como no han encontrado nada, la empresa está indagando todavía más. Cada mensaje, correo electrónico y llamada son registrados por la empresa y verificados. Hay buscadores de palabras que podrían relacionar los datos que vi con mi nombre.

— ¿Y por qué crees que puedo ayudarte?

—Eres abogada.

— ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijiste tú... la noche que estuvimos juntos.

«¡A saber qué pasó!», pensó, no sabía si confesar que no se acordaba

de nada de esa noche, si realmente la pasaron juntos los dos, ni lo que le había contado, pero prefirió no entrar en ese tema.

— ¿Y si hablas con franqueza con Carlos y le dices que viste la información en el disco duro de forma accidental?

—No me creería, sea quien sea que está detrás de esto necesita limpiar su nombre por si esta información sale a la luz. Hay otros casos similares muy conocidos de filtraciones y supongo que necesitan a alguien a quien culpar. Seguro que me llega una citación, tienes que ayudarme.

—Creo que no soy la persona indicada para ayudarte Alex, tendrás que buscarte a otro abogado.

—Pero no quiero a nadie más —contestó Alex alzando la voz, se levantó del sofá, parecía muy inquieto— me das la confianza que necesito y después de lo que pasó entre nosotros —dijo mirándola.

—A qué te refieres, ¿qué pasó? —le cortó ella intentando averiguar.

Alex la miraba intensamente y volvió a sentarse a su lado. Estaba un poco aturdido con la respuesta de ella, la veía muy arisca, en nada se parecía a la chica dulce con la que estuvo el viernes pasado.

—Te veo incomoda Sylvi.

— ¿Sylvi?, así solo me llaman mis amigos.

—Pues es como me dijiste que te llamara ¿qué te pasa? Pareces muy nerviosa.

—Dame un par de días para pensar si te puedo ayudar o no.

—Por favor —pidió él en tono lastimero— no me dejes en la estacada, no sé a quién acudir.

—No te preocupes, si no soy yo, te daré referencia de algún otro abogado de confianza. Dime, ¿cómo te puedo localizar?

—Está bien, como quieras —contestó Alex claudicando—. Anota mi teléfono y ya me envías algún mensaje o me llamas, estaré esperando.

Con esto Silvia se levantó con lo que hizo que él también se pusiera en pie.

Alex intentó un acercamiento con ella, aunque no fue posible. Viendo que ella daba por terminada la conversación, Alex dudó de si podía quedarse más tiempo con ella o no. Pero cuando Silvia se acercó a la puerta y la abrió esperando a que saliera, ya no tuvo más dudas, lo estaba echando de su casa.

—Estaré esperando tu respuesta —dijo Alex saliendo por la puerta sin

tener oportunidad de darle un beso de despedida.

Estaba harta y sin respuestas, lo siguió con la mirada mientras bajaba por la escalera, cerró la puerta y se sentó a pensar en las posibilidades. No tenía ningún sentido defender a Carlos como responsable de la empresa y a Alex como acusado en el mismo caso, tenía que decidirse entre lo que le mandaba su jefe o su corazón. No podía dejar de pensar en cómo había cambiado la situación, había pasado de estar muy contenta por lo bien que iba el desarrollo del caso en el trabajo, a tener que plantearse dejarlo para ayudar a Alex.

Sin parar de moverse por la pequeña estancia de su salón comedor, dio vueltas y vueltas a la situación. Silvia era muy responsable en su trabajo y lo último que quería era quedar mal con su jefe, después de la confianza que había depositado en ella. Pero, también estaba Alex, lo había visto muy perdido, había tenido el impulso de abrazarle y decirle que tranquilo, que ella lo ayudaría en lo que pudiera. Sin embargo, como se había quedado tan bloqueada, su reacción había sido todo lo contrario, lo había echado de su casa y no sabía cómo solucionar el problema.

Se metió en la cama con la esperanza de poder relajarse y que al día siguiente tendría una respuesta a su dilema.

Capítulo 4

Después de un nuevo amanecer y de que la alarma de su móvil sonase indicando que era hora de levantarse, se preparó un buen café y unas tostadas. Además, cogió la tableta de chocolate y se partió una buena porción, ese día se preveía complicado y necesitaría energía.

Cuando estuvo lista, bajó las escaleras y abrió la puerta de la calle con suspicacia por lo que se pudiera encontrar, sin embargo, no había ni rastro del cochazo negro, lo que le dio una alegría. Comenzó a andar hacia su trabajo, cogiendo el camino más corto, quería llegar lo antes posible. Andaba preocupada, empeñada en tomar una decisión sobre el caso.

Silvia pensaba que lo mejor era ir con la verdad por delante, así que hablaría con su jefe de la situación, solo faltaba que la enredaran y perdiera el trabajo. Estaba muy contenta trabajando para el bufete de Enrique y por nada quería tener problemas.

Al llegar, María ya estaba en su mesa. Además de otras tareas, ella también gestionaba la agenda del jefe así que le preguntó si estaba libre para hablar con ella.

— ¿Estás bien? Te veo muy seria —preguntó María.

—Después te cuento, ayer vi a Alex.

— ¿A tu chico? Cuéntame ahora mismo, no me dejes así, ya sabes que a mí también me gusta, ... es muy mono —dijo María haciendo un gesto exagerado con las manos.

—Ahora lo que necesito es hablar con Enrique, después bajamos a por un café y te cuento, ¿te parece?

—Ni lo dudes, te espero.

María avisó a Enrique de que Silvia quería hablar con él y éste enseguida abrió la puerta de su despacho.

—Pasa dime. ¿Cómo estás?

—Bien... —contestó en un susurro— quería hablarte del caso de la empresa TX Tech.

Silvia le puso al día de lo que le había explicado Carlos y también de que su amigo Alex le había pedido ayuda relacionada con el caso.

—Vaya veo que se te ha presentado un buen dilema, primero gracias por confiar en mí —le agradeció Enrique— sé que tiene que ser complicado para ti decir que no a un buen amigo, pero ciertamente, no puedes defender a los dos, uno u otro.

—Ya lo sé, por eso estoy aquí, no sé qué hacer.

Enrique se quedó pensando unos segundos en las diferentes posibilidades y finalmente le dijo:

—Me cuesta dar este paso porque has trabajado muy duro poniéndote al día con la versión de la empresa y de Carlos, pero el hecho de estar implicada emocionalmente con la otra parte del caso, creo que no puedes seguir defendiendo a la empresa.

— ¿Cómo?

—No puede ser, lo siento.

—No puedo quedarme sin caso por haber sido honesta y haber venido a hablar contigo —protestó Silvia.

—Entiéndeme, no darías un juicio justo, estarías en medio de un conflicto de intereses y por muy profesional que seas no tendrías las condiciones necesarias para mostrar imparcialidad. De todos modos, te propongo que defiendas a tu amigo, desde el bufete, le puedes proponer unos honorarios muy ajustados, podemos llevar las dos partes del caso desde el mismo despacho.

—Pero también me gusta poder defender a Carlos.

—Lo siento, no puedes mantener los dos bandos, daremos la otra parte del caso a Jorge.

— ¿En serio?, ya sabes que Jorge y yo nunca nos hemos llevado bien.

—Las rencillas personales no deben inmiscuirse en el trabajo, es tu compañero, un buen abogado y puede defender correctamente la otra parte del caso.

Silvia no podía aguantar a Jorge, siempre estaban en conflicto, él era un creído convencido que sabía más que todos ellos y ponía a Silvia en situaciones complicadas para retarla, no obstante, no tenía más opción, ella no decidía.

—Como quieras Enrique, si tengo que trabajar en este caso frente a Jorge no sé si acabaremos los dos en riñas.

—Sois profesionales y hay que demostrarlo en todo momento.

Como parecía que la decisión estaba tomada y zanjada, Silvia salió del despacho más abatida que cuando había entrado.

—Ya veo que la charla no ha ido bien —dijo María al verla salir enfadada— vamos a tomar un café. La cogió del brazo y Silvia se dejó llevar cabizbaja, casi arrastrando los pies.

Las dos bajaron a la cafetería de la esquina donde Silvia le estuvo explicando el encuentro con Alex y la situación que se había generado con su jefe. María la entendía y quería animarla, por lo que comenzó preguntándole lo básico:

— ¿A ti te gusta Alex y por eso quieres defenderlo?

—Bueno, sí está bien, pero ahora mismo éste no es el tema. Me ha puesto en una situación comprometida, yo estaba contentísima con el caso y en cambio en este momento, defender a la empresa o a Alex me supone un problema. Además, ha vuelto a verme porque le interesa, necesita que lo ayude, sino no habría vuelto a saber de él.

—Eso no lo sabes. Si no le hubieras gustado no habría estado contigo el viernes.

—Pues ahora que lo dices, ¿y si hubiera venido a mí el viernes porque sabía que era abogada?, quizá ha estado utilizándome.

—Sylvi, tú has visto muchas películas, dudo que el chico supiera que eras abogada si no os conocíais de nada. Tienes que admitir que eres guapa y que atraes a los hombres.

—Sí, fíjate la cola de admiradores que tengo —dijo Silvia señalando la puerta vacía de la cafetería.

—No me hagas reír, ¡tienes unas cosas!, qué gracia.

—Bueno, solo falta que tú también te rías de mí —soltó Silvia enfadada.

—Vaya, ¡cómo estás hoy!

—¿Cómo quieres que esté?

—Tienes que tomarte las cosas más a la ligera, Sylvi, no hagas de todo un mundo, eres seria y responsable, pero tienes que saber vivir de forma más distendida, a veces parece que te hayas tragado un palo de escoba.

—Había bajado contigo para que me animases, aunque ya veo que hoy no es mi día.

—Tienes razón, lo siento, no te enfades ahora conmigo, te digo las cosas por tu bien —dijo María.

—Sé que eres una buena amiga. Hoy no tengo un buen día. Bueno, vamos, tenemos que volver al trabajo.

Cuando subieron al despacho, vio que Jorge la estaba esperando, Enrique ya había hablado con él, por lo que no tuvo más remedio que sentarse a ponerle al día sobre el caso y lo que le había explicado Carlos. A Jorge se le veía contento, le gustaba quitarle un caso a Silvia. Sería una competición que generaría mucha rivalidad.

Una vez Jorge salió con su carpeta de traspaso de notas y documentación debajo del brazo, ella garabateó en un papel los datos que sabía de Alex, intentando entender el caso desde otro punto de vista. Además, como estaba sola decidió que era la ocasión de revisar los nombres que le había anotado Carlos. Sentía un poco de remordimientos por no haberle pasado la lista a Jorge, pero era una baza que ella tenía. Estaba nerviosa cuando sacó la hoja de papel, que por suerte había guardado en el cajón, y sí, allí estaba el nombre de Alejandro Rodríguez como uno de los sospechosos a ser investigado.

Esa misma tarde cuando salió del trabajo, envió un mensaje a Alex, le proponía que fuese a su casa para repasar sus notas y ella misma se motivó pensando que era una suerte tener la excusa del caso para poder estar cerca de él.

Con el mensaje enviado se quedó revisando el móvil esperando tener una respuesta y se quedó sorprendida al leer su mensaje de vuelta: “Prefiero no ir a tu casa”, le dio una excusa que no acabó de entender, parecía que no quería dejarse ver por la zona y su idea era quedar esa noche en el local donde se conocieron, siendo martes estaría más que tranquilo y podrían hablar. Después de leerlo dos veces su instinto le decía que Alex ocultaba algo «¿Qué has querido decir con qué prefieres

no pasar por mi casa?, ¿de quién te estás escondiendo?»», se preguntó.

Todavía faltaban un par de horas para quedar con Alex y tenía tiempo de pasar por casa para quitarse su traje chaqueta de trabajo y ponerse algo más informal. Cuando se acercaba a su edificio se fijó que el coche que había aparcado en la esquina era, otra vez, el mismo cochazo negro, eso no podía ser, tendría que haber una razón que se le escapaba.

En esa ocasión el hombre ya estaba fuera del coche, parecía que la estaba esperando. Así que ella se acercó, ya no le tenía miedo, parecía que se había acostumbrado a su presencia. Además, si ella iba con buenas palabras en vez de increparlo como hicieron con María, quizá podrían entenderse y terminar con ese enredo.

Dio unos pasos más hasta que llegó a su lado y esperó a que él comenzara la conversación, pero como seguía callado Silvia se lanzó a preguntarle sobre él:

—Hola. ¿Cómo te llamas? —pregunto Silvia pensando que con una pregunta tan simple podría hacerlo hablar.

—Edgar.

—Hace días que te veo por aquí, ¿por qué estás tantas horas en frente de mi portal?

Edgar estaba recostado en la puerta del coche, llevaba el mismo traje y corbata con el que lo había visto el día anterior, cerca del trabajo. Silvia lo miraba pensando que parecía un auténtico guardaespaldas, era muy alto, moreno, con sus gafas de sol puestas. Tenía una pose chulesca y parecía más relajado, e incluso contento de que ella se acercara. Silvia dedujo que seguramente estaba aburrido de estar allí tantas horas, por lo que no le sorprendió cuando él le siguió la conversación.

—Soy periodista.

— ¿Periodista? —remarcó Silvia con cara de incredulidad— viendo tu coche nadie lo diría.

Con lo que Edgar se quedó en silencio y puso cara de póker.

— ¿Estás preparando alguna noticia?, ¿qué buscas de interesante en esta calle?

— ¡Cuántas preguntas tienes! Estoy siguiendo un caso.

— ¿Qué caso? —insistió ella.

—No te puedo informar.

«Realmente parece un tipo de pocas palabras, por muy periodista que sea, no lo veo con muchas ganas de charla, tendré que cambiar de estrategia para que me lo cuente, su versión no cuela»

— ¿No te habrás equivocado de zona? Aquí somos pocos vecinos y nadie es famoso ni interesante.

—Siempre hay gente interesante —replicó él con paciencia.

—Pero no tienes derecho a seguir a la gente porque sí.

—Ya te he dicho que estoy trabajando, siguiendo un caso.

—Y la gente normal que vivimos aquí y no tenemos nada que ver con tu caso, ¿qué pasa?, yo misma, no me gusta encontrarte en todas partes. — Silvia intentaba mantener la calma, aunque su voz iba subiendo de tono ya que se estaba poniendo nerviosa.

—Lo entiendo y lo lamento, pero piensa que yo estoy haciendo mi trabajo igual que tú haces el tuyo como abogada.

— ¿¿Qué??, ¿cómo sabes que soy abogada?

—Porque te he visto entrar y salir del despacho de abogados, así que he supuesto que trabajas allí.

—Es ilegal que sepas u opines sobre mí mientras que investigas tu caso.

—No es ilegal y lo sabes.

Ella bien lo sabía, no podía prohibirle que estuviera en la calle mirando si los vecinos entraban o salían y de ello tomar sus propias conclusiones.

—Como veo que no me darás más información, no puedo perder más el tiempo contigo. Adiós Edgar —dijo secamente.

Siguió andando sin darse la vuelta y se fue hacia su portal, subió rápidamente por las escaleras y entró en su casa. Al cerrar la puerta con un portazo, se apoyó en ella y cerró los ojos apreciando el silencio. Estaba enfadada. Su mente no paraba de darle vueltas a todo, en pocos días había pasado de una vida normal a estar siempre alterada. Todo había pasado desde que el viernes Alex se cruzara en su camino, el hecho de que no se acordara de él, de la noche que pasaron juntos, el trabajo, el conflicto con Jorge por el caso de la empresa TX Tech y ahora el periodista, ¡ella solo quería vivir tranquila!

Después de unos minutos, cuando ya estuvo más serena, se acordó que había quedado con Alex y que tenía poco tiempo para arreglarse. «¡Tendré que volver a salir y volver a pasar por delante de Edgar!, no sé si

quedarme en casa».

Le costó arreglarse, encontrar algo que le gustase, quería estar guapa, pero que Alex no pensara que se había arreglado para él. Se puso unos pantalones negros ajustados, con un jersey holgado que le llegaba hasta las caderas, y que ocultaba su esbelta figura. Sí que quiso añadir un toque femenino calzándose unos zapatos de tacón y darse un retoque de maquillaje.

Se miró en el espejo antes de abrir la puerta acabándose de peinar la negra melena, se colgó el bolso del hombro y cogió el abrigo. Salió con el convencimiento de que si Edgar seguía allí lo saludaría como si fuera un vecino, sin darle más importancia.

Cuando llegó al portal pudo verificar que Edgar estaba en la esquina, pero ella siguió con su plan, salió y le saludó con una mano.

—Estás muy guapa Silvia.

Ella le miró preguntándose si había escuchado bien, ¿cómo sabía su nombre?, además que le había dicho un cumplido. No le dio más vueltas y paró un taxi para que la llevara al local donde había quedado con Alex, no estaba acostumbrada a andar con zapatos de tacón y a esas horas de la noche estaba cansada.

El local no estaba lejos, aunque el taxi tuvo que dar un buen rodeo porque en la zona había multitud de calles peatonales. Una vez abonada la carrera y antes de entrar, se giró oteando los coches más cercanos he intentado ver el coche negro, estaba segura que si se fijaba lo vería, quizá la hubiera seguido, comenzaba a estar un poco obsesionada con el tema, pero era una zona bastante oscura y no parecía que estuviera allí.

En el local vio que había poca gente, tal y como esperaba, se escuchaba una música suave, había sido buena idea quedar allí porque podían hablar tranquilamente. Se dirigió a la zona de reservados, donde estaban la mayoría de sofás ocupados por parejas acarameladas, entonces se dio cuenta de que quizá no había sido tan buena idea estar allí, a solas con Alex. Siguió avanzando y lo vio recostado en un sofá, le pareció nervioso, pero tenía que reconocer que era guapo. El largo flequillo le ocultaba el rostro, pero levantó la cabeza y fijó sus ojos azules en ella, en cuanto la oyó acercarse.

—Hola Sylvi, estás impresionante.

—Gracias, no será para tanto —respondió cortante.

Alex se levantó y le dio dos besos, se volvió a sentar dejándole sitio para que estuviera a su lado.

—No sé si ha sido buena idea encontrarnos aquí en este ambiente —dijo Silvia mirando a su alrededor, lleno de cortinas que separaban sofás con parejas, después lo miró a él y pudo comprobar lo guapo que se había puesto para la cita con un jersey de cuello de pico clarito y unos vaqueros oscuros, además con su cercanía le llegaba su olor a limpio envuelto en una fragancia marina que le encantaba.

—Te recuerdo que tú me propusiste quedar en tu casa.

—Es verdad, no sé qué se me pasaría por la cabeza.

— ¿Hablamos de negocios? —propuso Alex queriendo ir al grano.

—Claro, para eso estamos aquí. Mira, ... te seré sincera, me has puesto en un aprieto. El bufete donde trabajo está investigando el caso de la empresa TX Tech y yo tenía que ser la abogada de Carlos —dijo Silvia intentando averiguar si Alex se veía sorprendido o no, pero solo mostraba normalidad e interés por lo que ella le iba explicando.

—Siento haberte pedido que me ayudes, pero como te dije confío en ti, no conozco muchos abogados y no sabía a quién acudir.

—Ahora ya está hecho, no le demos más vueltas y vamos a ver cómo te puedo ayudar. He discutido este dilema con mi jefe y tenemos un plan, Carlos pasará a ser atendido por Jorge, otro abogado compañero del bufete y yo te representaré a ti.

—Gracias, en serio, no sabes lo que agradezco tu implicación —contestó con una gran sonrisa.

—Comencemos desde el principio. Si te parece te haré unas cuantas preguntas para entender mejor tu situación.

—De acuerdo, lo que quieras.

— ¿Cuánto tiempo hace que trabajas allí?

—Hace poco, medio año como mucho.

—Me dijiste que cogiste un disco duro externo para guardar información y que viste unos datos de un programa y de unos clientes que no deberían estar allí al alcance de cualquiera, ¿es eso?

—Sí.

— ¿Y es una práctica común utilizar el disco duro externo para compartir información o grabado de datos?, lo veo anticuado, me parece

que hoy en día hay otros métodos mucho más fiables, como subirlo a la nube, ¡que te voy a contar si te dedicas a esto!

—Tienes razón, en pocas ocasiones se utilizan, la verdad es que cada vez menos.

— ¿Y porque lo necesitabas?

—Porque había extraído unos datos para generar un informe que necesitaban con urgencia y en ese momento pensé que era lo más rápido para hacer una copia.

—Entonces entraste en el disco y ¿viste carpetas comprometedoras?

—Como eran unos discos que utilizábamos todos, cada uno tiene una carpeta con su nombre, pero había unos archivos que no estaban guardados en carpetas y me llamaron la atención.

— ¿Qué tenían de especial?

—Como te comenté, datos del programa que estamos desarrollando y datos de clientes que no deberían estar allí. Además, nunca nos quedamos con los datos personales de contacto de los clientes y me causó sorpresa encontrarlo.

— ¿Y estos datos se han filtrado y los jefes de TX Tech creen que has sido tú? —le preguntó Silvia sabiendo que era así, puesto que el nombre de Alejandro Rodríguez estaba en la lista de Carlos.

—Eso es —confirmó él.

—Pero si estos discos están al alcance del resto de tus compañeros ¿podía haber sido cualquiera de ellos?

—Sí, pero como fui el último que entró rastrearon mis datos, por eso sospechan de mí.

—Y ahora ¿sigues trabajando en la empresa?

—Claro, soy inocente no pueden probar sus acusaciones.

—De acuerdo, aprovechémoslo, tienes que seguir trabajando como siempre y fijándote más en lo que hacen tus compañeros y en Carlos. Si ves algo raro tienes que denunciarlo, es decir, ser un soplón.

—No me gusta esta actitud, prefiero hacer mi trabajo sin fijarme en lo que hacen los demás.

—Te entiendo, pero es por tu bien, si nadie se delata será muy difícil probar tu inocencia. Si viste lo que había en el disco duro y no lo denunciaste estás desprotegido. Además, si te hacen preguntas tienes que responder con sinceridad y cuando te pregunten si has visto material

confidencial tienes que responder que sí.

Alex la miró asombrado.

—Me estaré delatando.

—Estarás dando a entender que eres una persona sincera que va con la verdad por delante. Que vieras la información no prueba que fueras tú quien la guardara allí, ni que la hayas filtrado a la competencia.

—Tienes razón. Así lo haré, tampoco veo que tenga más opciones.

De repente, Alex tomó la iniciativa y le dio un beso suave que a Silvia le resultó imposible no responder, ni siquiera lo intentó. Para ella no fue un beso inesperado, tenía la esperanza de volver a sentir las sensaciones que había creído sentir el viernes anterior, sin embargo, para ser sincera, no fue tan intenso como ella se había imaginado.

Cuando Alex se separó, ella se sinceró al decirle: —Yo también tengo un problema, bueno varios, pero quiero decir...

—Dime, de qué problema se trata.

—No me acuerdo de lo que pasó en mi casa el viernes pasado. Sé que subiste porque tu cartera estaba allí, en el suelo de mi apartamento, pero no recuerdo qué pasó.

— ¿Nada de nada?

—No.

—Pues esto no es muy halagador hacia mí.

—Lo siento, es la verdad.

Alex sonrió y le acarició la boca y el mentón cariñosamente.

—Sylvi, no pasó nada de lo que estás pensando.

— ¿Ah no?, si subiste, ¿por qué no terminamos juntos?

—Porque te quedaste dormida.

Ahora Silvia sí que se había quedado sorprendida mirándole, había sido tan amable de acompañarla a su casa porque iba con bastantes copas de más, la había acostado y no había intentado nada con ella.

—Podrías haberme despertado.

—No era el momento de hacer nada más, se te veía tan relajada durmiendo, me tumbé a tu lado para dormir unas horas y después me levanté para irme, que debió ser cuando se me cayó la cartera.

Entonces Silvia se acordó de la foto de la cartera y dudó si preguntarle o no, pero al final se decidió.

— ¿Quién es la chica que está contigo en la foto?

— ¿La foto que llevo en la cartera?, es mi hermana.

—Esa es la típica excusa —rio Silvia

—No es excusa, es la verdad, se fue de casa hace meses después de discutir con mi padre y no la he vuelto a ver, me gusta tener un recuerdo de ella.

—Lo siento, tus padres deben estar muy preocupados ¿no?

—No te creas, somos una familia bastante singular, mis padres están divorciados y cada uno hace su vida, hay veces que no nos hablamos durante semanas, pero yo con Marta siempre he tenido buena relación y ahora no acabo de entender por qué no contesta a mis llamadas.

En el fondo Silvia estaba contenta de que la chica de la foto fuera su hermana, no se lo había preguntado, pero podía suponer que ahora no estaba con nadie. Lástima que él lo estuviera pasando mal por su hermana.

Alex volvió a besarla, esta vez no fue tan suave, sino que presionaba su boca seductora y el beso iba acompañado de caricias, ella quiso protestar, pero no fue capaz y las caricias se hicieron más intensas con lo que ella concluyó que no era el lugar ideal para llegar a más. Se separó de él y le pidió que salieran del local, al día siguiente tenía que madrugar para ir al trabajo y se sentía cansada. Él le hizo caso al momento y en pocos minutos salían del local.

—Tengo la moto aquí, ven, te llevo a tu casa.

Silvia no quería volver a subirse a la moto con él, sin embargo, valoró las posibilidades y era bastante tarde, además que llevaba los zapatos con tacón. Quizá estaba Edgar todavía haciendo vigilancia en el coche, no es que le tuviera miedo, pero no quería llegar sola. Así que no dudó y se subió rápidamente a la moto detrás de él.

Cuando llegaron a su casa, él paró la moto justo enfrente, ella se bajó y tan solo devolverle el casco él lo cogió y salió disparado sin tan solo despedirse. «¿A que vienen tantas prisas?», pensó antes de entrar en el portal. Entonces se giró y vio el coche aparcado en el mismo lugar donde estaba esa misma tarde, no se había movido. Edgar estaba dentro mirándola, levantó una mano en señal de saludo y ella entró aturdida.

Tan solo llegar a casa, se desnudó y entró en la ducha. Necesitaba relajarse después de tantas emociones, aunque la cabeza le iba dando

vueltas rememorando los besos de Alex. «¿Qué siento por él? Me gusta porque es guapo, sin duda, pero no sé si podemos llegar a algo más que amigos con derecho a algún beso esporádico. Ahora tampoco es el momento, es mi cliente», se dijo. «¿Y qué pasa con Edgar, porqué es tan amable conmigo?, ¿habrá visto algo en mí?, por un lado, me intimida y por otro no me importa que esté en la esquina, me da sensación de seguridad, ¿cuántos años debe tener? seguro que es mucho mayor que yo». Al darse cuenta que había acabado pensando en Edgar intentó dejar la mente en blanco ya que estaba desvariando. Acabó rápido con la ducha, se preparó una cena ligera y se puso una película romántica antes de dormir. Pronto la acogió un sueño reparador donde se iban mezclando todas las ideas surgidas durante el día.

Capítulo 5

Al día siguiente se levantó con energía y con el convencimiento de que podía ayudar a Alex, con lo que acabaría ganando el caso a Jorge, esto se convertía en una competición, ¡a ver quién era el mejor!

Preparó las cosas que necesitaba tarareando una canción, estaba contenta. Bajó las escaleras al trote y en cuanto salió a la calle se encontró de nuevo con el coche y a Edgar, medio dormido dentro. Se acercó a él, casi con lástima, entendía que hacía su trabajo y llevaba allí varios días sin poder descansar. Cuando ella estuvo cerca, él abrió los ojos y al ver que era Silvia abrió la ventanilla para hablar con ella.

—Hola Edgar, ¿tienes que estar muchos días aquí?, creo que intentar dormir y estar todo el día en el coche no tiene que ser muy cómodo.

—No es cómodo, pero es mi trabajo, estoy acostumbrado. En el trabajo de investigación hay muchos días de espera para encontrar algo interesante.

— ¿Has avanzado ya en este caso que estás investigando?

Edgar rio porque veía que ella intentaba sonsacarle información en cuanto podía.

No lo iba a conseguir, él estaba acostumbrado a manejar a todo tipo de personas y cedió lo justo.

—En el periódico me han pedido una información concreta de un individuo y estoy viendo qué actividades hace durante el día.

—Un individuo, te refieres a un hombre ¿es un vecino del barrio?, ¿corremos algún peligro los vecinos que vivimos aquí?

—No sufras, no se trata de un delincuente, además, ahora que te he conocido, si veo que algo puede ponerte en peligro, podría protegerte.

—Como un guardaespaldas —dijo Silvia riendo.

—Pero sin pistola — corroboró Edgar.

—Tengo que irme, sino llegaré tarde al trabajo, si veo algo que me llame la atención te lo diré.

Silvia se despidió y se apresuró para llegar a su trabajo a tiempo, no le gustaba llegar tarde. Se daba cuenta que la actitud de Edgar con ella había cambiado, lo que la relajaba y le daba un poco más de confianza, era una situación muy extraña. De estar serio y distante, ahora parecía que estuviera deseando que ella se parase a hablar con él. De todas formas, a ella le seguía poniendo nerviosa que estuviera vigilando y no saber a quién, ni porqué.

Cuando llegó al trabajo estuvo poniendo al día a María de lo que había pasado la tarde anterior con Alex, pero cuando entró Enrique terminaron la charla para centrarse cada una en su trabajo, prometiendo seguir la conversación en el ratito del café.

—Sylvi, me paso por tu despacho en media horita, que sino ni te acuerdas de desayunar —le dijo María.

—Mejor a media mañana.

—¿Por?

—Tengo mucho trabajo y poco tiempo.

Silvia se fue hacia su despacho y María la fue siguiendo con la mirada mientras avanzaba por el pasillo, entendía que su amiga quería hacer un gran trabajo para ayudar a Alex y ganar a Jorge, pero en los últimos días la veía cansada y obsesionada con el caso que llevaba entre manos.

Al llegar a su despacho, Silvia se sentó en la silla y se recostó en ella mirando hacía el gran ventanal que daba a la calle y comenzó a dar vueltas al caso: «Si Alex no me da alguna información más sustanciosa, voy a perder el caso, Jorge se pondrá una medalla y sobretodo Alex puede quedar en un aprieto, ¿y si no soy suficiente buena y termina en la cárcel?».

Se vio saturada ante la responsabilidad que recaía sobre sus hombros. Decidió poner todo el expediente sobre la mesa, esparciendo todos los papeles y comenzar a repasar sus notas por si veía algún hilo del que tirar.

Estuvo un buen rato revisando sus notas, la información que tenía sobre la empresa y sobre lo hablado con Carlos y Alex. Tampoco podía avanzar mucho más, tenía que dejar tiempo a Alex para que encontrara alguna

incidencia que pudiera alegar en contra de sus compañeros o de Carlos.

Llevaba un buen rato trabajando concentrada hasta que escuchó que alguien entraba en su despacho y se quedaba esperando sin decir nada. Cuando Silvia levantó la cabeza y vio que era Jorge quien miraba sus notas con avidez, su primer instinto fue guardar todos los papeles que estaba revisando en las carpetas para que no quedara nada confidencial a la vista. Jorge se rio de su gesto y le dijo en tono chulesco:

—Sabes que no vas a poder conmigo, este caso lo tienes perdido.

—Ya veremos, ahora, si no te importa, tengo mucho que hacer — contestó ella con buenas maneras, echándolo.

—No he venido a revisar lo que haces sino a informarte.

— ¿De qué?

—Nos han dado fecha para el juicio, la semana que viene.

— ¿Tan pronto?, si acabo de comenzar con esto —se lamentó.

—Es un caso del que se hará un juicio rápido, la investigación se presume sencilla.

—Lo tendré en cuenta —le contestó Silvia quitándole importancia e intentando aparentar tranquilidad. No quería mostrar su preocupación a Jorge, aunque se sentía perdida, no sabía cómo avanzar en el caso, Alex tendría que encontrar algún indicio de errores de sus compañeros y de Carlos, sino, no sabría cómo defenderlo.

Al ver que Silvia no le hacía caso porque se quedó muda mirando sus notas, Jorge salió hacia su despacho con la esperanza de haberla asustado y que él tuviera más posibilidades de ganar si ella no se centraba.

En cuanto él salió del despacho, entró María casi exigiéndole que dejara todo para que bajara con ella a desayunar.

—O vienes o te bajo a rastras, Sylvi tienes que comer o te quedarás en los huesos.

—Ya voy mami —contestó ella con una sonrisa.

Tenía suerte de poder contar con María ya que a veces se encontraba muy sola. En ese momento le apetecía bajar con ella para poder explicarle sus preocupaciones. Su amiga era una persona muy habladora, aunque sabía escuchar y guardar secretos, ella necesitaba desahogarse con alguien. Entonces se acordó de sus padres, les echaba de menos, sobre todo a su madre con quien solía tener largas conversaciones cuando vivía

con ellos. En cambio, ahora, ya hacía una semana que no los llamaba y eso no podía ser. Los llamaría esa misma tarde cuando saliera del trabajo.

Como ella todavía estaba de pie pensando en sus cosas y recogiendo papeles, María la cogió del brazo mientras le decía: —Venga vamos o se hará hora de comer.

Silvia no tuvo más remedio que dejarlo todo y seguirla.

Siempre bajaban a desayunar a la misma cafetería, aunque estuviera concurrida, el camarero las conocía y ya sabía sus gustos. Al verlas ya les dijo: —Uno con soja, sacarina y unas tostadas de pan integral, el otro con leche y un medio de jamón. Os lo traigo chicas.

Ellas lo agradecían ya que siempre iban con prisas, más Silvia que María.

— ¿Quieres decir que no te sentaría mejor un buen bocata de jamón que tanta tostada? —propuso María.

—Ya sabes que me gusta cuidarme y por mucho que me lo propongas cada dos por tres, no voy a cambiar.

Su amiga la dejó por imposible e intentó sonsacarle más sobre su relación: —Cuéntame, ¿cómo va lo de Alex?

—¿A qué te refieres a cómo va?

—Chica, pues a lo que me estabas explicando esta mañana antes de que entrara Enrique.

Silvia sabía perfectamente lo que quería escuchar María y era sobre la chica de la foto de Alex, ya que María le había confesado alguna vez que también le gustaba Alex. No la hizo esperar y siguió explicándole desde donde se había quedado antes, recalcando que era su hermana.

—No concibo como puede haber familias donde los padres pasen tanto de sus hijos y que no puedan hablarse durante semanas o meses — comentó Silvia— aunque mis padres no vivan conmigo en Barcelona, intento llamarles a menudo y además les envío mensajitos o fotos de lo que voy haciendo.

—Tienes razón, esta chica puede tener algún problema serio porque dices que Alex no puede contactar con ella y nadie más que Alex se preocupa, que lástima.

—Sí, realmente él no parece que pase por un buen momento, entre los problemas del trabajo y su hermana. Por eso parece estar tan agobiado. Hay actitudes de él que me sorprenden mucho.

—Tendremos que consolarle —dijo María sonriendo mientras se levantaban para volver al trabajo.

Pasaron las horas y por la tarde Silvia decidió que lo mejor era quedar con Alex para informarle de la proximidad del juicio y ver los próximos pasos a realizar, así que le envió un mensaje para que se encontraran en un punto intermedio entre los trabajos de los dos.

Él le contestó rápidamente proponiendo sitio y hora.

Cuando llegó la hora de salida de la oficina, se despidió de María.

—Hoy no me voy contigo, he quedado con Alex.

—Veo que has podido quedar hoy con él. A ver cómo avanza vuestra relación —comentó María intentando indagar algo más.

— ¡Qué no!, ya sabes que ahora es mi cliente, no hay relación personal entre medio, no insistas más, ya lo hemos hablado antes.

—Claro, claro, lo que tú digas —le contestó María sin creérsela. Sin embargo, deseaba que fuera así ya que no tenía dudas de que le gustaba Alex. Ella no se iba a inmiscuir en las relaciones de su amiga, pero desde luego, Silvia era una chica con suerte.

Silvia bajó por las escaleras y salió a paso rápido del edificio, parecía que realmente estaba deseando salir de allí.

En cuanto llegó a la calle se acordó que había decidido llamar a su madre, pero ese no era un buen momento, tendría que hablar con prisas y no valía la pena. Lo haría por la noche.

La calle donde estaba el bufete, estaba repleta de tiendas de moda y lugares donde detenerse a disfrutar. Sin embargo, Silvia no estaba para nada más que no fuera ir pensando en la estrategia que tendría que utilizar para ayudar a Alex.

El caso se preveía complicado.

Cuando llegó a la esquina de la calle Aragón, dobló hacia la calle Balmes, donde ya pudo ver el rótulo del bar que era el lugar donde habían fijado su punto de encuentro. Al acercarse miró hacia el interior y vio con satisfacción que Alex estaba sentado en una mesita de una esquina y que el local estaba relativamente vacío. Entró, pidió un refresco y fue a sentarse a su lado. El impulso de él fue darle un beso en los labios, ella no se apartó, pero tampoco quiso darle muchas esperanzas de ir a

más.

— ¿Qué era tan urgente Sylvi?, me tienes intrigado.

—Jorge, que es el abogado de Carlos, me ha confirmado que será un juicio rápido, por lo que él supone que la fecha para la vista, será la semana que viene.

— ¡No me digas!, ¿tan rápido?, eso complica poder preparar una buena estrategia. Hoy me he estado fijando en los compañeros y en Carlos, en lo que hacían, a quiénes llamaban y pensando cómo podía mirar sus archivos, pero no he encontrado nada que pudiera considerarse fuera de lo normal.

—Es que los archivos compartidos que tenéis seguro que son todos correctos ¿hay alguna manera en que puedas meterte en los archivos personales?

—Sí, pero si me pillan accediendo a carpetas privadas entonces sí que voy a tener un problema serio.

—El problema ya lo tienes Alex, ¿no te das cuenta que van a por ti?, estas como número uno en la lista de sospechosos que me pasó Carlos. Tienes que arriesgarte sino no conseguiremos nada.

—Lo pensaré —contestó Alex quedándose cabizbajo y mirándose las manos. No había duda de que estaba sumamente preocupado por su situación, aunque confiaba que ella haría todo lo posible por ayudarlo.

Por lo otro lado, Silvia se dio cuenta de que si Alex no recapacitaba sobre la situación en la que estaba involucrado y se arriesgaba mucho más, no conseguirían gran cosa. Dudó en si debía seguir presionándolo y decidió dejarle margen, para que fuera él quien decidiera hasta dónde podía llegar.

Siguieron hablando de otras cosas de forma más relajada y amistosa, no tanto como abogada y cliente.

Estaban cansados y preocupados por la situación, así que decidieron levantarse para irse. Al salir del bar, Alex se acercó para cogerle la mano, pero ella se apartó, mientras estuvieran trabajando juntos, no quería arriesgarse a tener problemas en el bufete por haber intimado con un cliente.

—Alex, piénsatelo y dime algo mañana para que yo pueda seguir preparando tu defensa. ¡Tenemos tan poco tiempo! —exclamó

compungida.

Fueron caminando dando un paseo hacia la casa de Silvia. Cuando llegaron a la esquina de su casa, Alex se puso tenso y se despidió rápidamente, dejándola plantada en medio de la calle, sin darle ninguna explicación. Silvia estaba sorprendida, no entendía los cambios de humor del chico, a veces estaba muy cariñoso y en otras ocasiones la dejaba en la calle sin más.

Vio el coche de Edgar en la esquina, se acercó, sin embargo, estaba cerrado y él no estaba allí. Le extrañó no verlo, casi que le hubiera gustado que estuviera para charlar. Había pasado de tenerle miedo a comenzar a tener confianza con él. Empezó su regreso hacia su portal cuando lo vio salir de la tiendecita de la esquina cargado con una bolsa de comida.

— ¿Me estabas buscando?

Era la primera vez que no llevaba las gafas de sol puestas y Silvia se lo quedó mirando extrañada mientras pensaba qué responder a su pregunta.

—Como pasaba por delante de tu coche he parado a mirar si estabas. — Era una verdad a medias ya que se había acercado expresamente para hablar con él—. Ya veo que te has comprado la cena.

—Sí, podría llamarse cena a esto —contestó Edgar sacando un bol de ensalada preparada y un par de sándwiches.

—Veo que te cuidas, pensaba que sacarías de la bolsa algo tipo donuts o patatas fritas —dijo riendo con aprobación.

—Imagínate sin moverme todo el día y comiendo mal, no, no, hay que cuidarse. Si deseas puedes compartir conmigo la ensalada y un sándwich.

—Te lo agradezco, pero me siento agotada, prefiero subir a casa a descansar.

—Que descanses, aquí me verás mañana.

— ¿No vas nunca a casa?

—Me iré dentro de un rato para ducharme y descansar unas horas. Cúidate.

En el fondo, ella hubiera querido quedarse, aunque la situación le parecía extraña, no lo conocía y no quería que él pensara que ella tenía algún interés, pero se sentía cómoda charlando con él. Subió las escaleras

hacia su apartamento, dejando que él se comiera solo lo que había comprado.

Ya en el interior de su casa, se preparó también una ensalada y un sándwich, curiosamente le apetecía lo mismo y era una suerte ya que tenía la nevera casi vacía. Estaba poco tiempo en casa y cuando regresaba pocas veces se acordaba de pasar por el supermercado. Para ella la comida no representaba un problema, sin embargo, le gustaba comer sano y cuidarse todo lo que pudiera. Cuando vivía con sus padres, su madre normalmente era quien cocinaba, preparaba siempre grandes cantidades de comida y como ella era de poco comer, siempre tenían la misma discusión. Al final su madre la dejó como caso perdido, que comiera lo que le apeteciera. Se rio al recordarlo y fue a coger el móvil para llamarla.

— ¡Hola, mamá! ¿Cómo estáis?

....

—Ya sé que hace días que no te llamo, tú también puedes llamarme cuando quieras.

....

—No te estoy reprochando nada, gracias por acordaros de mí.

....

—El trabajo bien... ¡que sí!, ... solo que estoy un poco cansada.

....

—Mamá, estoy bien de verdad. Cuidaros mucho. Os llamaré pronto.

....

—Sí, besitos, adiós.

La conversación con su madre la había relajado, sabía que siempre podía contar con ellos. «Si el juicio de Alex sale mal y el bufete se harta de mis errores, si me echan, siempre puedo volver a casa», pensó reconfortada. Con su mente dando vueltas al caso del juicio se durmió.

Capítulo 6

Cuando Silvia se despertó esa mañana lo primero que pensó fue que ya era jueves, desde que había comenzado a trabajar en el bufete, le pasaban los días demasiado rápido, más ahora que necesitaba avanzar en el caso.

Su interés en comenzar a encontrar soluciones para poder defender a Alex la hizo vestirse y salir a la calle antes de lo previsto, así que cuando llegó al portal vio que todavía faltaba más de media hora para entrar a trabajar. Se quedó dudando durante unos segundos de si debía volver a subir a casa o no, sin embargo, vio a Edgar fuera del coche, otra vez con sus gafas de sol, y se acercó a hablar con él. Después de verlo la noche anterior y de tantos días viéndolo estaba cogiendo más confianza.

—Hola Edgar, ¿qué tal la cena ayer?

—Bien, no hay como una buena ensalada y un buen par de sándwiches, aunque mejor en buena compañía —le dijo con segundas intenciones ya que ella no había querido quedarse— ¿Has salido temprano, cierto?

—Vaya, ¿también sabes a qué hora salgo cada día?, ¿no será a mí a quien estás vigilando?

—Hummm, creo que no. No quisiera que te sintieras observada o violenta por tener que verme aquí cada día. No te estoy controlando, sin embargo, como todos siempre tenemos las mismas rutinas, ya he aprendido los horarios de cada uno o si va con prisas o no. Cada mañana te veo salir rápido, por eso hoy te veo más relajada, después aparece otro señor por tu portal y a continuación la mamá con los dos niños revoltosos.

Silvia se rio ante el comentario de Edgar porque era verdad, sabía a qué vecinos se refería. Ella misma era bastante organizada para los horarios, le aportaba tranquilidad seguir una rutina diaria y tenía calculados los

horarios para llegar a cada sitio. Se daba cuenta que mucha gente también seguía las mismas rutinas. Cuando iba hacia el trabajo normalmente se acababa cruzando con la misma gente en los mismos sitios.

—Tienes razón —afirmó— ya ves, hoy me sobran diez minutitos para charla.

—Así me distraigo del aburrimiento que produce la vigilancia, en el fondo te lo agradezco.

—Ayer me quedé intrigada sobre el individuo que estás investigando, anda, ¡cuéntame más! —pidió ella con un mohín de gatita.

—Ya sabes que poco te puedo explicar, es confidencial, solo te diré que este individuo, aunque no lo parezca, ahora, amasa una gran fortuna.

—Aquí hay mucho extranjero, pero, ¿un rico en mi barrio? —dijo Silvia sorprendida ya que sabía que sus vecinos eran más bien humildes, clase baja o media trabajadora que con esfuerzo llegaban a fin de mes.

—No digo que viva aquí, no sé dónde vive, pero sí que se le ha visto por esta zona.

—Ya entiendo, por eso estás vigilando esta zona ¿Y por qué persigues a un rico, es famoso?

—Ya veo que crees que soy un paparazzi como los que esperan delante de las casas de las folclóricas —respondió sonriendo Edgar, se lo estaba pasando en grande con las preguntas de Silvia.

—Pues no le veo relación al hecho de si tiene mucho o poco dinero para que tú estés tantas horas viendo si pasa por aquí.

—Es que sus cuentas bancarias se han engrosado en poco tiempo y hay que investigar si es debido a algún trapicheo —explicó Edgar pensando que le estaba explicando más de la cuenta.

— ¿Y esto es noticia?

—Todo lo que supone cómo hacerse rico vende.

— ¿Cómo es el individuo al que estás buscando?, dime una edad aproximada.

—Lo siento, no puedo decirte nada más. Creo que ya te he dicho demasiado —confesó Edgar mirándola con fijeza a través de sus gafas de sol.

Silvia estaba intentado indagar más porque una loca idea se le había

pasado por la cabeza, ¿y si Alex estaba relacionado con el individuo que vigilaba Edgar? Ya que Edgar apareció con su cochazo, delante de su casa, la noche del viernes en que Alex la acompañó a casa en moto, era mucha casualidad. Hasta esa fecha no había visto nunca ni a Alex ni a Edgar.

Aunque ahora era la abogada de Alex, tenía muy poca información sobre él y ella necesitaba estar bien informada para poder defenderlo. Decidió que después hablaría abiertamente con Alex para mostrarle sus dudas.

Se despidió de Edgar y fue dándole vueltas al asunto de camino al trabajo. Cuando llegó, ya estaba tan exhausta de tanto pensar en Alex y en el caso, como si hubiera trabajado durante todo el día.

María no había llegado todavía, así que fue hacia su despacho e intentó concentrarse, más tarde tuvo que salir a hacer unas gestiones en la notaría que estaba cerca del bufete de abogados. Por suerte, llevaba otros casos más sencillos y burocráticos, además del de Alex, cuando se sentía muy estresada terminaba haciendo tareas monótonas y repetitivas que no requerían pensar demasiado.

De regreso al bufete, María la avisó que Alex había ido a verla. — Tu bomboncito está en tu despacho —le dijo.

De inmediato se dirigió hacia allí para ir a su encuentro, quizá tuviera avances que pudieran servir para el caso. Se saludaron y Silvia le pidió que se sentara a su lado para que pudieran trabajar juntos, al tiempo que le preguntaba:

— ¿Qué ocurre, por qué no estás en tu trabajo?

—Me han despedido.

— ¿Cómo dices? No lo entiendo. ¿De un día para otro?

—Hoy he llegado muy temprano a la oficina, antes que mis compañeros para poder acceder a las carpetas compartidas sin ser visto. Es muy arriesgado, porque como te comenté queda un registro, no obstante, no he tenido alternativa, me he atrevido y las he revisado. Pues tal y como sospechaba, he encontrado documentos confidenciales en una carpeta que siempre me había pasado desapercibida, cuando he revisado los registros he visto que el único nombre que salía relacionado con la carpeta era Carlos.

Como Alex se quedó un momento callado pensando en cómo seguir,

Silvia le animó a ello.

— ¿Has hecho copia de estos documentos?, y ¿sobre qué eran? Dame más información.

—Aparentemente son de índole comercial, nombres y direcciones, datos de clientes, pero una vez revisados, he visto que incluye también los datos del programa de software comercial con el que hemos estado trabajando tantos meses. Por lo que te puedo confirmar que lo que te comenté el otro día era cierto, se trata de una fuga de información no autorizada.

—Cuéntame, ¿has ido a hablar con Carlos?

—No he tenido tiempo, ha sido Blas quien ha venido a mi encuentro para informarme que estaba despedido, me ha acusado de fraude a la empresa. Además de que ya he recibido la citación.

— Bueno, no te preocupes son trámites burocráticos. ¿Y te han mostrado pruebas?

—Dice que ha encontrado documentos confidenciales clasificados a mi nombre, pero eso es mentira —contestó Alex nervioso, estaba muy preocupado por su situación.

—Tranquilo, tenemos que ver el problema con perspectiva y serenidad para encontrar la mejor solución. Dime, ¿qué clase de documentos confidenciales dice Blas que van a tu nombre?

—Listas de datos bancarios de pagos confidenciales.

—No entiendo, ¿pagos bancarios?, ¿a cuento de qué viene esto? Hasta hoy sabía que la fuga de información era porque vuestro nuevo programa comercial había ido a parar a manos de la competencia, junto con una lista de clientes. Es eso ¿no? —preguntó ella intentando entender el conjunto del problema.

—Exacto, estos dos puntos son por los que hemos venido al bufete tanto Carlos como yo. Pero como ves, ahora Blas se saca de la manga una acusación de un listado de pagos. Es como si hubiera ido a parar a mi bolsillo dinero de la empresa.

Llegado a este punto Silvia comenzaba a dudar de si le estaba diciendo la verdad o no, porque si creía que podía haber una conexión entre el individuo que buscaba Edgar y los datos que le estaba dando Alex perdería toda la confianza en él. Estaba sumamente confundida e intentó ser objetiva, no tenía nada que probara que Alex había hecho algo mal,

que hubiera robado a la empresa y se hubiera hecho rico a su costa, todo eran suposiciones.

— ¿Y entonces Blas te mostró el listado o algún documento que probara sus acusaciones, o te lo dijo de palabra sin más?

—Me enseñó una supuesta lista de datos de pagos confidenciales.

— ¿No habías visto nunca esta lista?, ¿sabes de qué pueden ser?

— ¡Claro que no la había visto nunca!, ¡por quien me tomas!

Entonces Silvia se levantó y comenzó a andar de la mesa a la ventana y regresaba, se la veía concentrada, tenía la mano en la barbilla y una actitud pensativa. Alex estaba mareado de seguirla con la vista.

— ¿Me vas a decir que ocurre? —le inquirió Alex.

—Creo que he dado con algo.

—Dime.

—Tengo que revisar la ley de protocolo sobre información clasificada, pero estoy casi segura que ésta impide mostrar documentos confidenciales.

—Pero, ¿cómo nos podemos basar en esto?, yo no grabé el momento en que Blas me mostraba los documentos, no hay pruebas que lo indiquen y él lo negará.

—Sí, tienes razón, Alex, pero no me refiero a que te lo enseñara a ti.

Silvia volvió a sentarse junto a Alex y cogió papel y bolígrafo para dibujar un esquema. Él la miraba sin acabar de entenderla. Cuando tuvo hecho el esquema de quien había visto el documento y qué podían hacer con él, concluyó:

—Fíjate, cuando llegemos a la vista, el juez no podrá revisar el documento que Blas te enseñó a ti, si es que lo quiere mostrar como prueba, entonces no podrá decidir si es una información importante, clasificada o no.

—No te sigo.

—Claro, porque el juez necesita tener los poderes suficientes para poder revisar este tipo de archivos, no todos lo tienen.

—Ahhhh... —Alex iba atando cabos y comenzaba a intuir por donde quería ir ella.

—Como es un juicio rápido, Jorge no tendrá tiempo de solicitar las autorizaciones suficientes para conseguir que el juez posea los poderes que le permitan revisar la documentación sobre los datos bancarios que

van contra ti. Sin embargo, queda la otra parte de la cuestión ¿cómo fue a parar el software comercial y la lista de clientes a la competencia? No avanzamos con esto, qué complicado.

Alex se relajó, lo que realmente le preocupaba era lo de los datos bancarios y ese punto ella creía tenerlo controlado, y en cuanto al software comercial y los clientes sabía que no podían acusarlo de nada, era inocente. Ya no lo veía todo perdido, como había supuesto hasta el momento. Siguieron revisando posibles alternativas durante toda la mañana.

Estaban concentrados en los documentos cuando María entró en el despacho.

—Silvia, ya es hora de comer —dijo tan solo entrar, echándole una mirada directa a Alex— vaya, disculpad, no sabía que todavía estabais reunidos.

Alex se levantó, recogiendo sus cosas y confirmó: — veo que se ha hecho muy tarde y que tengo que irme. Os dejo comer tranquilas chicas.

No esperó a despedirse de Silvia ni de María, cruzó la puerta y se fue.

—De verdad, que no sé qué esperar de él, a veces está cariñoso y atento, en cambio otras veces me deja hablando sola y se va, es como si huyera.

—Tienes razón, me ha parecido muy esquivo, aunque debe estar muy preocupado por todo lo que tiene encima, yo lo estaría —dijo María defendiéndolo.

—Sí, claro y yo, pero una cosa no quita la otra, he estado toda la mañana devanándome los sesos para buscarle una salida a su defensa y mira como me lo agradece, ni unas gracias.

—Venga vamos, deja ya de quejarte. Sé de un sitio nuevo que han abierto para comer y, por cierto, me han dicho que el camarero está que no veas.

—Pues tendremos que verlo —contestó Silvia con una sonrisa. María siempre sabía cómo alegrarla.

Bajaron a la calle charlando de sus cosas y se acercaron al nuevo restaurante que había dicho María. Estuvieron comiendo las dos y entre la comida, las miraditas al camarero y las risas, se les pasó el tiempo volando, y tuvieron que volver al trabajo.

Cuando Silvia estuvo de nuevo en su despacho, entró Enrique, el director del bufete. Aunque se llevaban bien, siempre le causaba cierto respeto, así que Silvia se puso un poco tensa en cuanto lo vio.

Enrique se interesó por el caso de la empresa TX Tech y también le pidió si le podía ayudar en un caso. «¡Cómo negarse!».

—Como Jorge está ocupado y los otros dos abogados seniors están completando otro caso, necesito poder revisar unos documentos rápidamente antes de que me vaya al juzgado mañana. Me han avisado que han cambiado al fiscal y han tenido que avanzar el caso que llevo entre manos.

—Claro, lo que necesites —contestó Silvia pensando que le hacía ilusión que contara con ella, sin embargo, ella estaba igual de ocupada que Jorge y los seniors. «¡Qué se le va a hacer, al menos cuenta conmigo!».

—Se trata de un cliente importante y nuestro bufete saldría perjudicado si no conseguimos un buen trato. Lo relacionan con una compra hecha en una web de mercado negro, donde se pueden comprar todo tipo de hierbas y sustancias ilegales. Ya me entiendes.

Silvia cabeceó dando a entender que podía seguir.

—Quién esté relacionado comprando, trabajando o vendiendo en esa página está cometiendo un delito. Y ya sabes lo fácil que es hoy en día rastrear por donde te mueves por internet. Necesito que me prepares el expediente para poder llevármelo mañana al juzgado.

—Sí, no te preocupes, me pongo con ello ahora mismo.

Se le pasaron las horas volando, miró el reloj cuando se percató de que hacía un rato que su amiga se había despedido y ni se había dado cuenta ya que estaba inmersa en los documentos. Le parecía increíble que existiera un mundo paralelo a internet, la Deep Web, oculto para todos, o para casi todos. Por lo que pudo entender, hay páginas de información que no aparecen en las búsquedas que hacemos por Google, no las indexan justamente para que queden ocultas y solo unos pocos saben cómo llegar a ellas.

Silvia siguió revisando la información para entender más sobre ello. Innumerables traficantes de drogas, armas y otros delitos estaban al alcance de quien supiera llegar hasta esa información. Sin embargo, había

más, compras y ventas de datos confidenciales. «Nuestros datos confidenciales y preferencias acaban en este mercado negro comprados y vendidos por empresas intermediarias de agencias de marketing u otro tipo de empresas interesadas, ¡Es increíble!», concluyó Silvia cada vez más sorprendida por todo lo que estaba leyendo en ese expediente.

Decidió que era hora de irse a su casa o se veía quedándose allí toda la noche inmersa en ese caso. Salió de su despacho y se dio cuenta que no había nadie más en la oficina, el pasillo estaba oscuro, entró en el de Enrique, estaba la luz encendida, pero él no estaba.

Le dejó encima de la mesa toda la documentación en la que había trabajado, cerró la puerta y se quedó en silencio, en un pasillo oscuro, en medio de la oficina. Daba mucho respeto verlo todo vacío, las mesas iluminadas de forma tenue por la luz de las farolas que entraba por la ventana.

Se quedó unos segundos quieta e inmóvil agarrada al pomo de la puerta, se escuchaban crujidos del suelo de madera, le pareció ver una sombra que se movía al final del pasillo y unos pasos, tenía que reconocer que sentía miedo, el hecho de haber estado inmersa en el caso de la Deep Web la hacía sentir vulnerable porque se daba cuenta que era un tema que desconocía, le daba respeto y la fascinaba al mismo tiempo.

Su primer impulso fue recoger rápidamente sus cosas, cogió bolso y abrigo, y fue andando rápido hacia la salida. Con las prisas, se dio con la esquina de una mesa y emitió un pequeño grito. De repente se encendieron las luces y vio que su jefe la miraba con cara de preocupación.

— ¿Estás bien?

—Sí, me he dado con la mesa, hubiera tenido que encender la luz, que tonta he sido. Te he dejado los papeles en tu mesa, no te he visto y no sabía dónde estabas.

—Gracias, había salido un momento. Descansa y mañana seguimos.

Salió del despacho con la sensación de que se había montado una película de la nada, pero desde que conoció a Alex, entre su caso, el de su jefe y lo que le contaba Edgar, estaba rodeada de intrigas. «Mejor que me vaya a casa a descansar, ¡que tarde es!, pasan de las nueve», se dijo Silvia.

Al estar el bufete en una zona tan céntrica de Barcelona, siempre había

bullicio de gente, sobre todo turistas que buscaban los bares con tapas para una cena ligera, pero también había grupos de jóvenes que salían por la noche o parejas que paseaban. Al contrario de lo que había sentido cuando llegó a Barcelona, la gente ya no la agobiaba, le gustaba estar en compañía, ver movimiento.

Cuando estaba ya llegando a su casa, se preguntó dónde habría ido Alex tan rápido esa mañana, las había dejado a las dos sorprendidas. «Este chico, nunca sabes cómo va a reaccionar. Y Edgar ¿estará hoy esperándome?», pensó ilusionada, aunque al doblar la esquina ya vio que no estaba. «Tantos días deseando que no estuviera y ahora que esperaba hablar con él, va y no está», se dijo.

Al cerrar la puerta de casa, comenzó a revisar los mensajes del móvil, necesitaba conectar con alguien para charlar. Como no tenía ninguno nuevo de María se propuso enviarle uno:

SILVIA ¡Por fin en casa!!!

MARIA Sylvi, ¡qué tarde!!, ¿ahora llegas?

SILVIA Sííí y no veas el miedo que he pasado cuando he salido....

MARIA ¿Por?????

SILVIA Mañana te lo explico. Besoss

MARIA Okiss, Besotes guapa.

Con una sonrisa en los labios, cerró el móvil. «¡Qué bien tener a María como amiga!».

Como todavía tenía un poco de miedo en el cuerpo, dejó una luz encendida y se puso a dormir. Al cabo de unas horas, se levantó para apagarla.

«¡Ya está bien de tanta tontería, aquí no hay nadie más que yo!, ¿por qué tener miedo?», se dijo.

De regreso a la cama, pasó cerca de la ventana y miró a la calle, se oían voces, se le abrieron los ojos como platos al ver a dos hombres hablando, enfadados en la esquina. «Juraría que son Edgar y Alex. ¿Qué hacen esos dos hablando delante de mi portal?, ¿de qué se conocen?», se dijo y se frotó los ojos para comprobarlo de nuevo. Al abrirlos los dos hombres ya se habían ido, abrió la ventana para ver si los volvía a ver. Nada, ni rastro.

«¿Me lo habré imaginado y no eran ellos?, ¡qué raro!, necesito dormir».

Capítulo 7

El primer pensamiento del día fue para intentar recordar la imagen de los dos hombres que estaban discutiendo. Ella pensaba que había visto con claridad a Edgar, muy alto, moreno y más mayor, y a Alex más delgado y con el pelo largo y rubio. «No son dos hombres del montón, destacan, seguro que eran ellos, ¡tan distintos uno del otro!».

Ya hacía una semana, fue la noche del pasado viernes cuando conoció a Alex y durante esos días le habían pasado tantas cosas que le daba la impresión que conocía a Alex desde hacía más tiempo. Lo mismo le pasaba con Edgar, hacía pocos días que lo conocía, pero como lo veía casi a diario, ya se había acostumbrado a verlo. Dándole vueltas al mismo asunto, desayunó y se vistió con su traje chaqueta. Cuando estuvo lista salió al portal donde pudo comprobar que esa mañana sí estaba Edgar con su coche. «¿A qué hora has debido llegar?, por la noche no estabas, a no ser qué fueras tú a quien vi con Alex», pensó Silvia saliendo del portal como si hablara con Edgar. Su primera idea era pasar de largo sin decirle nada, no tenía ganas de charla, sin embargo, él salió del coche y se acercó a ella con un par de zancadas.

— ¿Cómo estás?, ¡qué sería vas hoy!

—No he pasado buena noche, tengo mucho trabajo y estoy con un caso difícil.

—Lo lamento —le contestó de forma sincera. Se quitó las gafas de sol que llevaba siempre y la miró fijamente, antes de continuar— quería decirte que ya no me verás más por aquí.

— ¿Ya has terminado tu investigación? —preguntó Silvia compungida, sabiendo que lo echaría de menos, después de varios días viéndolo a diario, casi que lo consideraba un amigo.

—Tengo la información que necesito y aunque me guste verte pasar por

aquí a diario, me temo que ya no tengo excusa para seguir viviendo en el coche.

—Me alegro de que puedas volver a tu casa, tiene que ser muy pesado hacer una vigilancia de tantas horas.

—Lo es habitualmente, en este caso, ha sido muy agradable conocerte.

—Vaya, gracias.

Silvia lo miró con una sonrisa. Él era tan alto que al estar tan cerca, tenía que levantar bastante la mirada hacia él.

—Ahora que he terminado el servicio de vigilancia en calle, tengo unos días libres y como mañana es sábado, ¿qué te parece si quedamos para hablar un poco más y conocernos?

— ¿Me estás invitando a salir? —preguntó ella extrañada.

—Eso parece —contestó Edgar riendo.

Silvia se lo pensó.

A los pocos segundos decidió que estaría bien pasar unas horas con Edgar, total no tenía nada más que hacer, no le apetecía estar con Alex porque ahora era su cliente y necesitaba desconectar del caso.

—De acuerdo, pero no quiero madrugar.

—Me parece bien, yo tampoco, después de varios días durmiendo mal y poco, me apetece descansar durante horas. Te pasaré a buscar a mediodía, ¿cómo lo ves?

—Perfecto.

Iba a despedirse de él, pero pensó que tenía que lanzarse a hacerle la pregunta que le iba dando vueltas por la cabeza: — ¿A qué hora has llegado hoy?, ayer por la noche cuando llegué no estabas.

—Veo que me has echado de menos —contestó Edgar con una sonrisa fanfarrona— me he levantado pronto, quería llegar antes de que te fueras.

A Silvia le gustó la respuesta, sin embargo, no sabía si creerle, pero decidió no preguntar más. «Si eran él y Alex lo averiguaré cueste lo que cueste. A ver qué están tramando estos dos», se propuso.

Con esto se despidió de él con una sonrisa y se fue hacia el trabajo dudando de si había hecho bien en quedar con Edgar, le atraía y parecía una buena persona, en realidad, cuando estaba cerca de él se sentía segura y protegida, no sabía cuántos años debía tener él, pero diez más

que ella seguro.

Cuando llegó al trabajo y entró de nuevo en su despacho le dio la impresión que hacía solo unas horas que había salido de allí y era cierto. Todavía le dolía el moratón que le había aparecido del golpe con la esquina de la mesa.

—Alex, ¡estás aquí! —exclamó Silvia, confundida cuando entró—. No recuerdo que ayer hubiéramos quedado en que vinieras a mi despacho.

— ¿Qué ocurre?, ¿no deseas verme?

—Sí, aunque ayer te fuiste tan rápido que pensé que ya no querías estar más por aquí, que te agobiaba con el caso.

—Tienes razón, te debo una disculpa, es cierto ayer me sentía agobiado, no por ti ni por tu ayuda, sino por la situación. Sabes, nunca se me han dado bien las relaciones con los demás y el hecho de tener que ir a un juicio donde tenga que hablar delante de otros y justificarme, me aterra.

Silvia lo miraba y lo veía realmente afectado, cada vez iba entendiendo más cosas. Alex estaba más cómodo pasando las horas delante de una pantalla de ordenador, que con ella o con cualquier otra persona. Ya se había dado cuenta que parecía tímido e introvertido. «Seguro que es muy inteligente», pensó que tenía que preguntar más para llegar a conocerle mejor.

— ¿Cómo te fueron los estudios cuando ibas al colegio?

Alex se quedó pasmado mirándola y le contestó: — ¿A qué te refieres?, ¿a si era buen estudiante?

—Sí, a eso mismo.

—Me aburría, era un niño muy inquieto, siempre me han dicho que no puedo parar quieto. Lo que se explicaba en clase era muy repetitivo, eso hacía que no pudiera prestar mucha atención a las clases porque lo que explicaban no me interesaba, prefería salir a investigar nuevas cosas.

— ¿Investigar?

—Siempre me ha gustado aprender cosas nuevas y es cierto que he tenido facilidad para ello. Tengo una gran imaginación y me gusta abstraerme en mi mundo, me pongo retos para superarme.

— ¿Se puede decir que eras un niño superdotado?

—La verdad, es que como te expliqué, mis padres siempre han pasado de mí y de mi hermana, nunca nos quisieron tener a su lado y siempre

nos consideraron un estorbo. Así que mis padres no atendieron si desde el colegio les ponían reuniones para ver mi evolución, si fui o soy superdotado, nunca me lo han dicho. ¿Pero esto es importante para el caso?

—Tu forma de ser es importante, si tengo información de cómo actúas, podré ayudarte más en tu defensa cuando tengas que estar delante del juez.

Silvia, pensó para sí que con esa respuesta le daba una buena excusa. Era cierto que quería que él se manejara bien delante del juez, pero otra idea se estaba forjando en su cabeza. Alex cumplía con el estándar de chico superdotado, que dominaba la informática, un buen desarrollador de programas y quizá hasta un buen hacker. No sabía hasta qué punto, él era inocente o no de la filtración de datos bancarios confidenciales. Al haber estado ayudando a Enrique en el caso de la Deep Web, supo de primera mano, qué tipo de información se esconde y una ligera idea de cómo llegar a ella. Pero estaba casi segura que Alex sabía mucho más que ella.

Era un tema muy escabroso debido a que se pueden encontrar muchas páginas ilegales y él nunca reconocería si tenía tratos con alguna de ellas. Entonces se le ocurrió plantearlo como si ella fuera la que necesitaba ayuda, así vería qué tipo de conocimiento tenía él sobre el tema.

—Antes de entrar a repasar las preguntas que pueden surgir en la vista, me gustaría pedirte si me puedes echar una mano con un tema.

—Claro, dime.

—Es que ayer estuve hasta tarde trabajando en un caso con mi jefe, voy bastante perdida y quizá me puedas orientar.

— ¿De qué se trata? —preguntó Alex interesado en poder ayudarla.

—Sobre la Deep Web. —En cuanto lo propuso, Silvia se le quedó mirando fijamente para ver cómo reaccionaba.

— ¿Qué quieres saber? —preguntó Alex sin mostrar ninguna emoción.

— ¿Lo conoces?

—Siendo desarrollador informático mentiría si te dijera que no, ya puedes suponer que, algo, sé.

—Yo como abogada, no tenía idea sobre ello y ayer me vi perdida intentado descifrar documentación que necesitaba mi jefe.

—Lo que te puedo explicar es que es una red compuesta de información y bases de datos que no están accesibles a todos, porque no van indexados a un motor de búsqueda.

— ¿Y cómo se llega a ello?

— ¿No me estarás tendiendo una trampa? —preguntó él receloso recolocándose el flequillo detrás de la oreja para poderla mirar fijamente.

—Tampoco te estoy preguntando si tú lo has utilizado.

—A ver Sylvi, ya puedes suponer que se necesita tener un usuario registrado y contraseñas concretas para acceder a la información.

—Así todos podemos acceder.

—No todo el mundo tiene acceso y no todo lo que hay es malo.

—Pero creo que es ilegal.

—Decir que es ilegal no quiere decir que todo sea venta de armas y drogas.

— ¿Y qué más hay? —Poco a poco Silvia intentaba ir sonsacando información, aunque veía que cada vez él se volvía más suspicaz.

—También hay una parte de contenido, digamos, no tan “sucio”. Puedes encontrar bases de datos, estadísticas, investigaciones que hay que mantener ocultas, reportes financieros que no deben ser encontrados.

— ¿Y cómo puedo llegar a las páginas?, donde me pedirán el usuario y contraseña que dices. ¿Pongo en Google llegar a la Deep Web?

Alex la miró sin dar crédito a lo que estaba escuchando, se le estaba terminando la paciencia.

—Silvia, no es tan fácil. Hay buscadores concretos que te llevan a esas páginas. Ni se te ocurra entrar, ni intentar acceder, puedes llegar a enlaces de servicios ilegales o incluso a contactar con criminales. Todo queda en el anonimato, así que todo es posible.

—Gracias Alex, por cuidar de mí. —Con estas palabras vio que Alex se relajaba de nuevo—. No pienso entrar, ni necesito saber cómo entrar, solo quería saber cómo funciona.

Se creó un silencio porque Alex no comentó nada más sobre el tema y ella no sabía si tirar o no de él. Entonces Silvia le propuso que dejaran ya la revisión del caso para el siguiente lunes, se le estaba haciendo tarde, y él estuvo de acuerdo.

Era viernes, por lo que no debían volver a trabajar por la tarde. María

estaba esperando a que salieran del despacho. Silvia se había dado cuenta que como a María le gustaba Alex, buscaba excusas para quedarse hasta cruzarse con él. Aunque a ella también le gustaba, cómo no hacerlo, era muy guapo, no olvidaba que era su cliente y no quería acercarse demasiado.

— ¿Venís a comer, chicos? —preguntó María al verlos salir.

—Lo siento, no puedo quedarme —se excusó Silvia. Se despidió de prisa y los dejó a los dos allí, mirando cómo se iba.

—Pues sí que parece que tenía prisa —afirmó María—, vamos a comer algo, no me dejes comer sola.

—De acuerdo, vamos.

María se fue tan contenta a comer con Alex, mientras que Silvia se fue a su casa pensando en que dejaría espacio a Alex y a María para que se conocieran, aunque en el fondo sentía un poco de celos porque ella se había quedado desplazada. Silvia pensó que hacían buena pareja, aunque eran muy diferentes, «ya dicen que polos opuestos se atraen».

Fueron los dos a comer a un restaurante cercano. María era muy habladora, siempre tenía algo que contar, en cambio Alex era muy retraído, muchas veces se quedaba callado pensando en sus cosas, aunque también estaba atento a lo que María le iba explicando. Le habló mucho de ella misma, pero cuando tocaron el tema del trabajo y de Silvia es cuando Alex mostró más interés, pero María decidió no contarle cosas personales de su amiga.

Mientras tanto, cuando Silvia llegó a su casa, se dio cuenta que se sentía muy cansada. Toda la mañana con Alex la había dejado exhausta, era muy complicado sacarle información y que se sincerase con ella. Después de hacerse un ligero tentempié, se acostó para echarse una siesta y descansar, aunque su intención era levantarse al poco rato para repasar el caso. Sin embargo, pasaron las horas y cuando se despertó, se dio cuenta que era casi hora de cenar. «Dios mío, si se me ha ido toda la tarde, sí que estaba cansada y con todo lo que pensaba avanzar hoy», se lamentó.

Se había hecho tan tarde que los supermercados ya estaban cerrados, solo quedaban algunas tiendecitas de barrio abiertas. Abrió la nevera y al verla vacía, decidió darse un capricho y se encargó una pizza para cenar.

«Si es con verduras de la huerta tampoco pasará nada por un día», se autoconvenció mientras hacía la compra por el móvil. Al cabo de media hora el repartidor hacía sonar el timbre de la puerta. «Mmmm, huele de maravilla». Antes de comenzar a comer, se le ocurrió hacerle una foto a la pizza para enviársela a su madre con un mensajito para que viera lo bien que se cuidaba. Y también a María.

Se la comió entera y como estaba tan llena y había descansado tanto por la tarde, lo que más le apetecía era salir de casa. Llamó a María, pero no la encontró. Se sintió sola, pero no se decidió a salir sin haber quedado. «Ya me montaré yo misma mi plan», pensó para animarse. Llevaba ropa cómoda de estar por casa, revisó las películas que tenía y escogió una que no fuera romántica. Se sentía muy extraña al pensar que Alex estaba con María y tenía muchas dudas de cómo iría la salida que tenía planeada con Edgar. Intentó relajarse, le costó, pero al fin se durmió.

Capítulo 8

No se había puesto el despertador, pensaba dormir hasta tarde aprovechando que tenía la mañana libre, sin embargo, se despertó temprano, como cada día y siguió dando vueltas en la cama, pensando en Alex y en Edgar.

Cada vez estaba más convencida de que Alex había estado involucrado en la filtración de datos bancarios, aunque no sabía hasta qué punto. Y sobre Edgar, no sabía qué pensar, veía que él estaba interesado por ella, eso lo tenía claro. Viendo la forma en que la miraba, intensamente. Edgar era su secreto, no se lo había ni contado a Mary, «no lo entendería», pensó.

Decidió levantarse y ponerse a limpiar para despejar la mente. Lo preparó todo, se recogió el pelo en una coleta, se puso la ropa más gastada que tenía de estar por casa, la música a tope y comenzó a darle a la escoba. Estaba tan puesta en su trabajo que no se dio cuenta lo rápido que fue pasando el tiempo hasta que escuchó el timbre de la puerta.

Miró el reloj y vio que tan solo faltaba media hora para quedar con Edgar, así que tenía que darse prisa. Abrió la puerta más pensando en qué se pondría, que en quién podía ser y allí estaba él, Edgar recostado en el marco de la puerta la miraba con una sonrisa ladeada. Se había vestido de forma informal, acostumbrada a verlo siempre con el traje de trabajo, le costó reconocer que era él. Llevaba puestos unos pantalones negros desgastados, una camisa negra con las mangas remangadas y unos zapatos de sport negro. Es decir, había pasado de vestir el traje negro, que utilizaba a diario para su trabajo, a ropa casual del mismo color, pero junto con su altura y la barba incipiente le daba un aspecto atractivo y de tipo duro, carismático e intrigante.

—Pero, ¿qué haces aquí? —dijo ella sorprendida por su aspecto e

intentando arreglarse un poco, estirando de la sucia camiseta.

—Tranquila, no pasa nada, veo que te he cogido en mal momento. Como pasaba cerca de tu casa, pensé que quizá, no te importaría que quedásemos un poco antes – contestó mientras le daba un vistazo rápido intentando apreciar sus formas bajo la fina camiseta y las mallas deportivas, que no dejaban mucho a la imaginación.

Ella no sabía qué contestar, estaba nerviosa, aunque se fue relajando y decidió que lo dejaba entrar.

—Pasa, pasa, tú mismo sírvete lo que quieras de la cocina, mientras me cambio y salimos.

Él cruzó el pequeño salón y entró en la cocina, mientras que Silvia entraba en la pequeña habitación donde guardaba sus cosas, abría las puertas del armario y se quedaba mirando la ropa, sin saber qué escoger. Se había quedado asombrada de ver a Edgar con su nuevo look y todavía no había reaccionado. Sabía que él estaba en el comedor y tuvo el impulso de cerrar la puerta de la habitación con llave. Este pensamiento la llevó a pararse a pensar si tenía miedo de él o si más bien deseaba dejar la puerta entreabierta para que él se colase en la habitación. Era una sensación extraña porque se fiaba de él, sino no lo hubiera dejado entrar en su casa.

Intentó despejar su mente y se dijo que ya era hora de dejar de pensar en tonterías, cambiarse y salir a comer. Necesitaba salir de allí.

Al final se decidió por un conjunto informal de pantalón ajustado y blusón largo que le llegaba hasta las caderas. Sabía que se vestía ocultando su figura, aunque prefirió estar cómoda y no dar pie a nada más. Le costó todavía más decidirse por el calzado, ella no era bajita pero sí podía parecerlo al lado de él, sin embargo, ponerse zapatos de tacón y andar todo el día podía ser una auténtica tortura. Al final se calzó unos zapatos cómodos de tacón medio.

Sabía que había tardado más de la cuenta en arreglarse y reconocía que Edgar la había dejado tranquila, no le había dado prisa. Suponía que estaría harto de esperar.

Salió de la habitación con curiosidad por ver dónde estaba y lo vio en la cocina, acabando de limpiar y colocar los platos, ollas y cubiertos que ella había sacado para su limpieza a fondo. Se lo quedó mirando mientras que

él andaba concentrado en la organización de la misma. «¡Edgar si te viera mi madre te diría que eres un tesoro!», pensó, aunque sin expresar en voz alta el cumplido. Entonces cayó en la cuenta de que no sabía nada de él, si tenía pareja o no, suponía que no, ya que él había mostrado abierto interés por ella. «¿Y si me estoy equivocando al salir con él?, ¿y si piensa que soy una chica fácil con quien ligar?», pensaba Silvia mientras iba recorriendo con la mirada su cuerpo atlético, alto y musculado.

Como Edgar había escuchado que había salido de la habitación, ya intuía que estaba en el umbral de la puerta observándole. Se giró con una sonrisa sinvergonzosa y se acercó a Silvia. Ella evitó mirarle a él directamente a los ojos, parecía que la confianza que habían mantenido esos días se había esfumado.

Él la vio tan cohibida que le adelantó la mano para estrechar la suya. Era una mano grande, de largos dedos y pulidas uñas y Silvia sintió un escalofrío al estrechar su mano, no precisamente de frío. Se quedó un momento mirándola en silencio, como él no hablaba, ella lo miró directamente extrañada. A Silvia le parecía que comenzaba a hacer demasiado calor en la estancia y se preguntó si estaría encendida la calefacción.

—Estás muy guapa, ¿salimos a comer?, conozco un buen restaurante cerca de aquí —propuso Edgar rompiendo el hielo—. En realidad, conozco muy bien la zona por estos últimos días que he pasado trabajando.

— ¿Te importa si vamos un poco más lejos?, me apetece más salir del barrio.

—Sí, lo que quieras. ¿Quieres ir en coche?

—Mejor vayamos dando un paseo.

Silvia agradeció salir de casa porque se sentía muy incómoda teniendo a Edgar tan cerca.

Salieron al portal y lo primero que vio ella fue el coche de Edgar en la zona donde solía aparcar esos días.

—Ver tu coche en mi calle ya me parece de lo más normal.

—Tan solo he estado una semana de vigilancia, aunque es cierto que parece más tiempo —confirmó Edgar mientras se acercaba a ella y le cogía la mano — ¿Puedo?

—Me sorprende que me lo preguntes, aunque te lo agradezco.

—Quiero que estés cómoda y no quiero forzar una situación que no te guste.

Silvia sonrió ante su amabilidad.

Comenzaron la excursión cruzando el paseo Picasso y adentrándose en el parque de la Ciudadela. Hacía un día estupendo para pasear, olía a primavera, con el sol radiante y el cielo azul. Cuando llegaron al parque, vieron que estaba lleno de familias con niños, gente dando vueltas con bicicletas o paseando, incluso otros se habían echado en el césped a tomar el sol. Ellos optaron por sentarse en uno de los bancos frente al estanque.

—Silvia, yo...

—Mis amigos me llaman Sylvi, si te parece bien, puedes llamarme así.

—Perfecto Sylvi — siguió Edgar, sin soltarle la mano, aunque estaban sentados el uno al lado del otro —. Necesito explicarte un tema para que no haya malentendidos.

—Dime.

—No soy periodista.

Silvia se quedó sorprendida ante la afirmación, era lo último que esperaba oír en ese momento.

— ¿Y eso?, ¿me has mentido?

—Ha sido una mentira piadosa. Cuando te lo dije, hacía un par de días que te había visto, tu amiga me había gritado en medio de la calle y no tenía por qué dar muchas explicaciones. Además, mi trabajo, precisamente, tiene que pasar bastante desapercibido. Soy investigador privado.

Se le quedó mirando sin saber bien qué decir, ella sabía, como todos, de la existencia de los detectives o investigadores privados, pero nunca había conocido a ninguno. Ahora tenía uno a su lado. Con razón la había mentido al mencionar su profesión y se daba cuenta de la confianza que le estaba dando Edgar al explicárselo en ese momento. Además, tenía que ir con mucho cuidado para saber si sus investigaciones estaban relacionadas con el caso de Alex, con el que estaba trabajando.

En ese momento le vino a la mente Alex y no pudo evitar hacer una comparativa rápida entre los dos. Sin dudarlo, a Alex lo veía más crío, claro, era más joven. Edgar le daba la confianza de tener a alguien que

podiera protegerla en una gran ciudad, donde había venido sin familia. Pero, no, no podía engañarse, sus sentimientos hacia Edgar iban mucho más allá del hecho de sentirse protegida.

—Sylvi, ¿qué te pasa?, te estoy hablando y creo que no me escuchas.

En ese momento, ella se dio cuenta de que se había quedado pensando en sus cosas, oyendo la voz de Edgar sin atender a lo que le estaba diciendo. Lo miró y parecía realmente preocupado.

Ella le ofreció una sonrisa.

—No pasa nada, me he quedado pensando en lo que me has dicho — confesó sonrojada—, nunca había conocido a un investigador privado. Creía que los investigadores siempre pasaban desapercibidos, sin embargo, tu coche es de los que te paras a mirar, puede que sea una manera tuya de jugar al despiste. Quizá es ponerte en un aprieto, pero... ¿podrías contarme algo sobre el caso en el que estás trabajando?

Ahora fue Edgar quien se quedó pensativo, en lo que le decía del coche y en sus preguntas sobre el caso. Quería hacerla partícipe de todos sus descubrimientos, pero, como buen investigador conocía detalles del caso que estaba llevando entre manos que no podía desvelar. Decidió explicar parte de la verdad.

—Estoy trabajando en un caso para una empresa tecnológica — comenzó Edgar, mientras que ella lo miraba con atención y sorpresa por comenzar a ver que sus intuiciones eran ciertas— las empresas contratan nuestros servicios para conocer si hay empleados que vulneran su fidelidad con la empresa, si se genera algún tipo de fraude.

— ¿Qué quieres decir con que “contratan nuestros servicios”, trabajas en alguna empresa de investigadores?

—Somos tres socios quienes montamos este negocio hace unos cinco años. Los tres nos dimos cuenta que teníamos las características apropiadas para desempeñar este trabajo, donde básicamente se requiere mucha paciencia, tesón, el aguante de tener que esperar muchas horas, además de una habilidad para poder llevar el trabajo adelante sin que se llame mucho la atención.

—Ya veo tu afición por ir vestido de negro, así pasas más desapercibido —comentó ella riendo.

—Sí, como puedes ver es mi color favorito. Como me paso los días con el traje, cuando estoy libre no me veo bien vistiendo colores claros.

—Ya sé que debe ser confidencial, pero ¿hay algo del caso en el que estás trabajando que puedas compartir conmigo?

—Como bien dices es confidencial, Silvia.

—Entonces, ¿lo que me dijiste de que en el periódico te habían pedido información sobre la persona que has estado siguiendo?, supongo que te referías a la empresa tecnológica.

Edgar, rio con ganas— te acuerdas de lo que te dije, ¿eh?

— ¿Y lo de que este individuo se ha hecho muy rico, también es cierto?
—preguntó Silvia sin dar su brazo a torcer.

Él se quedó en silencio, quería explicarle más cosas, aunque sabía que no debía hacerlo. Así que cambió de estrategia, le acarició la mano, mientras decía:

—Olvidémonos del trabajo, ¿vamos a comer?

En este caso fue Silvia, quien se rio y se relajó.

—Ya veo que ahora no me vas a contar nada, probaremos durante la comida a ver si eres más receptivo a mis preguntas. Quizá si te relleno la copa de vino varias veces... —propuso Silvia en tono juguetón.

Él tiró de ella al levantarse, le rodeó con los brazos la cintura, la estrechó entre sus brazos y después de unos segundos, decidió que lo mejor era comenzar a andar para evitar lanzarse. Hacía muy poco tiempo que se conocían y quería que ella cogiera confianza con él, que no pensara que iba buscando un rollo de un día.

Siguieron andando, salieron del parque y se adentraron por el barrio de la Barceloneta, comenzando a recorrer el paseo de Juan de Borbón, repleto de restaurantes donde ofrecían pescado y marisco. Con tanta oferta no sabían cual elegir y al final se decidieron por uno que estaba pintado de blanco y azul, además de decorado con motivos de barcos.

Les ofrecieron sentarse en una mesa al lado de la ventana donde se veía el puerto pesquero y los numerosos yates. Como Edgar era alto y corpulento, cuando se sentó la mesita parecía que se les había quedado pequeña, pero no les importó. Se sentó frente a ella, escogieron los menús y siguieron charlando. La comida fue muy agradable y aunque Silvia le relleno la copa de vino en varias ocasiones, no se atrevió a volver a sacar el tema del trabajo.

Silvia le estuvo explicando sobre su vida en Zaragoza y cómo se sintió

cuando llegó a Barcelona, lo bien acogida que se había sentido, aunque vino sola. Le encantaba viajar, aunque nunca había tenido ocasión de ir más lejos, por lo que llegar a Barcelona le pareció un mundo.

— ¡Que valiente dejar a tu familia y desplazarte a otra ciudad, sin tener experiencia en viajar sola!

—Me dio pena dejar a mis padres, pero tengo que confesar que saqué unas notas muy buenas en la carrera y fue el bufete de Barcelona quien me ofreció trabajo a través de la bolsa de empleo de la Universidad. Es un bufete de abogados muy reconocido, además que me permite trabajar en casos de mi especialización.

— ¿Y cuál es?

—Estoy especializada en la Ley Orgánica de Protección de Datos. Ya sabes, hoy en día tan de moda y tan importante. Esta normativa exige que las empresas lleven a cabo algunas obligaciones como tener más evaluaciones y también auditorías. Como sabes, cada vez estamos más expuestos en internet, damos nuestros datos sin pensar y muchas empresas se aprovechan de ello. Una parte de mi trabajo es revisar que las empresas tengan en cuenta la privacidad de las personas y no saquen provecho de sus datos.

Edgar pensó que era una gran casualidad que ella fuera abogada de la LOPD y que él tuviera entre manos un caso de fuga de datos. Tenía cierta intuición de que ella pudiera estar involucrada en el caso que él manejaba, pero prefirió no indagar más para que ella no volviera a sacar el tema de su investigación.

—Creo que te estoy aburriendo —dijo Silvia al ver que él se quedaba pensativo.

—Qué va, para nada.

— ¿Te puedo preguntar cuántos años tienes?

—Más que tú seguro —contestó Edgar como si no se atreviese a confesar su edad.

—Pues yo tengo veintisiete.

—Ocho más que tú ¿supone un problema?

—No, no, ninguno —dijo Silvia pensando que le había echado alguno más, quizá era su forma de vestir siempre de negro, pero parecía tener más de treinta y cinco.

Ella continuó explicándole cosas de su vida, sin entrar en detalles del

trabajo. Cuando terminaron la comida, él se ofreció a invitarla sin dejar opción a que dijera que no y siguieron paseando, bajando el paseo hacia la playa de la Barceloneta.

Por el camino Edgar también le explicó detalles sobre él: que siempre había vivido en la misma ciudad y que había tenido diversos trabajos: — ¡Hasta de guardaespaldas! Tuve que trabajar una vez, protegiendo a un pez gordo.

—Ya me parecía a mí que, con esas gafas de sol y el cochazo, tenías que serlo.

—Lo que lamento de mi trabajo es que tengo muy poco tiempo libre. Ayer terminé la investigación y el martes comenzaré otra.

—Te entiendo, está bien tener trabajo, pero es necesario tener unos días para desconectar y olvidarte de los problemas y de la monotonía, yo también estoy un poco saturada con mi trabajo —afirmó Silvia.

— ¡Oye!, se me está ocurriendo una locura.

— ¿Qué?, ¡dime!

— ¿Y si hacemos una escapada este fin de semana?

—Bueno, ¿no es un poco tarde? —contesto ella, confundida—. Necesitamos decidirnos ya, es sábado por la tarde.

—Sí, decidido nos vamos a París.

— ¿A París, ahora? ¿Te has vuelto loco?

—Creo que sí, hay que vivir intensamente y ahora es el momento —dijo él cogiéndola de las manos e intentando convencerla.

—Edgar, hace cuatro días que te conozco, ¿crees que me iría contigo a París?

— ¿Por qué no?

—Es verdad, por qué no. Siempre me dicen que me tengo que relajar y soltar un poco más. Estoy harta y agobiada del trabajo del bufete, si nos quedamos aquí mañana será otro domingo más. ¡Vamos! —contestó Silvia eufórica—. Deseo ver París, no he estado nunca.

—Vamos a parar ese taxi y por el camino reservo los vuelos —propuso Edgar.

— ¿No pasamos por casa?

—No hay tiempo, nos vamos con lo puesto y allí compraremos lo que necesitemos.

— ¡Estás loco! —dijo ella riendo, pero en el fondo estaba encantada de vivir esa aventura. «¡Suerte que no me he calzado tacón alto!», fue lo que pensó al decidirse sobre su escapada.

Se subieron al taxi y durante el largo trayecto hacia el aeropuerto fueron haciendo reservas y planes. Tuvieron la suerte de encontrar dos pasajes para un vuelo Barcelona a París que salía en dos horas, además de una reserva en un hotelito que estaba en el barrio de Montmartre ya que querían disfrutar del París Bohemio.

No encontraron demasiado tráfico y como no llevaban maleta, fueron ligeros y llegaron a tiempo al aeropuerto. Una vez pasado el control, Silvia se sentía como una niña ante un regalo inesperado, fijándose en todos los detalles del aeropuerto y los aviones que se veían por los ventanales. Le parecía increíble subirse a uno. Fueron directos a la puerta que correspondía y llegaron justos para embarcar en el vuelo.

El avión comenzó a coger velocidad y al ir despegando Silvia sintió que estaba viviendo una nueva experiencia, se había sentado al lado de la ventanilla, pero no se atrevía a mirar por ella. Con su mano derecha agarraba con fuerza el brazo de Edgar que estaba relajado mirándola. Una vez el avión se estabilizó, ella también se relajó y tomó consciencia de lo que estaba haciendo, nunca antes había hecho una locura de esa magnitud. Era consciente que había cogido un vuelo con Edgar, casi no lo conocía y, además, no había informado ni a sus padres, ni a María. Sin embargo, no estaba asustada, confiaba totalmente en él.

El trayecto fue plácido y sin turbulencias. Cuando el avión fue descendiendo se quedaron asombrados de lo rápido que les había pasado el tiempo del trayecto. Silvia ya había cogido confianza y apoyaba la nariz en la ventana intentando ver la Torre Eiffel e iba informando a Edgar de lo que iba viendo, mientras él la tenía cogida de la mano.

Una vez el avión hubo aterrizado, salieron del mismo compartiendo dudas sobre cómo iban a llegar al hotel. Entre bromas por el poco conocimiento de francés que tenían los dos y lo despistados que iban con las direcciones, intentaron coger un transporte que les alejaba de su destino. Por lo que claudicaron y se dirigieron de nuevo a las paradas de taxis, para coger uno que les llevara al hotel con seguridad.

El taxi se detuvo al lado del Moulin Rouge y Edgar, que ya había estado

otras veces en la ciudad, supo que estaban cerca del hotel.

El hotel tenía un encanto especial y era muy acogedor. Habían reservado una habitación exterior con vistas, por lo que tan solo entrar en ella, Silvia fue directa a correr las cortinas y a apreciar la vista que le ofrecía la ciudad.

Después se giró y vio que Edgar estaba sentado en la cama, una única cama que, se suponía, compartirían los dos. No había pensado en ello hasta ese momento. Su expresión debió pasar de la alegría a la preocupación porque Edgar se levantó y se acercó a ella.

—Deduzco que estás pensando en nosotros y en esta noche. —Silvia asintió. — No debes preocuparte, no ocurrirá nada que no deseemos los dos. Te lo prometo.

—Gracias —dijo Silvia sonrojándose.

Entonces ella tomó la iniciativa y unió sus labios a los de él. El beso no fue a más, sin embargo, ella lo abrazó fuertemente.

—Estoy feliz de estar aquí contigo —confesó.

—Silvia, gracias por confiar en mí —dijo Edgar separándola para mirarla a los ojos— ahora, lo mejor es que dejemos las maletas y salgamos a pasear.

— ¿Qué maletas?, ¡no traemos ninguna!

—Es la costumbre —contesto Edgar riendo— vamos a pasear y a intentar cenar algo, ya sabes que los franceses cenan muy temprano.

Se pararon un momento en recepción para que les indicaran algún sitio cercano que todavía estuviera abierto para cenar, aunque no tuvieron problemas ya que estaban en un barrio muy turístico con numerosos sitios que ofrecían diversos tipos de comida hasta horas intempestivas. Entraron en uno que ya estaba cerrando, sin embargo, se apiadaron de ellos y les prepararon una cena rápida. Después, pasearon por algunos lugares cercanos, no quisieron alejarse porque era tarde y regresaron al hotel ya que estaban los dos muy cansados. Cuando llegaron a la habitación Silvia se sentó en la cama exhausta mientras Edgar le dijo, sorprendiéndola:

—Sylvi tengo que bajar un momento al restaurante, no tardaré.

— ¿Ahora?, ¿te falta algo? —preguntó Silvia confusa.

No obstante, Edgar no la escuchó o si lo hizo no lo pareció, ya que abrió, salió al pasillo y Silvia se quedó mirando cómo se cerraba la puerta. Ella aprovechó para pensar en lo rápido que había ido todo y en cómo se había complicado su rutina, en una semana. Pensaba que su vida había sido apacible hasta que Alex y Edgar aparecieron en su vida. Cada semana tenía casos legales que resolver, pero eran temas más sencillos, en cambio, ahora no acababa de entender todo lo que la rodeaba.

Pasados varios minutos Silvia se hartó de estar sentada, pensando y esperando. No sabía qué hacer si bajar a buscarlo o ponerse a dormir, puesto que era ya muy tarde. Como Edgar le había dicho que bajaba al restaurante, decidió que se quedaría más tranquila si bajaba a ver qué le pasaba, quizá había tenido algún problema. Cogió su pequeño bolso y bajó hasta la recepción. Su dominio de idiomas era bastante escaso, pero tuvo la suerte que el recepcionista hablase un poco de español y con lo que ella le preguntó y el otro le dijo, acabó entendiendo que el señor Telloli había salido fuera del hotel, ya hacía un buen rato.

Primero se quedó sorprendida porque, sabía tan poco de Edgar que ni le había preguntado el apellido y después porque le había dicho que estaría en el hotel, en cambio había salido y la había dejado sola. No sabía qué hacer, pero se impuso su sensatez y prefirió ir a la habitación a dormir, ya regresaría él cuando quisiera.

Capítulo 9

Se despertó con los primeros rayos de sol. Al abrir los ojos, no sabía dónde estaba y poco a poco se fue acordando de que se había ido a París con Edgar. Y Edgar, ¿dónde estaría? Se quedó de lado sin girarse, prefería rememorar todo lo que había hecho el día anterior. Recordaba que él había estado muy atento y cariñoso, ella no se había acordado de nada, ni de nadie, mientras que estuvo con él. ¡Si su madre supiera donde estaba le daría un patatús!

Entonces escuchó el agua de la ducha y a un hombre tarareando una canción. «Debe ser Edgar quien se está duchando. ¡Seguro!, quién sino», dedujo que debía haber regresado por la noche, mientras dormía y ella no se había enterado. Tenía que reconocer que siempre dormía profundamente y pocas cosas le alteraban el sueño.

Estaba molesta y confundida porque él la dejara sola la noche anterior, así que pensó que lo mejor era salir de la cama y vestirse, no fuera a ser que él tuviera otras intenciones.

Se vistió rápido y terminó justo antes de que él abriera la puerta. Los dos se quedaron sorprendidos al verse de nuevo, ella lo miraba a él con la toalla enrollada y el pelo mojado, su rostro debió mostrar cara de sorpresa ya que él se rio con ganas al verla toda vestida y mirándolo. Al escuchar su risa, todavía provocó que ella se enfadara aún más.

—Creo que me debes una explicación —dijo Silvia intentando controlar su voz, para aparentar una serenidad y firmeza que no sentía—. Ahora.

Él cambio el semblante ya que vio que ella realmente estaba enfadada y se acercó a ella.

—Sé que no estuvo bien dejarte sola ayer por la noche, pero tenía que resolver un asunto urgente.

— ¿En París?

Edgar estuvo dudando si debía continuar su explicación y al fin se decidió: — Estuve aquí hace quince días, antes de conocerte.

— ¿Y qué hacías aquí?, pensé que no habías venido nunca, o desde hacía mucho tiempo, lo creí al verte tan despistado como yo cuando salimos del aeropuerto —le contestó Silvia dándose cuenta que en algún momento le había mentado y ella como una boba lo había seguido sin pensar.

—Estaba terminando un trabajo. Tenía asignado un caso de fraude de un empresario que viajaba a menudo, uno de sus viajes fue aquí y tuve que venir.

—Ya entiendo, no terminaste el trabajo y necesitabas una excusa para volver aquí, por eso me pediste que viniéramos de forma tan repentina.

—Eres una buena abogada, lo que has dicho es cierto.

—Así que nuestro viaje ha sido tu excusa, no es que quisieras invitarme a una escapada los dos solos, sino que necesitabas montarte una coartada para poder solucionar lo que fuera sin tener que dar explicaciones a tu empresa.

Edgar asintió, se sentía como un niño pequeño al que lo pillan haciendo algo que no debía.

—Claro, por eso tu interés por mí. Supongo que tanto te hubiera servido yo como otra para venir contigo hasta aquí—. La voz de Silvia sonó débil y triste al darse cuenta de que la había engañado.

—Eso no es verdad. Me sentí atraído por ti desde el principio y a medida que te he ido conociendo más, reconozco que me gusta estar contigo. Pensé que era una buena idea que viniéramos porque así podría pasar más tiempo contigo. Además, como no habías viajado nunca fuera de España, pensé que te haría ilusión.

—Y me ha hecho mucha ilusión, pero me he sentido engañada. Primero me dijiste que eras periodista, cuando no lo eras ¿te acuerdas? y después me traes aquí con una razón equivocada. ¡Podrías habérmelo explicado!
—contestó alzando la voz.

—Ya sabes que no puedo darte detalles de mi trabajo.

Entonces, Edgar se acercó todavía más a ella y atrapó su boca con un beso. Ella quiso protestar, porque seguía enfadada y cuando el beso llegó acompañado de caricias, Silvia tuvo que hacer un gran esfuerzo para zafarse de él, pero lo hizo.

—Voy a desayunar al restaurante y procura bajar rápido o no te esperaré y comenzaré sola «mi» ruta turística —le dijo dando a entender que podía valerse por ella misma.

Salió de la habitación sin mirar hacia él y dio un portazo al salir. Edgar se sentó en la cama pensando que en los pocos días que la había conocido, nunca la había visto tan alterada, aunque la entendía, ella tenía razón. Esta vez se había pasado. La noche anterior había llegado demasiado tarde y tenía la cabeza un poco embotada porque apenas había dormido. Suponía que ella se había sentido sola y desamparada al ver que él no volvía. Por suerte, Edgar no sabía que ella había dormido como un tronco, bien tranquila y que poco lo había echado de menos.

Pasados unos minutos, se acordó que Silvia había amenazado con irse, así que se vistió lo más rápido que pudo y bajó a desayunar. Al verla sentada desayunando soltó de golpe el aire en un suspiro de alivio. En el momento que se acercó a la pequeña mesa ella intuyó que era él, sin embargo, continuó comiendo. Edgar prefirió sentarse en frente con la intención de relajar el ambiente.

—Si ya has terminado tu investigación de la empresa tecnológica ¿por qué no puedes explicarme tu caso? —preguntó Silvia de forma decidida mirando de reojo como él intentaba poner sus largas piernas debajo de la estrecha mesa. Durante los minutos en los que él había tardado en bajar, Silvia había barajado sus opciones. En el fondo le gustaba estar allí con él, además que podía ser una buena fuente de información para su trabajo, así que decidió aprovechar que él le debía una y lo atacó directamente.

Edgar se quedó dudando qué hacer, sorprendido por la reacción de ella y de que quisiera aprovechar el tiempo del desayuno para hablar de trabajo, pero se dio cuenta que era importante para ella y además quería compensarla por haberla llevado hasta allí. No quería que siguiera enfadada, así que accedió a hablar:

—Carlos Martín vino a nuestra empresa porque desconfiaba del equipo de informáticos y el primer sospechoso de la lista era Alejandro Rodríguez. Creo que tú lo conoces como Alex —Silvia afirmó, levantando la cabeza y mirándolo a los ojos—. Pues bien, me asigné el caso y he estado siguiendo los movimientos de Alex durante un par de semanas.

—Por eso has estado tanto tiempo frente a mi portal —dedujo Silvia

confirmado que sus primeras impresiones habían sido ciertas. Edgar seguía a Alex y seguro que éste se había dado cuenta, por eso no quería ir nunca a su casa.

— ¿Viste que entró en mi portal en dos ocasiones?

—Correcto. Os comencé a seguir la noche del viernes cuando saliste con él del local. Estuve esa noche allí, en ese garito que llamáis discoteca y también te vi, con él. —Silvia se sonrojó recordando lo que había pasado esa noche, pero Edgar no parecía que le estuviera reprochando nada, al contrario. — Me gustaste desde el primer momento que te vi, parecías perdida en ese ambiente y desubicada, no era tu sitio.

—María me llevó para que me relajara y disfrutara, ella me lo dice y es verdad, a veces soy demasiado seria y retraída, prefiero estar encerrada en casa leyendo un buen libro que estar bailando por discotecas.

—A mí me gustas tal y como eres. Esa noche lástima que estaba trabajando, sino quién te hubiera invitado a bailar y te hubiera llevado a casa habría sido yo, no Alex.

—Gracias —contestó cohibida.

Silvia no se esperaba que Edgar fuera tan sincero con ella, por lo visto le había gustado desde el primer momento.

—Después te vi con él, bailando, acaramelada y os fuisteis juntos a tu casa. Se veía que habías bebido más de la cuenta porque querías quitarte los zapatos e irte descalza.

Silvia abrió los ojos como platos, «¡yo descalza con lo maniática que soy!, ¡qué ocurrencias!».

— ¿Puedes creer que no recuerdo casi nada de esa noche? Sí que es cierto que sé que me fui con Alex, porque me acuerdo de subir a su moto roja, pero según me dijo él, en cuanto llegamos a mi casa, me tumbé en la cama y me quedé dormida.

—Puedo parecer celoso, aunque me alegro que no pasara nada más y que ahora estés conmigo —confeso Edgar.

— ¿Qué más sabes de Alex? —preguntó Silvia cortándolo, le daba la impresión que estaba desviando la conversación a otros temas y ella quería saber más sobre su investigación del caso.

—Si te parece, te contaré parte de la historia.

—Lo que puedas.

—Como te he comentado Carlos nos contrató para seguir a Alex porque

él estaba convencido de que era la persona que estaba filtrando la información a la competencia. Sin embargo, en ningún momento, a lo largo de estos días, he podido verificar ninguna relación entre él y el fraude comercial con la empresa Tech Development. Es decir, estoy seguro que Alex no tiene nada que ver con la venta del software comercial a la competencia, ni tampoco con el envío de la lista de clientes. Pero, por otro lado, ...

—Sigue, sigue —lo apremió.

—Bien, pues he visto que ha contratado a vuestro bufete, supongo que para que lo ayudéis porque se ha visto atrapado por Carlos y Blas. Pero, claro, tú sabes más sobre esto que yo. Para mí fue una sorpresa averiguar que tú eras abogada y quizá no me equivoco si creo que eres su abogada —le dijo Edgar mirándola fijamente a los ojos.

Silvia no confirmó ni sí ni no, aunque la parte de investigación de Edgar había terminado, la suya en el bufete no. Al contrario, estaba a tan solo unos días de la fecha del juicio y no podía filtrar nada.

—Aunque hay otra cosa que he averiguado de Alex, pero como no se refiere al asunto por el que me contrató Carlos, no he informado a mi empresa.

— ¿Qué es? —preguntó Silvia interesada por saber avances.

— ¿Qué me darás a cambio de que te lo cuente?

—No te hagas ahora el interesante y suéltalo, ¡ya!, ¡me tienes en ascuas!

Edgar sonrió ante la insistencia de ella, además ya la veía más relajada, con ganas de saber más, pero no enfadada.

—Supongo que sabrás que lo han acusado también de estar relacionado con datos bancarios confidenciales. Sé de qué se trata.

— ¿De qué? —preguntó Silvia con ansia, subiendo la voz.

— ¿Qué voy a recibir si te lo digo?

— ¿Otra vez? Edgar, no juegues ahora conmigo, sabes que esto es muy importante para mí y necesito tu ayuda. —Ella lo miraba sin saber muy bien qué ofrecerle, pero estaba segura que él no daría su brazo a torcer.

— Está bien, un beso.

—Un beso mejor que nada —sonrió de nuevo—. Pues supongo que recuerdas que te dije, que el individuo al que estaba siguiendo había ingresado mucho dinero en poco tiempo.

— ¿Y era cierto?, pensaba que me estabas tomando el pelo —contestó Silvia cada vez más asombrada por lo que estaba escuchando.

—Es cierto. Alex ha ingresado mucho dinero en su cuenta y supongo debe tener una buena suma también debajo del colchón. Está relacionado con la Deep Web.

—Lo sabía, cuando le pregunté ya vi que entendía mucho del tema.

Unos segundos después, Edgar se levantó de la mesa, sorprendiéndola por dejarla con la palabra en la boca.

— No hemos venido a París para hablar de Alex —le dijo él acercando su mano para que ella la cogiera y se levantara.

— ¿Y no me vas a contar nada más? —protestó Silvia, la conversación se había vuelto muy interesante, con mucha información relacionada con su caso.

—Ahora es el momento de relajarse y disfrutar, venga inténtalo.

Aunque reticente, ella asintió, pero tenía claro que a lo largo del día buscaría la ocasión para sacar el tema de nuevo. Sin embargo, era cierto que, en ese momento, le apetecía salir a ver París en compañía de Edgar. Así que le dio la mano y salieron de la cafetería.

En el hall del hotel, Silvia tiró de él hacia el mostrador de recepción.

— ¿Qué ocurre ahora?, ¿no salimos fuera? —dijo Edgar dudando por si ella tenía otros planes para los dos en el hotel.

—Necesito saber la contraseña del wifi, no quiero gastar datos del móvil para conectarme y había pensado en enviarle un mensajito a María para que no se preocupara por mí, debe pensar que he desaparecido.

Él la entendió, un poco decepcionado por no ser lo que él esperaba, y se acercó al mostrador donde consiguió la clave con facilidad, además de una espléndida sonrisa de la recepcionista. A Silvia no le pareció nada bien aquella sonrisa, pero después pensó que solo le faltaba comportarse como una novia celosa. Desdeñó la idea e introdujo rápidamente la contraseña para poder conectar. Al momento, comenzó el móvil a actualizar todos los mensajes y llamadas que había recibido. ¿Por qué todos se habían puesto de acuerdo en localizarla? Sus padres, Alex, María, ¡incluso Jorge la había llamado!

Al momento le envié un mensajito a María:

SILVIA Holinsss

MARIA Neni, ¿dónde te has metido?

SILVIA Si te lo digo no te lo vas a creer. Estoy en París con Edgar.

MARIA ¿En seriooooo?????

SILVIA Estoy bien, ahora en el hotelillo y nos vamos a pasear.

MARIA ¡Cuántas cosas tendrás que contarme!!!!

SILVIA Me está esperando. Adiossss

MARIA Salgo hoy con Alex, supongo que no te importa.

SILVIA Todo para ti. Te dejo besitos.

MARIA Graciasss. Disfruta. Besossss

Edgar iba mirando la cara que ponía Silvia mientras escribía: se lo estaba pasando en grande.

— ¿Todo bien?

—Sí, eso parece. Llamo un momentito a mi madre y salimos.

—Claro, tranquila. Mientras tanto, subo un momento a la habitación a por las chaquetas así ya no hace falta que subas.

—Volverás, ¿no? —le preguntó ella con desconfianza.

—En cinco minutitos me tienes aquí —dijo mientras entraba en el ascensor.

Así fue, a los pocos minutos él volvió de nuevo al hall, justo cuando ella terminó su conversación con su madre. A la pobre mujer cuando le dijo que se había ido a París casi le dio un infarto, pero prefirió decírselo para que supiera donde estaba, aunque su excusa fue decirle que se había ido con María, ella la cubriría seguro, si fuera necesario.

Una vez terminadas sus obligaciones sociales, quitó de nuevo el wifi, se puso la chaqueta y salieron los dos a patear la ciudad.

Pasaron horas y horas paseando, visitando las zonas más bonitas de la ciudad, en medio de miradas cómplices, arrumacos y carantoñas; Silvia ya estaba mucho más relajada, parecía que se había olvidado del incidente de la noche anterior. Cuando tuvieron hambre, decidieron comer un sándwich ligero para poder seguir aprovechando el día al máximo en vez

de sentarse en un restaurante. Hasta que llegó la última hora de la tarde, cuando reconocieron que estaban ya muy cansados y decidieron tomarse un tiempo para sentarse a cenar.

Regresaron hacia el barrio de Montmartre y entraron en el pequeño Café des Deux Moulins cerca de la escalinata que sube al Sagrado Corazón de Montmartre.

Era un restaurante muy coqueto donde se sentaron en una mesita cerca de la ventana donde veían la Basílica iluminada por la noche. Estuvieron hablando de todo el recorrido que habían hecho durante el día. El ambiente era mágico y comieron de maravilla. Edgar quiso invitarla, pero Silvia no le dejó: — No me has dejado pagar nada en todo el viaje. Ahora me toca a mí invitarte.

Él cedió y cuando el camarero se llevó la cuenta se levantaron para irse al hotel. Necesitaban descansar de tanto turismo y poder dedicarse tiempo para ellos. Tan solo llegar a la habitación, él tiro de ella para poderla rodear con los brazos y le dio un beso, que comenzó suave y siguió intenso hasta desencadenar una auténtica pasión entre los dos. Con prisas fueron deshaciéndose de la ropa y cayeron encima de la cama.

Por un momento ella paró sus besos, se le pasó por la cabeza la idea de salir corriendo de allí ¿qué hacía sola con Edgar en París?, fue una pregunta que se desvaneció tan rápido como había surgido, sin embargo, él se dio cuenta que algo sucedía:

—Sylvi, si no quieres continuar, dímelo, aunque ahora no sé si podría parar... Apenas nos conocemos, esto ha sucedido sin más, si crees que no es buena idea... — Ella no le dejó terminar de hablar. Le besó con pasión igual que hacía él.

Entre caricias, besos, ansia y deseo siguieron amándose. Edgar iba con mucho cuidado, no quería ir demasiado rápido. La necesidad de amarse los llevó a quedar exhaustos y derrumbados, ella encima de él, felices y saciados.

Silvia seguía con los ojos cerrados aferrada a él, como si fuera su tabla de salvación y Edgar le acariciaba la espalda con cariño.

— ¿Estás bien?

— ¡Qué pregunta Edgar, estoy en la gloria!

—Lo deseaba tanto que quizá he ido demasiado rápido.

—Yo también lo deseaba.

—Ahora iré más despacio, tenemos toda la noche por delante.

Silvia levantó la cabeza y se miraron fijamente, les unía una felicidad de buenos momentos compartidos y los que les quedaban por disfrutar el resto de la noche.

Capítulo 10

El sol entraba a raudales por la ventana y cuando Silvia se despertó, se incorporó de golpe en la cama, despertándolo a él también.

— ¿Qué te ocurre?

—Edgar, es lunes, ¡fíjate qué hora es!, y todavía estamos aquí. ¿A qué hora sale nuestro avión? ¡Tengo que ir a trabajar!

Él tenía la cabeza embotada, demasiado, para lo lúcida que estaba Silvia.

—No te preocupes, tenemos tiempo, ahora cogemos un taxi para ir al aeropuerto.

Pero ella sí que estaba preocupada ¡y mucho!, faltaban solo dos días para el juicio y ella en París. Pensó en Alex y en cómo le estaba fallando, en todos los sentidos, a nivel profesional y personal, al menos deseaba que lo de su amiga con Alex prosperara, así no se sentiría tan mal. Al acordarse de su amiga, decidió que le enviaría un mensaje para que le echara una mano por si Jorge o Enrique preguntaban por ella. En un momento estaban los dos sentados en la cama mirando sus respectivos móviles, él solicitando un taxi y ella enviando mensajes de ayuda:

SILVIA ¡HELP!!!!

MARIA Estoy en el trabajo y no te veo, ¿quedamos abajo para desayunar?

SILVIA ¡Mary que estoy todavía en París!!

MARIA ¿Qué????

SILVIA Cogemos el vuelo en dos horas, llegaré por la tarde. ¡Cúbreme!

MARIA Okis, tranki, nos vemos y me cuentas, ¡eh!!

SILVIA Clarooo. Eres un solete.

En cuanto terminó el mensaje, Silvia fue disparada a la ducha, él quiso entrar, aunque ella no estaba para muchas historias, solo quería regresar rápido, por tanto, cerró la puerta con el pestillo. Después se cambió rápidamente y en poco tiempo estaba preparada delante de la puerta de la habitación. Edgar se lo habría tomado con más calma, como estaba acostumbrado a hacer vigilancia de horas sin moverse, no llevaba bien las prisas, a pesar de ello, prefirió actuar de forma ágil al verla tan agobiada. En pocos minutos, salían de la habitación, bajaban por el ascensor y entraban en el taxi hacia el aeropuerto.

Tuvieron la suerte de no encontrar demasiado tráfico y no tuvieron que sufrir retrasos en el vuelo, de manera que cuando consiguieron entrar en el avión, al sentarse los dos en sus asientos y al ver que el avión se preparaba para despegar, los dos soltaron aire y se relajaron.

Edgar le cogió la mano y le sonrió mientras le decía: —Ya estamos de regreso, cuando llegemos, como no tenemos que esperar por las maletas, cogemos un taxi y a final de la mañana ya estás en la oficina.

—Eso espero. Como ahora tenemos una horita por delante, vas a aprovechar para explicarme más sobre el caso.

La risa de Edgar sonó estridente en el avión y Silvia le miró extrañada.

—Veo que no tengo alternativa, no me dejarás dormir hasta Barcelona, ¿no?

— ¿Dormir?, ¡ni se te ocurra!, yo tengo que trabajar y si me vas explicando más cosas sobre Alex, es como si estuviera reunida, tengo que aprovechar el tiempo. Entiéndelo, Alex confía en mí para que lo defienda.

—Te acabas de delatar y confesar que eres la abogada de Alex, lo sabía. —Como vio que ella iba a protestar, siguió—: No tiene importancia si lo eres o no, pero así entiendo tu urgencia por saber más.

—Ayúdame.

—Sí, te contaré lo que sé sobre Alex y la Deep Web —dijo cerrando los ojos y apretándose el puente de la nariz para concentrarse—. Como te dije ayer, he podido descubrir que Alex ha ganado mucho dinero con ello. Primero tienes que pensar que, aunque esté relacionado con negocios de la Deep Web, no quiere decir que todo sea malo en ese entorno, es cierto que puedes comprar y vender cosas ilegales como armas o droga, pero también se generan trámites, que podemos considerar que no son

ilegales, pero son poco éticos.

— ¿Cómo qué?, necesito detalles.

—La mayoría de empresas necesitan datos de posibles clientes y crean sistemas de captación y retención de personas. A veces rellenamos información con nuestros datos sin pensar que estos van a ser vendidos a otras empresas.

—Ya te entiendo, la ley de protección de datos impide que se puedan comprar bases de datos a otras empresas, sin embargo, sí que se pueden comprar si son servidores los que buscan en internet y recogen estos datos personales, ya que se supone que cuando nosotros rellenamos los formularios con nuestra información, lo haces porque te interesa y cedas tus datos para recibir promociones o acciones de fidelización.

Edgar la miraba con admiración, nunca la había visto involucrada en su faceta profesional y continuó con su explicación, decidiéndose a hablar de la parte más sensible en la que creía estaba involucrado Alex:

—También hay la parte oscura de filtración de datos. Alguien con un conocimiento de informática como Alex, si me permites, puede hackear cuentas de empresas y tener acceso a los datos personales de sus clientes o empleados, sobretodo datos bancarios, para después venderlo y con ello ganar mucho dinero.

—Entonces estás sugiriendo que Alex ¿es un hacker que sabe cómo conseguir datos confidenciales? —dijo Silvia bajando la voz.

—No lo sugiero, lo sé seguro, es un hacker reconocido en su entorno — afirmó Edgar en un susurro, mirándola fijamente a los ojos.

En ese momento, se informó desde la cabina del avión, que estaban descendiendo para aterrizar en breve en Barcelona, por lo que terminaron la conversación. Silvia tenía mucha información y muchas preguntas en su cabeza. Nunca había conocido a un hacker y saber que Alex lo era, le daba otro carisma a su caso. Necesitaba llegar a su despacho para anotar todo lo que Edgar le había explicado y hacerse otra nueva composición para la defensa.

En cuanto el avión aterrizó y paró, Silvia se levantó de su asiento como si tuviera un resorte, aunque se quedó de pie, medio encogida puesto que estaba atrapada entre la ventanilla y las piernas de Edgar que apenas le cabían entre su asiento y el de enfrente.

—¡Qué ganas tengo de salir de aquí! —suspiró Silvia.

—Pero dime si te lo has pasado bien, tanto hablar de Alex no hemos hablado de nosotros, ni de la noche que hemos pasado juntos.

Silvia lo miraba un poco abochornada puesto que estaban rodeados de otros pasajeros que estaban esperando salir, habían escuchado claramente el comentario de Edgar y estaban pendientes de su respuesta.

—No te voy a responder eso aquí.

Dando por zanjado el tema, Silvia se concentró en abrir su móvil, conectarse de nuevo a sus datos e ir leyendo todos los mensajes que había recibido durante estos tres días, que a ella le habían parecido una semana entera, de lo mucho que había desconectado. Tenía mensajes de varios grupos de amigos, de Alex preguntándole dónde estaba y con dudas sobre su defensa, de su madre preguntándole cómo se lo estaba pasando, de Jorge con comentarios del caso, de María explicándole su salida con Alex y exigiéndole detalles de su relación con Edgar y otros. Leyendo todo lo que tenía pendiente, Silvia se dio cuenta que volvía a su rutina. Por un lado, se sentía un poco agobiada de verse tan controlada, pero por otro también agradecía recibir mensajes porque veía que la necesitaban.

En medio de sus cavilaciones, se fijó en que los pasajeros avanzaban y el pasillo ya se estaba despejando, por lo que instó a Edgar a levantarse para que ella también pudiera salir.

Salieron del avión a la carrera, caminaron por pasillos y pasillos hasta la salida de la terminal, era la primera vez que salía del aeropuerto de Barcelona y se quedó sorprendida cuando se abrieron las puertas de salida y vio un montón de gente esperando a seres queridos, familiares y amigos, con carteles, flores, globos y demás. Era una escena entrañable. Sin embargo, ella no se podía entretener y salieron corriendo hacia la rampa que les llevaría al punto de recogida de taxis.

Después de conducir por diversas calles, el taxi paró en la esquina donde estaba el bufete. Él pagó la carrera y también se bajó del taxi. Como ella ya se iba hacia el portal, Edgar la cogió de la mano, quería hablar con ella tan solo un momento:

— ¿Te paso a recoger esta tarde? Necesito hablar contigo con calma.

—Creo que saldré tarde de la oficina, ya te avisaré —le contestó soltándose de su mano y sin más explicaciones.

Edgar se quedó plantado en la calle sin saber en qué había fallado. Desde que había hablado de Alex en el avión, la actitud de Silvia había cambiado, ahora estaba mucho más distante. Él había intentado hacer todo lo posible para que ella se lo pasara bien y reconocía que la noche que habían pasado juntos había sido memorable. Entendía que estuviera preocupada por poder resolver su caso, que cada vez parecía más y más complicado. Debería tener paciencia y esperar a que ella quisiera dar otro paso más hacia él, lo peor sería agobiarla, concluyó Edgar.

El bufete estaba en una finca antigua y señorial, que contaba con un antiguo ascensor de madera con rejas que, además, era muy lento en opinión de todos los que lo utilizaban a diario, por lo que Silvia prefirió subir los pisos a pie. Se había hecho ya la hora de comer y varios compañeros del trabajo bajaban a la calle mientras que ella subía. María también estaba entre ellos y se paró en cuanto la vio.

—Sylvi, qué bien que ya estás aquí. Baja a comer conmigo.

—Necesito anotar ideas que he tenido sobre el caso, prefiero comer algo rápido.

— ¿Has estado trabajando este fin de semana con Edgar en París?, me parece increíble – dijo María haciendo gestos con las manos dando a entender que estaba loca, que no había manera de que se relajase y desconectase del trabajo —. Te subo un bocata vegetal y después me cuentas.

—Gracias Mary. Suerte que tú me cuidas.

Silvia abrió la pesada puerta del bufete y se fue hacia su despacho, cogió sus notas para anotar todo lo que le había explicado Edgar, necesitaba entender la situación, además que estaba molesta con Alex por no explicarle más detalle sobre su relación clandestina con la Deep Web.

Cuando había pasado una hora, los compañeros regresaron al trabajo después de la comida y María entró en su despacho para dejarle lo que le había comprado.

—Te he comprado un sándwich vegetal y una ensalada, como siempre

comes tan sano, espero haber acertado.

Silvia dejó lo que estaba haciendo para mirar la comida y le rugieron las tripas, aunque fuera solo una ensalada. Como había ido con tantas prisas desde que se había despertado, no había tenido tiempo de comer nada y además estaba hambrienta por todo el ejercicio que había hecho por la noche, recordaba Silvia ruborizándose al recordarlo.

— ¿Te pones roja al mirar la ensalada? Creo que tienes que contarme muchas cosas.

—Sí, pero ahora no puedo —contestó con una sonrisa— nos vamos juntas después ¿o has quedado?

—Tarde de chicas. Llamaré a Alex para decirle que no puedo quedar con él. Mi Sylvi me necesita —le dijo dándole un abrazo.

—Eres una buena amiga. Hablando de Alex, necesitaré quedar con él para preparar el juicio de pasado mañana. Después le llamo para que se venga el martes.

—Como quieras, te dejo, que sé que estás ocupada.

Silvia se lo agradeció, se veía colapsada por todo el trabajo que tenía y el poco tiempo. Se comió con ganas lo que María le había traído y siguió trabajando hasta que se hizo la hora de salir. Entonces se acordó de Edgar, le había dicho que tenían que hablar, sin embargo, ella prefería dejar pasar unos días para que se asentaran los sentimientos y emociones en las que se había visto sumergida ese fin de semana. Suerte que en París se habían intercambiado teléfonos de contacto. No quería llamarle, le enviaría un mensaje:

SILVIA Edgar

EDGAR Dime

SILVIA Hoy no me va bien quedar

EDGAR Vale

Ella se quedó mirando los mensajes ¡qué conversación tan impersonal!, pero no sabía qué más decirle. No le salía añadir ningún corazón, ni palabra cariñosa. Y por lo visto a él tampoco.

Cerró el móvil y salió en busca de María que ya estaba preparada con la chaqueta y el bolso. Se había pasado el día corriendo y deseaba poder llegar a casa para relajarse. Cuando salieron a la calle, fueron andando

por el paseo de Gracia hacia el centro de la ciudad y no se dio cuenta de que Edgar estaba en una esquina, cerca del trabajo, mirándola. Como había tardado tanto en enviarle el mensaje, él había dudado de si ella le propondría quedar o no, así que prefirió acercarse a su trabajo. La vio salir con María y prefirió no decirle nada, la había tenido todo el fin de semana para él y entendía que ella necesitaba un espacio, aunque él ya la echaba de menos y lo que deseaba era estar con ella.

El paseo llevó a las chicas a dar tumbos por las callejuelas del Born y cuando se puso a llover, como ninguna de las dos llevaba paraguas, prefirieron ir a casa de Silvia. Al llegar frente a su portal, Silvia miró hacia la esquina donde, durante tantos días, había estado el coche de Edgar, pero ese día no estaba y ya no estaría más, según le dijo el caso estaba cerrado y su investigación también. Subieron a casa y Silvia quedó encantada de volver a estar allí. Se lo había pasado muy bien el fin de semana, pero ahora necesitaba descansar de la escapada con Edgar. Se prepararon un té y unas pastas y siguieron compartiendo confidencias.

El apartamento de Silvia era pequeño, sin embargo, ella tenía muy buenas ideas y con pocas cosas sencillas que compró en grandes almacenes, más otras que encontró en tiendecillas de su barrio, le había quedado un hogar acogedor. Las dos estaban sentadas en un rincón cerca del ventanal, había siempre mucha luz y era el sitio donde Silvia se sentaba a leer, encima de todos los cojines esparcidos. Esa tarde, con la lluvia, parecía un rincón acogedor y nostálgico, ideal para hablar de sentimientos.

—Me parece muy extraña tu relación con Edgar —soltó María de repente.

— ¿Por qué?

—Es bastante mayor que tú, hace una semana odiábamos verlo delante de tu casa ¿te acuerdas? y después, como si nada, te olvidas de Alex y te vas con él a París.

—Contado así, a mí también me parece que todo haya sido producto de mi imaginación, pero te puedo asegurar que lo que he vivido esta noche con Edgar ha sido real.

— ¡Cuenta!, ¡dame detalles!

—No te pienso contar nada de mi relación íntima. Te puedo decir que ha estado muy atento y cariñoso conmigo en todo momento, excepto la noche del sábado.

— ¿Qué pasó?

—Esa situación sí que fue extraña, después de cenar se fue diciéndome que tardaría solo un momento, que necesitaba algo del restaurante, pero debió llegar a media noche. Al día siguiente no creas que me dio muchas explicaciones, solo me dijo que necesitaba cerrar un tema con un cliente o algo así, no sé, algo muy raro —dijo Silvia con una mueca.

—Siento decírtelo, pero a mi Edgar me da mala espina, no es agua clara.

— ¡No digas eso! —protestó Silvia.

—Es tan solo mi opinión. También tengo que decirte que nuestro Alex parece muy calladito y reservado, pero cuando lo conoces más a fondo, comienza a contar cosas, muy interesantes, por cierto.

Silvia se dio cuenta, que quizá María sabía cosas relacionadas con el caso, que no le había contado. La estuvo sonsacando para que le explicara si había dicho algo relacionado con dinero, Deep web, filtración de datos y otras cosas parecidas, pero no hubo manera. Después se reprendió ella misma por pensar mal de María, era una buena amiga y si sabía algo útil para su trabajo, seguro que se lo diría.

Pasaron las horas, oscureció y María decidió que era hora de irse a su casa, se despidieron con un gran abrazo y cuando Silvia cerró la puerta, se dio cuenta que estaba muy cansada, había sido un día de mucho estrés y nervios. Iba hacia la cocina para prepararse algo para cenar cuando escuchó el timbre de la puerta, pensó que sería María que se había dejado algo en su casa, sin embargo, abrió y se encontró con Edgar en el rellano.

— ¿Estabas vigilando mi portal y has subido al ver bajar a María?

—Sí —. Fue su escueta respuesta mirándola desde el umbral sin atreverse a entrar. Ella se apartó para que pasara y cerró la puerta, no quería que su indiscreta vecina siguiera su conversación.

—Pues no me parece bien, además estoy muy cansada.

—Necesito hablar contigo, sobre nosotros. Para mí este fin de semana ha sido muy especial —dijo él intentando un acercamiento, la veía distante.

—Yo te pido que me des tiempo. Claro que ha sido especial, me has llevado a París y nos hemos divertido mucho, pero todo va muy rápido, ahora solo puedo pensar en el juicio que es pasado mañana.

—Te entiendo.

—Pues si me entiendes, por favor, vete —dijo Silvia con voz firme y abriendo la puerta. Edgar le dio un suave beso en los labios y se fue sin decir nada más.

Una vez cerró la puerta, se quedó dudando por si se había pasado con él. «Le he pedido tiempo, tiene que entender que necesito mi espacio, con el trabajo que tengo, ¡solo falta tener que preocuparme por Edgar!». Fue de nuevo a la cocina, pero se le había pasado el hambre, apagó la luz y se tumbó en el sofá cama, que recordaba haber compartido con Alex tan solo una semana atrás. Habían cambiado muchas cosas en pocos días. Alex había sido también muy atento con ella y tenía que reconocer que ahora que estaba con María, se sentía celosa. Lo quería todo. De momento, envió un mensaje a Alex para informarle que le esperaba al día siguiente en su despacho para terminar de preparar el caso. Dejó el móvil en silencio y cerró los ojos para relajarse y poder dormir.

Capítulo 11

Se despertó relajada, había dormido bien, después de la escapada a París agradecía tener toda la cama para ella sola y que nadie la molestara. Se arregló y salió caminando hacia al bufete. Hacía un día espléndido y se sentía animada, pronto haría calor, aunque por las mañanas todavía refrescaba bastante, por lo que anduvo a paso rápido hacia el despacho, necesitaba poder comenzar lo antes posible con el caso. Su idea era tenerlo todo preparado para hablarlo con Alex, en cuanto él llegara.

Aunque era su abogada, tenía todavía dudas de si Alex estaba incriminado por la filtración de datos confidenciales de clientes y la información sobre la herramienta de software a la competencia. Además, estaba el asunto de si era hacker o no y su relación con la Deep Web. De confirmarse, esto podría darle un vuelco al caso. Y encima, es lo que más le interesaba a Silvia, conocer y entender otras posibilidades del mundo oculto de internet que se le escapaban por falta de conocimiento. Era lo que más le apetecía preguntarle a Alex.

Una vez situada, con toda la documentación delante y preparada para comenzar, llamaron a su puerta y entró Jorge, al verlo ella expresó un gruñido reconociendo que era la última persona a quien quería ver, pero no quiso ser grosera y echarlo, prefirió ser paciente. Le sorprendió la cara de preocupación que llevaba, no lo debía tener todo claro con Carlos.

— ¿Tienes unos minutos? Me gustaría contrastar datos del caso contigo, ya que el juicio es mañana.

Silvia pensó que le estaba vacilando, siempre había sido un engreído y ahora parecía que le estaba solicitando ayuda, no se negó, dejó que pasara a su despacho y se sentara.

—He estado revisando todos los datos que me ha ofrecido Carlos y

puedo confirmar que mi cliente es inocente.

— ¿Y has venido a restregarme que Carlos es inocente por lo que Alex es culpable? No te lo permito.

—En ningún momento he dicho que Alex fuera culpable.

Entonces Silvia se quedó muda de asombro, si no era Carlos ni Alex, ¿a quién se estaba refiriendo Jorge? No se le había ocurrido que podía haber un tercero que fuera culpable, «¡vaya abogada estoy hecha!», se recriminó. Estaba tan centrada en Alex y en lo que le había explicado Edgar durante el fin de semana, que quizá había alguna otra vertiente del caso que no había considerado. Sin embargo, no quería quedar mal delante de Jorge, ni que pareciera que no lo hubiera trabajado lo suficiente, así que intentó salir airoso de la situación.

—Estoy de acuerdo contigo, Alex es inocente y además me parece bien que revisemos el caso entre los dos.

Jorge ya había llevado su ordenador portátil y sus notas al despacho de Silvia, por lo que se hizo un hueco en la mesa y se sentó a su lado.

Comenzaron revisando las notas que cada uno tenía, pros y contras de los actores de la situación.

—Considero que Carlos también es inocente —alegó Silvia después de revisar los expedientes— no tiene el conocimiento suficiente de tecnología informática como para filtrar datos a la competencia. Ya sabes que tenía una lista accesible con todas las contraseñas a sus programas y datos. Ningún experto haría eso.

—Sí, es un punto básico el no guardar las contraseñas en un documento accesible, es como dejar las llaves puestas en la puerta de casa —confirmó Jorge que estaba inmerso en colaborar con ella—. Además, hay que tener en cuenta que Carlos es el responsable comercial, por lo que parece muy improbable que ofrezca la herramienta de software a su competidor TD.

—Claro, eso no tiene sentido.

—Por eso Alex parece un buen candidato —confirmó Jorge.

— ¿Pero no me acabas de decir que Alex no es culpable? Y ahora lo estas involucrando de nuevo.

—Involucrado en el caso está, igual que el resto. Además, ya sabes que le mostraron documentos sobre datos bancarios y pagos.

— ¿Y cómo sabes eso? —protestó Silvia, que veía que su defensa se iba a pique.

—Carlos me lo dijo. Entonces...

Los dos se quedaron mirando porque habían llegado a la misma conclusión.

— ¿Y si se trata de Blas? tiene el conocimiento suficiente para el filtrado de datos —propuso ella.

—Sí, yo también estaba pensando justo en él.

— ¡Qué casualidad! —protestó de nuevo Silvia al ver que Jorge se adueñaba de su idea.

—Da igual quien lo proponga primero, Silvia, hay que revisar otra vez toda la documentación para cerciorarnos que es Blas quien está detrás de todo esto.

Estuvieron revisando documentos como nunca antes lo habían hecho. Deberían haber colaborado desde el principio y habrían avanzado más, ahora veían que se les tiraba el tiempo encima y no estaban seguros de nada.

María entró en el despacho de Silvia y vio que estaban los dos trabajando codo con codo, nunca lo hubiera dicho, y les propuso: — como os veo muy atareados, ¿os pido que os traigan comida?

Los dos levantaron la cabeza al unísono. No se habían dado cuenta de lo tarde que era.

—Sí, muchas gracias, quizá con un par de pizzas hacemos ¿no, Silvia?

—Lo que te sea fácil Mary.

—Marchando un par de pizzas, una vegetal para la señorita —bromeó María— os las pido y en ratito las tenéis.

—Gracias —dijeron los dos a la vez y les pareció gracioso ir tan coordinados.

Mientras llegaba la comida, siguieron avanzando con el tema, revisando datos y correos electrónicos.

—En estos correos que me ha pasado Carlos se aprecia la mala relación que tiene Blas con los BA. Cuando decidieron vender parte de las acciones a BA, Carlos es quien gestionó el trato, en cambio Blas estuvo bastante en contra. Al final no sé cómo lo pudo convencer. El caso es que vendieron más de lo que debían ya que se quedaron con el 40% de las acciones, lo que representa solamente el 20% para cada uno. Blas se arrepintió de haberlo hecho y desde ese momento, la relación que tiene con Carlos

tampoco es que sea buena —explicó Jorge.

—Es decir, Blas está enfadado con el resto de directivos de la empresa porque no tiene suficiente poder.

—Sí —confirmó Jorge— lo único que no cuadra en incriminar a Blas es que, como supongo te ha explicado Alex, en la empresa pasan detectores de forma frecuente y todo queda registrado y verificado, el nombre de Blas no sale en ninguno de los registros hechos. En cambio, sí el de Carlos, por eso el resto de directivos dudaba de él.

—Jorge, me estaba acordando que cuando Carlos habló conmigo el primer día, antes de pasarte su defensa, me dijo que se habían llevado su ordenador portátil.

—Sí, a mí también me lo explicó, que se lo cambiaron por otro muy parecido, pero que él sabía que no era el suyo, que le dieron el cambiazo.

— ¿Y si Blas cogió el portátil de Carlos para actuar en su nombre?

— ¿Quieres decir que suplantó su identidad?

—Claro, si tenía las contraseñas y cogió su portátil podía acceder a donde quisiera. Además, fíjate, con los conocimientos que Blas tiene y toda la información comercial que tiene Carlos el resultado puede ser demoledor.

—Ya veo lo que propones Silvia.

—Tiene sentido.

—Creo que tienes razón.

En ese momento, se abrió la puerta con María y el chico de las pizzas, por lo que se quedaron callados unos minutos. Sin embargo, María sí que había visto lo bien que estaban trabajando juntos y además ¡él le había dado la razón!, lo nunca visto —pensó María y les dijo: —buen provecho, chicos.

Tan solo cerrar la puerta Silvia siguió con su argumento:

—Blas estaba enfadado con Carlos por haberle obligado a ceder parte de sus acciones a los BA.

—No sabemos cómo o porqué le obligó.

—Es cierto, esto se nos escapa —confirmó ella—sin embargo, Carlos debía tener suficientes argumentos para que Blas cediera a ello. Entonces Blas debió pensar que en algún momento se cobraría su venganza.

—Y por lo tanto cogió el portátil de Carlos, entró con sus contraseñas

como si fuera el usuario Carlos Martín y pasó los datos de la herramienta de software al competidor TD (Tech development), además de un buen puñado de clientes.

—Eso es —afirmó Silvia.

Jorge levantó la mano para que ella chocara, dudó, pero lo hizo, aunque le parecía muy raro tener buen rollo con él.

—De acuerdo —dijo Silvia— ahora que hemos dejado a Carlos todo limpio, échame una mano con Alex.

Al escuchar sus palabras Jorge no podía creer que ahora fuera ella quien quisiera su ayuda ¿dónde había quedado su malhumor constante con él?, pero pensó que no sería justo dejarla en la estacada con su problema cuando en realidad lo estaba ayudando mucho con la defensa de Carlos.

Sin embargo, Silvia tenía un as en la manga. Creía que Jorge solo sabía que a Alex lo acusaban de la información que vio en el disco duro sobre datos confidenciales de clientes y no pensaba compartir con él, lo que le había explicado Edgar, de que era un conocido hacker.

—Silvia, creo que la defensa de Alex también está clara —comenzó Jorge —si él vio los datos en un disco duro, según estos informes indican que los discos son compartidos por varios de los trabajadores.

—Sí, es lo que me dijo, que lo comparten, aunque en este caso quedó registrado que había sido él quien había accedido a esta información.

—Es cierto, él solo había entrado porque estaba buscando otros datos y lo había visto.

—Entonces —siguió Jorge— ¿podríamos deducir que también fue Blas?

— ¿Cómo?

—Cuando estaba dentro del portátil de Carlos con su usuario de Carlos Martín, para pasar los datos a la empresa TD, podría haber utilizado el disco para grabar parte de la información, porque así le sería fácil pasar la información a la otra empresa.

—O también —contestó Silvia— puede ser que lo hiciera expresamente para que Carlos pareciera culpable, ya que, si era un archivo compartido entre todo su equipo, si no lo guardaba en una carpeta específica, seguro que uno u otro acabaría entrando y vería la información en la carpeta, que es lo que deseaba.

—Buena deducción señorita Sherlock Holmes —le dijo en tono bromista

Jorge.

—Pero quizá se nos escapa lo más importante ¿Qué gana Blas pasando datos importantes a la competencia, una herramienta de software muy valorada y culpabilizando a Carlos?

—Es una observación acertada y mi intuición me dice que Blas se está creando una empresa paralela con ayuda de la competencia —propuso Jorge.

—Claro, quizá ha llegado a un buen acuerdo con TD. (Tech development), tendríamos que investigar si ha tenido algún contacto o bien le han ofrecido un jugoso cargo directivo en esta empresa.

—Vaya jugada, ¡eh! En cualquier caso, Blas sale ganando al crear otro negocio o al trabajar con TD y además su venganza recae en hundir a la empresa TX Tech y a los BA e incluso a Carlos.

—Tienes razón.

María volvió a entrar en su despacho para avisar que había llegado Alex.

—Justo a tiempo, nosotros ya hemos terminado —dijo Silvia levantándose, lo que le daba a entender a Jorge, que no contaba con él en su reunión con Alex.

Silvia también salió del despacho y cogió su chaqueta.

— ¿Te vas? —le preguntó María

—Llevo todo el día encerrada, como sabes hemos comido en el despacho, necesito salir un rato, haré la reunión con Alex en una cafetería.

—Como quieras.

Cuando Alex la vio, fue a saludarla, no sabían cómo actuar. No se iban a dar un beso, estando María detrás de ellos observándolos. Así que Silvia siguió avanzando hacia la salida y le dijo: —vamos mejor abajo, necesito que me dé el aire.

Bajaron en silencio, anduvieron hacia la cafetería donde ella desayunaba cada mañana y Alex se detuvo antes de entrar.

—No voy a entrar ahí, ese tipo lleva días siguiéndome, no me fio de él.

Silvia miró hacia el interior y sus temores se convirtieron en realidad, Edgar estaba allí. No sabía si la estaba espiando o no, pero no le gustaba en absoluto que estuviera siempre rondando cerca de ella. Reconocía que le gustaba, pero ella le había pedido tiempo, ahora lo más importante

para Silvia era resolver su caso.

—Vamos más abajo, conozco un lugar tranquilo cerca de aquí donde podremos hablar tranquilamente.

Fueron charlando como dos amigos, pero ella obvió explicarle que había estado en París, ni mucho menos mencionó a Edgar. Tampoco él se sinceró sobre su relación con María. Bajaron por la calle Pau Claris y entraron en un local que tanto era librería como cafetería, era muy acogedor y Silvia solía ir por allí. Estaba bastante lleno, pero encontraron una mesita rodeada de sofás, donde pudieron hablar sin miedo a ser escuchados. Alex se sentó y ella apartó un poco su sofá para mantener su espacio.

—Parece que hemos perdido confianza —comentó Alex en tono apenado cuando la vio distante.

— ¿Por qué lo dices? Cuando comencé a trabajar para ti en el bufete ya quedó claro que teníamos que mantener las distancias, no me puedo liar con mi cliente, entiéndeme. Después llegó María, pero seguimos siendo amigos igualmente.

—Sí, además no sé si confías en mí.

—Soy tu abogada, tengo que confiar en ti y tú en mí y explicarme todo lo que veas útil para que te pueda defender bien mañana.

—Yo no pasé datos confidenciales de clientes a la competencia para que pudieran contactar y quitarnos clientes, ni tampoco el desarrollo del software comercial.

—Te creo Alex, estoy segura que no lo hiciste tú —. Estaba dudando de si decirle que pensaba que había sido Blas, pero prefirió ser prudente. — Pero te agradecería que me contaras tú implicación con los datos bancarios de pagos. Tengo una duda que necesito que me resuelvas para poder avanzar, Alex, ¿eres un hacker o no lo eres?

—No te andas con rodeos, vaya pregunta más directa —dijo sorprendido.

— ¿Tengo que recordarte que el juicio es mañana y que vamos justos de tiempo? Haz el favor de colaborar al máximo, sincérate conmigo, tu libertad está en juego.

—Está bien —claudicó él mirándola, intentando saber en qué pensaba ella al llamarle hacker—, sí soy un hacker que trabaja para empresas que

necesitan datos e información concreta que no puedes encontrar a través de un buscador normal, sino que hay que entrar en la Deep Web.

Silvia estaba alucinada escuchando lo que decía Alex, por fin se estaba abriendo y creía que le explicaría la verdad.

— ¿Y cómo entras allí y cómo contactan contigo?

—No te voy a explicar mis trucos, pero hay que dominar bien esta red oculta, no es fácil dar con la información que necesitas ya que las páginas no tienen un dominio fijo, van cambiando para no ser detectadas. Además, muchas transacciones se hacen con bitcoins y hay servicios financieros que te ayudan a borrar el rastro de ellas.

—Me parece increíble.

—Pues no sabes ni la mitad de cosas que puedes encontrar allí.

— ¿Y no tienes miedo de que te pillen?

—Se refuerza el anonimato y la privacidad. Incluso, hay blogs y foros de ayuda que están enfocados a reforzar estos temas, en el fondo hay camaradería para que todo este mundo quede oculto. Pero tienes que entender que, aunque trabaje para empresas sacando información de la Deep Web, no estoy haciendo nada malo, gracias a mis conocimientos sé dónde y cómo encontrar esta información y venderla. Esto es muy distinto que trastear en la Dark Web.

— ¿No es lo mismo?

—No, la Dark Web es una parte pequeña de la Deep Web, donde encuentras servicios ilegales e incluso relacionados con drogas o armas. Yo paso de eso.

Silvia lo miraba intentando entender lo que le estaba explicando, sin embargo, creía que era sincero, quería creerlo.

—Los datos de pagos, fueron una tapadera para que consiguiera una información concreta para la empresa, a petición de Blas. Ni Carlos ni los otros accionistas saben nada sobre esto, por lo que está fuera del caso.

Silvia se daba cuenta que Blas estaba en el centro de toda sospecha, además que no le gustaba lo que le explicaba Alex, así que se lo recriminó: — En mi opinión, aunque te lo pidiera Blas, no es correcto extraer datos bancarios de personas, esto es como si les estuvieras robando.

—Yo no he robado a nadie, he utilizado mis conocimientos para llegar a estos datos, los he vendido a quien me los ha comprado y por ello he

cobrado un dinero, he hecho un trabajo concreto, ¿no lo ves?

—Si fuera otro tipo de información la que extraes y vendes no lo vería mal, pero tu vendes datos con los que quizá se pueda llegar a robar a estas personas —rebatió ella seria. — Además, si te pillan con esto sí que te puede suponer una buena penalización.

—Nadie me va a pillar, soy muy bueno en mi trabajo, ni Blas sabe lo que he encontrado. Él me pidió unos datos, pero le pasé muy poca información porque el resto me interesaba venderla a otras empresas, no sabes lo buscados que están estos datos en el mercado, además que pagan grandes sumas de dinero.

Ella iba atando cabos, además que valoraba que Alex se estaba sincerando con ella. Le había costado horas de trabajo, pero iba consiguiendo recoger sus frutos. Con todo lo que Alex le iba explicando, podía avanzar en el caso. Lo miraba pensando «¿Cuánto dinero has debido ganar vendiendo esta información?, vaya con el hacker millonario, y como esto solo lo sabemos los dos, no diremos nada a nadie más, ni a Jorge, ni a...vaya, en realidad, Edgar también lo sabe, me lo dijo..., ellos dos se conocen y a saber que se llevan entre manos ¿están jugando conmigo?, ¿y si fueron ellos los que me pareció escuchar la otra noche delante de mi casa?»

—Sylvi, ¿estás bien? —le dijo Alex, cogiéndole de la mano— Llevas un buen rato mirándome fijamente, pero sin verme, te has quedado en tu mundo.

—Sí, sí, estaba intentando entender lo que me has explicado. Te agradezco la confianza que depositas en mí y tranquilo que estoy de tu lado y no te fallaré. Vamos, acabemos de revisar detalles para el juicio, se hace tarde.

Siguieron hablando para que quedara todo bien atado y él se sintiera tranquilo a la hora de declarar. Este punto era uno de los que más inquietaba a Silvia, ya que a él le costaba mucho hablar delante de los demás y necesitaba que estuviera sereno y contara lo que debía, nada más.

Ya habían repasado todos los puntos varias veces, por lo que decidieron irse a casa. Silvia estaba cansada de todo el día, así que fue una sorpresa cuando Alex se ofreció a llevarla en moto, puesto que la tenía aparcada

bastante cerca del local donde estaban. Subieron a la moto roja y ella se cogió fuertemente porque sabía que a Alex le gustaba correr. En poco más de diez minutos, habían llegado. Esta vez sí que aparcó delante de su casa y se bajó de la moto, se le veía mucho más tranquilo y Silvia estaba segura que era porque no estaba Edgar cerca de allí.

—Gracias Alex, por traerme, aunque deberías correr un poquito menos por ciudad —le recriminó— te espero mañana delante del juzgado a las 9h.

—Allí estaré —dijo sin quitarse el casco. Le hizo un gesto en señal de saludo con la mano y salió tan rápido como había llegado.

Silvia miró a su alrededor y no había ni rastro de Edgar, como había supuesto. No le había gustado verlo en la cafetería debajo de su oficina, no quería sentirse controlada, por lo que agradecía ver que ahora él le daba un descanso.

Subió a su casa y se tumbó en el sofá a mirar el móvil. Tenía un mensaje de Edgar, de esa misma tarde, que no había leído.

EDGAR Suerte para mañana, eres la mejor.

No era un mensaje cariñoso, pero le gustó, aunque no le contestó. «Mañana será un día duro», pensó y decidió ponerse a dormir.

Capítulo 12

Se despertó con el repiqueteo de la lluvia al dar contra las ventanas, todavía era temprano, miró el despertador y solo eran las cinco de la mañana. Llovía a cántaros y se metió en la cama de nuevo deseando que amainara un poco para cuando tuviera que salir de casa. Se adormiló y cuando sonó el despertador, seguía lloviendo a mares, no parecía que el día comenzara con buen pie.

Se preparó el desayuno, se vistió y cuando estuvo lista, guardó sus zapatos de tacón en una bolsa y bajó a calle con un paraguas, chubasquero y botas de agua.

Caía una cortina de agua, entonces vio unos faros de un coche que le hacían señales y también el sonido de un claxon, supo que era el coche de Edgar. Corrió hacia el coche y él ya la estaba esperando con la puerta abierta para que entrara.

—Edgar, ¿qué haces aquí?, esto sí que ha sido una agradable sorpresa.

—Me alegra haberte sorprendido para bien. Cuando me he levantado esta mañana y he visto la lluvia he pensado en ti. Hoy es imposible ir andando por la calle y sé que hoy es el día del juicio.

Entonces Silvia pensó en Alex, en cómo podría ir él en moto con esa lluvia, suponía que buscaría la forma de llegar al juzgado. También se acordó que el día anterior, había visto a Edgar sentado en la cafetería de debajo de su trabajo y dudó si preguntarle o no ¿qué hacía sentado en la cafetería, esperarla o la estaba vigilando? Sin embargo, como había sido tan amable con ella, decidió no preguntarle y dejarlo correr.

El trayecto en coche fue silencioso, los dos estaban más pendientes del tiempo, de poder ver los posibles coches entre tanta lluvia, que no hablaron de la distancia que había surgido entre ellos desde el regreso de París. La confianza mutua y complicidad habían desaparecido, todavía no

sabían bien qué había ocurrido y ahora tenían una relación más de amistad.

Emplearon más de media hora en llegar al juzgado, sin embargo, habían salido con tiempo suficiente, no era un problema.

— ¿Te importa si aparco y te espero dentro a que termines el juicio? Así podríamos hablar después —propuso Edgar mientras que ella ya estaba preparando las cosas y el paraguas para no mojarse en cuanto saliera del coche.

—Como quieras, no sé si se alargará mucho el proceso o no —contestó sin importarle demasiado si se quedaba o no. Abrió la puerta y salió a paso rápido para entrar lo antes posible.

Edgar se quedó abatido y pensativo, viendo como la puerta se cerraba y ella desaparecía entre la lluvia, sin reaccionar durante unos segundos. Sin embargo, pensó que, si se iba, perdería la oportunidad de hablar con ella porque parecía que lo estuviera esquivando. Por eso, decidió aparcar y acercarse de nuevo al edificio del juzgado para esperarla. No tenía nada más que hacer y era la forma de estar cerca de ella.

Cuando Silvia entró en el juzgado, después de recoger el paraguas en una bolsita y pasar los controles, la hicieron pasar a una salita donde se encontraban Jorge, Carlos y con alivio comprobó que ya estaba Alex. Estuvieron comentando el caso cuando entró también Blas, dejándolos a todos sorprendidos. Jorge y Silvia se miraron a los ojos preguntándose si alguno de ellos lo había citado, puesto que a los dos, les había ido perfecto que se presentara, sin embargo, Blas les dijo titubeante: —Hola, eh..., vengo como parte representante de la empresa.

—Y yo, entonces, ¿qué hago aquí?, ¿qué no te fías de mí? —preguntó Carlos de malos modos y elevando la voz.

Cuando Blas le iba a replicar, por suerte, les avisaron de que podían entrar en la sala. Se notaba entre los dos una crispación, mientras que Alex parecía desubicado.

El juez de guardia dio las órdenes para que se les hiciera pasar a la sala. Cuando todos entraban, Silvia cogió la mano de Alex y se la estrechó para que se sintiera reconfortado. «Espero que salga todo como lo he preparado y pueda ganar el caso» rezó ella. La sala, que más bien les pareció pequeña, tenía un pequeño estrado donde se sentó el juez, y

había unas pocas sillas distribuidas en filas. Una vez estuvieron todos dentro, el secretario dio los detalles de porqué estaban todos allí, dirigiéndose hacia Alex:

—Se nombra a Alejandro Rodríguez como persona denunciada por un delito de propiedad industrial y como no se ha procedido a su detención previa, ha tenido que comparecer hoy ante el juez de guardia...

Alex estaba al lado de Silvia, escuchando atento, mientras que Jorge estaba cerca de Carlos, «parece una boda», pensó Silvia. Ella se sentía nerviosa, sin embargo, tenía que aparentar calma para que Alex se sintiera confiado. Los cuatro estaban en la primera fila, cerca de la mesa del juez, en cambio Blas se había sentado en la última, al final de la sala.

—Se le informa de su derecho a no declarar y a no confesarse culpable. Si va a declarar, responda a las preguntas que se le vayan formulando — explicó el juez y como Alex respondió afirmativamente, le tocó el turno a Jorge que actuaba como fiscal.

—Con la venia. —Jorge comenzó con el interrogatorio hacia Alex con unas preguntas concretas donde pudo explicar toda la situación en la que se había visto involucrado. — Señoría, no hay más preguntas.

A continuación, fue el turno de Carlos quien tuvo que prometer decir la verdad e informar de su nombre y apellidos, antes de dar su versión.

— ¿Conoce usted al acusado? —preguntó el juez.

—Sí, Alejandro es un trabajador de nuestra empresa.

— ¿Y la empresa le acusa de filtración de datos de un programa desarrollado por la empresa además de traspaso de clientes a la competencia?

—Así es—contestó Carlos.

Tanto Silvia como Jorge le interrogaron y él fue dando sus argumentos, a favor y en contra. Además, les explicó su sorpresa cuando fue a visitar a su cliente y vio su herramienta comercial, que le había vendido la competencia, una solución de software que llevaban desarrollando desde hacía tiempo. Además, de que la competencia se había “adueñado” de datos de contactos de clientes.

Después fue Alex quien tuvo que ser interrogado. Cuando ya se habían repasado todos los argumentos del caso donde Alex también se pudo defender, tocó el turno a Silvia.

—Con la venia Señoría. —Silvia comenzó explicando otra versión de los

hechos, detallando la posible implicación de Blas en el caso. En cuanto éste escuchó su nombre, se levantó como un resorte y tuvo intención de abrir la puerta y salir de la sala, sin embargo, no le dejaron salir hasta que no hubiera terminado la vista. Tanto Carlos como Alex se giraron a mirarle y él no sabía dónde meterse, su cara iba adquiriendo un tono grisáceo.

Gracias a las coartadas preparadas por el trabajo conjunto de Silvia y Jorge, el juicio había dado un giro inesperado y a Blas se le estaba acusando de suplantar la identidad de Carlos, además de haber filtrado el programa de software y el listado de clientes a la competencia, si se llegaba a probar su culpabilidad, le caería una buena sanción. En el caso quedaban bastantes cabos sueltos, como entender qué pasó con las listas de datos bancarios de los que se había acusado a Alex. Sin embargo, tal y como había deducido Silvia, por la ley de protocolo sobre información clasificada el juez necesitaba una autorización especial para revisar y valorar la lista de dichos datos bancarios confidenciales.

Con todo ello, el juez paró la causa porque se estaba acusando a Blas y era necesario poderle garantizar un juicio justo y, por supuesto, con las debidas garantías de derecho de defensa. Es decir, tenía derecho a tener un abogado y a tratarlo como un nuevo caso, donde se pedirían más pruebas para probar si se había cometido los delitos de los que se le estaban acusando. Además, el juez solicitaría las autorizaciones necesarias para poder acceder a la documentación confidencial. Siguió el juez concluyendo la vista:

—Póngase en pie el acusado. ¿Tiene usted algo más que decir? —dijo el juez dirigiéndose a Alex.

—No, Señoría.

—Se dictamina que el señor Alejandro Rodríguez es inocente de los cargos que se le imputan por el delito de filtración de información de propiedad industrial a la competencia. Quedando pendiente la acusación de apropiación de datos bancarios confidenciales. Por otro lado, se establecerá nueva fecha para seguir con esta vista siguiendo con la acusación al señor Blas Millán. Vistos para sentencia. Despejen la Sala.

Viéndose libre, Alex soltó el aire con alivio. Estaba tan contento, que

cuando fueron saliendo de la sala abrazó a Silvia, dándole las gracias por toda su ayuda.

—Eres la mejor.

—Alex, esto no ha terminado y lo sabes – le dijo mirándole a los ojos, puesto que, si comenzaban a hurgar mucho más en la filtración de datos bancarios, encontrarían que él había vendido datos desde la Deep Web, ya fuera o no a petición de Blas, pero estaba implicado.

—Soy inocente y ya te dije que lo tengo todo muy controlado, nunca encontrarán nada, aunque ahora ya me veía en la cárcel, y si necesito defenderme de nuevo, te sigo teniendo a ti ¿verdad? —le preguntó serio.

Silvia conocía bien a Alex por todo lo que le había ido explicando y en todo momento parecía que había sido Blas el que le había metido en el asunto. Lo que no entendía era cómo Alex nunca le había mencionado que Blas sería el máximo implicado en todo este embrollo. Así que estaba bastante confundida, pero tenía la certeza de que como ahora Blas era el acusado, saldrían muchos más temas a la luz que lo relacionarían con Alex.

Él la seguía mirando fijamente mientras le cogía la mano, estaba esperando su respuesta sobre si le seguiría protegiendo si lo necesitaba, pero ella calló, no quería atarse a nada, ni hacer promesas que quizá no podría cumplir. Lo miró a los ojos y recordó todo lo que le había gustado de él desde que lo vio en el local. Además, no sabía si le atraía él por su forma de ser, o porque era un hacker, lo que le parecía muy misterioso, y, por si fuera poco, sabía que era millonario, tal y como le había explicado Edgar.

Al pensar en Edgar, se giró buscando donde estaba, le había dicho que la esperaría para hablar. Silvia no quería hablar, estaba hecha un lio. Todavía estaba cogida de la mano de Alex cuando vio que Edgar la estaba mirando desde una esquina. Intentó reaccionar pensando en que Edgar se merecía algo de atención, él había sido muy amable por recogerla en su casa esa mañana y todo lo vivido en París también fue mágico.

Se soltó de la mano de Alex, le prometió llamarlo más tarde y se fue hacia donde estaba Edgar, sabiendo que Alex la estaba siguiendo con la mirada y sorprendido de que Silvia conociera a Edgar.

— ¿Cómo ha ido?, parecéis contentos —preguntó Edgar mirando hacia

Alex.

—Como hay más implicados el juez ha preferido concluir la vista y volverla a reabrir más adelante, para probar nuevos hechos. Pero, dejemos el tema, no puedo explicarte más sobre ello. Escucha Edgar... — dijo Silvia mirándose la punta de los pies y evitando mirarlo a la cara— ahora no puedo quedarme a hablar contigo.

—Lo entiendo, pasaré esta tarde por tu casa —. Y le cogió el mentón para que le mirará a los ojos. — No quiero presionarte, pero tu indiferencia me está volviendo loco, ahora que el caso te da un respiro, necesito poder hablar contigo. Solo te pido que me escuches, ¿no es tanto no?

—De acuerdo. Ven hoy a cenar, pediremos que nos traigan algo de comida y hablamos.

— ¿Vengo un poco antes y cocino yo?

A Silvia no le gustaba nada cocinar y se vio tentada a aceptar su ofrecimiento, pero que él estuviera en su casa trasteando por la cocina y cogiendo más confianza no lo veía, porque no tenía claro ni que decirle por la noche. «Pareja, amigo, ¿no verte más?, ¡que lio!»

—Por la cara que me estás poniendo veo que no es buena idea, no te preocupes, pasaré por el restaurante chino y traeré algo para comer.

—Me parece bien.

Edgar le dio un beso en la mejilla a modo de despedida y Silvia lo siguió con la mirada. Para salir de allí Edgar tenía que pasar al lado de Alex, que parecía se había plantado en medio del estrecho pasillo. Al salir vio que los dos se miraban y que Edgar le decía algo «¿Puede ser que le haya dicho ya hablaremos?», se dijo Silvia extrañada.

Cuando salieron del juzgado cada uno fue por su lado, menos Jorge que parecía estar esperándola, ya no llovía tanto, pero no hacía día como para ir andando. Los dos compartieron una comida ligera cerca del juzgado comentando los datos del juicio y después cogieron un taxi para ir al bufete; cuando llegaron, Enrique les felicitó a los dos por su buen trabajo, habían formado un buen equipo que había dado sus frutos.

Tan solo abrir la puerta del despacho se sentó en su silla deseando que nadie la molestara. Silvia había pasado toda la mañana con la tensión que

le suponía la vista ante el juez y, además, se encontraba bastante presionada entre Alex y Edgar, cada uno tiraba de ella según sus intereses «Esto no puede ser: Edgar me lleva a París porque le interesaba a él y Alex me ha estado utilizando para que le ayude con su caso sabiendo que se ha embolsado gran cantidad de dinero por la venta de datos bancarios. ¡Estoy harta!»

Entonces entró María en el despacho y Silvia dejó sus pensamientos a un lado, ya que al mirarla se dio cuenta de que estaba enfadada, traía el ceño fruncido con cara de pocos amigos.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Silvia viendo que no tendría una tarde tranquila como había deseado.

—Alex me ha llamado y me ha explicado que ha ido bien el caso, además de que ha quedado contigo, así que no quiere saber nada más de mí. ¡Sabes que me gusta!, ¿no tienes bastante con uno?

—No sé qué quieres decir Mary —contestó Silvia irritada y comenzando a agobiarse—. Solo le he dicho que le llamaría, pero no tengo otras intenciones, no he quedado con él. Además, no son temas para tratar en el trabajo ¿quieres que te escuche Enrique con tus gritos?, ¡baja la voz! Hablamos después cuando salgamos.

María salió dando un portazo y Silvia se quedó pensando en que solo le faltaba que después del día que había tenido, su amiga se enfadara con ella. En aquel momento vio que necesitaba unas vacaciones, alejarse de todo, solo de pensarlo se sentía ilusionada. Llamó a Enrique a su despacho para preguntar si se podía coger ya los días de vacaciones que le faltaban a cuenta del año pasado. Había estado tan liada, que no había tenido tiempo para vacaciones y lo estaba notando en lo cansada y hastiada que estaba. Si Enrique se sorprendió no se lo dijo, se lo había ganado, así que le autorizó a disfrutarlos cuando quisiera.

Pensó en Alex, que le había prometido llamarlo, pero no deseaba hablar con él y le daba pánico tener que enfrentarse a María porque la quería y no quería estar mal con ella. Sin embargo, no podía ocultarse, para salir del despacho ella tenía que pasar por delante de su mesa. Guardó su portátil, sus documentos, dejó todo el despacho recogido y salió al pasillo, quedándose de pie frente al escritorio de María.

—¿Vamos?

María se levantó de la silla sin decir nada, cogió sus cosas y se dirigió a

la salida. Silvia la miraba e iba pensando en lo que le diría, salió detrás dejándole margen. María tenía un carácter alegre y amistoso, menos cuando se le cruzaban las ideas, entonces era mejor dejarla tranquila y mantenerse a distancia. Silvia le propuso entrar en la cafetería donde desayunaban, al menos allí no le podría levantar la voz porque a esas horas estaba bastante vacía.

Una vez sentadas una enfrente de la otra, intentó mantener una posición empática para conseguir que dejara su enfado de lado. Estuvieron hablando mucho tiempo y Silvia le repitió varias veces que Alex era su cliente, por lo que ella, aunque quisiera, no tendría nada con él y más sabiendo que a María le gustaba, no se pondría en medio de la pareja. Su amiga se relajó al escuchar sus palabras.

Entonces, Silvia se acordó de que había quedado con Edgar para cenar, no se lo quería decir a ella, ahora que la veía más tranquila necesitaba no tener que dar más explicaciones. Se levantó y antes de irse le dio un abrazo, no le gustaba estar enfadada.

Era tarde y ya se estaba haciendo de noche. Silvia fue caminando rápido hacia su casa esquivando los grupos de turistas que todavía estaban por la zona y cuando llegó a su casa vio que Edgar estaba esperándola en el portal con una bolsa de comida.

—Lo siento, me he entretenido, ¿hace mucho que te esperas?

—Tranquila, lo bueno se hace esperar —le dijo con una sonrisa y apartándose para que ella pudiera abrir la puerta.

Subieron las escaleras manteniendo una conversación trivial sobre lo mucho que había llovido por la mañana y cómo la borrasca se había suavizado, además de otras anécdotas del día.

Edgar preparó las bolsas de comida china y cogió las bebidas, entraba y salía de la cocina como si viviera allí, se le veía con confianza. Mientras tanto, Silvia preparaba su “rincón de confidencias” cerca del ventanal con los cojines en el suelo y una pequeña mesita a un lado para poner la comida.

Por lo que Silvia conocía de Edgar, era una persona habladora que siempre estaba contando historietas que le habían pasado o que conocía de otros, al contrario de ella que era más bien reservada y de pocas

palabras. Como Edgar estaba callado se había instaurado un silencio entre ellos, hasta que estuvieron sentados con las piernas cruzadas encima de los cojines y sendos boles de fideos chinos intentando utilizar los palillos para comer. En ese momento, se dieron cuenta de lo cómica que era la situación y empezaron a reírse con una risa contagiosa al ver que ni uno ni otro dominaba la técnica de los palillos.

—Esto debe tener algún truco que se nos escapa, espera que traigo unos tenedores —dijo Edgar levantándose hacia la cocina y siguiendo las indicaciones de Silvia para encontrarlos.

Otra vez sentados, Edgar comenzó hablando de París, de lo bien que se lo habían pasado, pero sin mencionar la primera noche que él la dejó sola.

— ¿Sabes que me gustas mucho? —le preguntó Edgar, dejándola sorprendida. Tomando ella la iniciativa, se acercó a él, le hundió las manos en su negro pelo, se acercó a su rostro, cerró los ojos y se quedó a unos milímetros de su boca, notando su aliento como su agitada respiración. Entonces le dio un suave beso en la comisura de los labios y se separó.

Edgar esperaba recibir un beso más apasionado, que no llegó, ella se separó un poco de él, aunque tenía todavía sus manos entre su pelo y él le preguntó mirándola fijamente: — ¿Estás jugando conmigo? —. A lo que ella no contestó, sino que se acurrucó entre sus brazos para sentir su abrazo. Se sentía confundida y deseaba sentirse protegida. Edgar comenzó con un leve roce de sus dedos siguiendo la trayectoria de su espalda, pero veía que ella estaba muy tensa y no quería forzar ninguna situación.

—Voy a irme unos días fuera de la ciudad, tengo unos días de vacaciones.

—Me encantaría acompañarte, pero ya sabes que es imposible, esta semana comienzo la investigación de un nuevo caso.

—Sé que estás ocupado y yo necesito estar sola.

—Tómame tu tiempo, pero cuando regreses dame una oportunidad para conocerme —le dijo girándola para que lo mirase a los ojos mientras se lo pedía. — Hemos pasado unos días de locos entre el viaje a París y el juicio, no hemos tenido días para tener una relación normal. Necesito que confíes en mí y el resto vendrá poco a poco.

—Entiéndeme Edgar, nuestra escapada a París y tus mentiras me han hecho perder la confianza —le confesó Silvia separándose y sentándose en otro cojín para mirarlo de frente.

—No puedo perderte, hace poco que nos conocemos, pero me gusta estar contigo. Hemos pasado buenos momentos. También reconozco que me equivoqué, tendría que haber sido sincero y ponerme más en tu lugar, pero en mi profesión estoy acostumbrado a ocultar información y a no confiar —dijo sintiendo que la estaba perdiendo.

— ¿Pero si tú no confías en mí cómo me pides que confíe en ti?

—Confío en ti y por ese motivo te di información confidencial para ayudarte en el juicio.

Ella no respondió, se quedaron en silencio pensando el uno con el otro, en lo que se habían dicho y en lo que había pasado. Su relación, si podía llamarse así, era un torbellino de emociones.

Era muy tarde y comenzaron a repiquetear gotas de lluvia en la ventana. Ella se levantó y él la iba siguiendo con la mirada, veía que esa noche no llegarían a nada más, Silvia parecía que estaba cerrada en sus pensamientos, por lo que se levantó él también cuando llamaron a la puerta. Se quedaron mirando el uno al otro.

— ¿Esperas a alguien?

— ¿A estas horas de la noche? No, no espero a nadie.

Edgar se acercó a la puerta para abrirla y se encontró a Alex en el rellano.

— ¿Qué haces aquí?

— ¿Y tú?

Silvia se acercó y se quedó detrás de Edgar que intentaba cerrar la puerta mientras que Alex la empujaba.

—Chicos ¿queréis parar ya?, Edgar abre la puerta.

Edgar dudó si hacerle caso o no, pero era su casa y su decisión.

— ¡Ahora mismo me vais a explicar qué os lleváis vosotros dos entre manos! —ordenó Silvia poniendo los brazos en jarras y mostrando una actitud determinante. Ante dos hombres tan altos y corpulentos, sobretodo Edgar, ella se veía pequeña, sin embargo, parecía que los dos acataran sus órdenes.

Se pusieron uno al lado del otro y fue Edgar quien comenzó a explicarse: —Empecé a seguir a Alex por el caso de la empresa Tech development, antes no lo conocía, no hace falta que entre en detalles porque tú los conoces mejor que yo. Conozco a gente a quienes les han robado sus ahorros porque han filtrado sus datos confidenciales. Ahora mismo tenemos delante a un hacker que proporciona estos datos —dijo Edgar señalando a Alex— ¿Qué tenemos que hacer?

—Dejarme tranquilo, eso es lo que tienes que hacer. No hago nada malo, yo no tengo la culpa de lo que hagan las empresas con los datos que me compran —replicaba Alex elevando el tono de voz.

—Estoy muy cansada, mejor salís los dos de mi casa.

Siguieron discutiendo los dos hasta que ella se hartó, así que les abrió la puerta con una clara invitación a irse. Alex salió y la miró agachando la cabeza y Edgar se acercó a ella para despedirse:

—Lo siento Sylvi, la noche no ha salido como esperábamos —. Después de intentar darle un beso de despedida y no conseguirlo, se fue detrás de Alex.

Al cerrar la puerta, Silvia escuchó como Alex gritaba a Edgar:

—No me vas a pillar.

Ella se quedó sorprendida porque no acababa de entender lo que se llevaban entre manos. Soltó un suspiro de alivio al quedarse sola, necesitaba estar tranquila. Pasó el pestillo y fue a correr las cortinas, quería aislarse del mundo exterior. Se metió en la cama tapándose acurrucada con el edredón, sintiéndose protegida y sumergiéndose en un sueño.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, Silvia se despertó contenta por poder cogerse unos días para ella, con una semanita tendría suficiente para desconectar. Después de la noche anterior viendo cómo discutían esos dos en su casa, acabó muy cansada y con ganas de romper con todo.

Llevaba ya unos minutos pensando dónde iría, «¡Cuánto más lejos mejor!, quiero escapar de todo, pero no quiero estar sola, ¡qué contradicción!, así que... qué mejor lugar que descansar que en Zaragoza, en casa de mis padres».

Eso era, lo tenía decidido, por lo que no esperó más y llamó a su madre para preguntarle si podía ir unos días a casa. «Mi madre casi se enfada conmigo por preguntárselo, los dos estarían contentísimos si volvía unos días a casa, ¡benditos padres!».

Y así fue, tras llenar la maleta con ropa y comprarse un billete de AVE por internet, salió a la calle en busca de un taxi que la llevara a la estación. Al bajar al portal deseó ver a Edgar esperándola con su coche, pero no estaba, sabía que lo echaría de menos. Después de lo enfadados que terminaron la noche anterior, no sabía si volvería a verlo alguna vez, aunque se iba repitiendo que necesitaba tiempo para pensar.

No tuvo que esperar demasiado por el taxi y en poco tiempo llegó a la estación. Todavía faltaba una hora para que saliera su tren y decidió ir a desayunar. Estuvo revisando fotos y mensajes del móvil, cuando vio que estaban abriendo accesos para bajar a su andén.

El viaje se le hizo corto, estuvo descansando, pensando en sus cosas y mirando por la ventana de vez en cuando, viendo campos y más campos, verde, marrón, alguna casita, algún pueblo, hasta llegar a las afueras de la ciudad. En Zaragoza tuvo la sensación de sentirse otra vez en casa y más cuando vio a sus padres, que la abrazaron después de pasar unos meses

de añoranza. Los dos primeros días estuvo bastante encerrada en casa sin ganas de nada, necesitaba descansar, pero su madre la empujó a salir de la habitación y a quedar con amigas o a ir a pasear con ella.

Estuvo relajada unos días, aunque no podía llegar a desconectar del trabajo. El hecho de estar lejos de Barcelona, de Alex y de Edgar, le permitía tener una visión del caso más objetiva. Le daba vueltas a todo y no sabía bien porqué, pero sabía que se le escapaba algo sobre el caso. Jorge le había enviado un mensaje informándole de que Blas también había acudido al bufete en busca de un abogado, ya que tenían toda la información del caso y le podrían asesorar mejor.

De momento, Jorge se estaba encargando de ello, pero le ofrecía trabajar conjuntamente en cuanto volviera al trabajo. En cambio, de Alex no sabía nada, aunque él había dicho que confiaba en que ella seguiría defendiéndolo.

Entonces se comenzó a encontrar incómoda estando de vacaciones, ya se había relajado lo suficiente y quería otra vez volver a la actividad, no podía dejar a Jorge con toda la defensa, además que tenía que seguir tirando del hilo para ayudar a Alex.

Como tenía un billete de regreso para el día siguiente, prefirió volver a centrarse en toda la información que tenía, por suerte había traído su portátil con ella en la maleta, así que entró en el despacho que tenía su padre en casa y que no usaba y se puso a trabajar.

Por un lado, parecía claro que Blas era culpable de todos los hechos que habían ocurrido en la empresa, tanto de la venta del software comercial como de filtrar los datos de los clientes a la competencia, pero ¿por qué involucró a Alex para que comprara datos bancarios para venderlos?, suponía que era porque necesitaba dinero para montarse su propia empresa y al ver que Alex tenía facilidad para ello y sabía cómo hacerlo quizá lo presionó. Y Alex se aprovechó de la jugada y siguió haciendo transacciones de venta de datos, hacía muchas más de las que informaba a Blas y con ello se quedaba una parte y se iba haciendo rico.

Esta parte le encajaba bastante, después estuvo pensando en porqué Edgar había seguido investigando a Alex. Si la empresa de Carlos le pidió una información y vio que Alex no tenía nada que ver con ello, ¿por qué

siguió tirando del hilo para saber si era hacker o no?

«Es como si Edgar tuviera un interés especial, comentó que conocía personas a quienes les habían robado sus ahorros, parecía estar muy enfadado con Alex por este tema. Además, era extraño que Alex hubiera amasado tanta fortuna en poco tiempo, ¿tendría su hermana perdida alguna relación con ello?», se preguntaba Silvia revisando todas sus notas.

—Hija, tienes visita —le dijo su madre abriendo un poco la puerta del despacho.

— ¿Visita, yo?, ¿quién es?

—Dice que se llama Edgar y que es un amigo tuyo, está en el salón.

— ¿En serio está aquí Edgar?, no me lo puedo creer. —Hizo un repaso de la ropa que llevaba puesta y salió hacia el salón, lo vio de espaldas, con sus pantalones ajustados negros y su camisa negra de manga corta. —
Hola.

—Hola —contestó él girándose al oírla entrar.

— ¿Qué haces aquí?

—No he sabido nada de ti durante estos días.

—Solo he estado fuera una semana.

—Lo sé, pero deseaba verte.

— ¿Y cómo me has encontrado?

—Estaba de los nervios por no saber nada de ti, fui al bufete para encontrar a María y rogarle que me dijera dónde estabas. Primero ella no me lo quiso decir, pero al insistir y al verme decaído pensó que quizá merecía que me dieras una oportunidad.

—Esto es algo que tengo que decidir yo, no ella. Me veo un poco acosada por tu insistencia.

—Veo que no ha sido buena idea venir.

Ella pensó que quizá se estuviera pasando y sabía que si estaba de malos modos sus padres se preocuparían, por lo que decidió presentárselo. Cuando sus padres lo conocieron se quedaron un poco sorprendidos, no esperaban que un posible novio de su hija se presentase en su casa, pero todos fueron amables y Edgar supo ganárselos. Casi le fue más fácil su trato con ellos que con Silvia «tengo que reconocer que cuando lo he visto mi corazón ha dado un vuelco de alegría, pero mi cara

sigue mostrando mi desconfianza»

—Quizá quieras quedarte a comer —propuso su madre.

—No te preocupes mamá, vamos a comer fuera, así le enseñó a Edgar la ciudad.

—Lo que queráis.

—Sí, espérame un momento mientras me cambio.

Sus padres le pidieron que se sentara y le fueron haciendo algunas preguntas, aunque era difícil explicar cómo se conocieron y su relación, que se había basado en una escapada clandestina a París, que no podía revelar para no poner en un aprieto a Silvia. Al poco rato Silvia volvió a entrar en el salón arreglada para dar un paseo.

—Vamos.

—Un placer. —Se despidió Edgar.

Al salir a la calle ella seguía tensa, no se sentía cómoda con la intrusión de Edgar en sus vacaciones, pero se fue relajando a medida que fueron paseando. Caminaban uno al lado del otro sin atreverse a cogerse de la mano, cuando Silvia propuso:

—Es un poco pronto para ir a comer, ¿vamos a tomar algo?

—Sí, como quieras, mira en esta terracita mismo podemos sentarnos.

Después de sentarse pidieron bebidas, tapeo y comenzaron a charlar sobre lo que ella había hecho en Zaragoza los días de vacaciones.

Sonaba una melodía de móvil insistente.

—Creo que te están llamando, contesta si quieres —dijo ella.

Al ver la llamada, a Edgar le debió parecer importante y confidencial porque se levantó de la mesa separándose de forma prudencial de donde estaba Silvia. Ella no sabía qué hacer porque iba mirando el reloj viendo como pasaban los minutos. «Si ha venido a Zaragoza para estar conmigo, qué menos que colgar y estar hablando conmigo no con el móvil, ¡debe ser muy importante!».

Pasados ya quince minutos, ella se hartó de esperar y como había terminado su bebida decidió pagar la cuenta y se levantó. Edgar estaba de espaldas cuando se acercó a él.

—Dame unos días más y pronto tendremos el dinero, te lo aseguro.

Silvia estaba atenta a la conversación y alucinada por lo que iba

escuchando. De repente él cortó la llamada y se giró viendo que ella estaba a pocos pasos de él.

—Lo siento, he tenido que contestar.

—Bueno, parecía que estabas teniendo una conversación importante — le replicó ella intentado sonsacarle algo de información, pero él cambió de tema.

— ¿Te parece que acabemos de dar un paseo? Si no quieres comer te acompaño a casa.

— ¿A qué has venido Edgar? ¿No tendrás por aquí algún cliente con el que terminar algún trabajo, igual como pasó en París?

—No tienes por qué desconfiar de mí, tenía ganas de verte, ya te lo he dicho.

—Yo regreso mañana a Barcelona, podrías haberme esperado allí.

—Pero estos días te he enviado algún mensaje que no has contestado, no sabía cuándo volvías.

Eso era cierto, ella había estado esquivada con todos, no solo con él. Su intención era desconectar y había tenido el móvil apagado la mayor parte del tiempo.

— ¿Volvemos juntos mañana?

—Ya tengo billete de tren y no lo puedo cambiar.

—Yo también he venido en AVE para descansar de conducir.

—Me sorprende, pero de acuerdo, si quieres coger el AVE de vuelta conmigo mañana no voy a decirte que no puedes hacerlo.

—Vaya Silvia, realmente no parece que te haya hecho ilusión verme en Zaragoza, no he hecho nada malo, solo tenía ganas de verte.

Estaban los dos plantados en medio de la calle, frente a frente y Silvia decidió darle una oportunidad. Le gustaba estar con él, lo malo era su desconfianza.

—Vale de acuerdo, hagamos las paces, te agradezco que hayas venido a verme, yo también tenía ganas de verte —le dijo con una sonrisa— pero si estás aquí, estás por mí, no para atender el teléfono y dejarme tirada o bien irte a algún sitio sin que venga a cuento.

—Dalo por hecho —le contestó con una brizna de esperanza y cogiéndola de la mano.

—Vamos a pasear, te enseñaré lo más bonito de la ciudad.

Recorriendo el puente de Piedra que cruza el río Ebro y llegaron hasta la

plaza del Pilar donde vieron la Basílica, además de callejear por la zona antigua de la ciudad. Con el paso de las horas volvieron a recuperar parte de la confianza y confianzas que habían compartido en París.

Cuando estuvieron cansados, Silvia le propuso ir a casa de sus padres a descansar y a cenar.

—Te lo agradezco y voy encantado para estar con vosotros, pero no te preocupes que después de cenar me voy a un hotel donde he reservado una habitación. Aunque si quieres venirte conmigo esta noche ya sabes que la habitación es doble —propuso Edgar esperando una respuesta positiva.

—Ya veo, habitación doble, ¡eh!, anda que no sabes tú nada. Venga vamos a casa de mis padres a cenar.

Pasaron una velada agradable porque Edgar sabía qué explicar para sacar tema de conversación con su padre y alabó a la cocinera así que todos tan contentos, menos Silvia que le iba dando vueltas al retazo de conversación que había escuchado cuando Edgar hablaba por el móvil. «Estoy segura que ha dicho que pronto tendremos el dinero, ¿a qué dinero se refiere?», pensaba ella.

Ella mantenía una sonrisa cada vez que Edgar la miraba, no era lugar para preguntarle sobre sus dudas.

Una vez terminada la cena, parecía que sus padres querían retirarse pronto, así que Edgar prefirió levantarse para irse a su hotel.

—He cenado muy bien y habéis sido muy amables conmigo.

—Gracias chico, a ver cuándo te volvemos a ver por aquí —le contestó su madre.

—Mañana me vuelvo a Barcelona con Silvia, así que en otra ocasión.

—Claro, cuando queráis.

Silvia lo acompañó a la puerta mientras que informaba a sus padres:

—Salgo un poco, vuelvo después.

En cuanto cerró la puerta de casa le lanzó la pregunta que le estaba corroyendo.

—Venga, vamos te acompaño al hotel, no está lejos, por cierto, Edgar ¿con quién hablabas este mediodía por el móvil?, debía ser muy importante ¿no?

Edgar no se paró, siguió caminando mirando al frente, iban cogidos de la mano y Silvia notó una leve presión, se había quedado tenso, pero no le dio la respuesta que esperaba.

—No era tan importante, lo siento si te has sentido sola mientras hablaba, no volverá a ocurrir, lo prometo.

Llegaron a la puerta del hotel.

— ¿De verdad que no quieres subir?

—Es mejor que no.

— ¡Qué lástima!, con lo bien que nos lo pasamos en París.

—Es cierto, pero escúchame Edgar, necesito tiempo para mí. Ya sabes que estoy preocupada por cómo terminará Alex con lo que falta por resolver del caso.

—Pero el trabajo es trabajo y nosotros tenemos una relación ¿no?, o un intento de ella.

— Solo te pido tiempo para afianzar nuestra confianza.

— ¿Y por qué desconfías de mí?, no te he dado motivos he estado atento a todo lo que pensaba que necesitabas.

Silvia no le quería dar más explicaciones porque pensaba que él no era sincero y que algo ocultaba.

—Mira, dejémoslo aquí, ¿nos vemos mañana en la estación?

— ¿No quieres seguir con la conversación?

—No

—Como quieras, nos vemos mañana en la estación. —Edgar le dio un beso de despedida que ella no rechazó y se separaron confundidos por la mezcla de sentimientos.

Una vez en casa, Silvia agradeció que sus padres se pusieran a dormir tan pronto porque no tenía ganas de dar demasiadas explicaciones. Ella también fue a su habitación para intentar dormir y lo consiguió después de dar vueltas y vueltas en la cama.

Capítulo 14

Cuando estaba en la mejor parte de sus sueños imaginando cómo habría sido la noche perdida con Edgar, su madre la despertó abriendo ligeramente la puerta.

—Cariño, si no te levantas no llegarás a coger el tren.

Silvia se despertó recordando su etapa de estudiante cuando su madre abría la puerta y la avisaba con tiempo para que tuviera unos minutos de calma en la cama, antes de levantarse, mientras que ella le preparaba el desayuno. Había meses en que había sufrido el estrés del estudio y los exámenes, sin embargo, ahora pensaba que en su etapa de estudiante había vivido de lujo y daría lo que fuera porque desaparecieran los rompecabezas que tenía con el caso del bufete.

Había quedado con Edgar en la estación sin hora concreta, aunque ella siempre llegaba con tiempo suficiente. Después de desayunar, preparó su maleta y dio un vistazo a lo que era su habitación de siempre, todavía mantenía recuerdos de cuando vivía allí y cosas inútiles que le daba lástima tirar. La habitación estaba pintada de tonos amarillo claros y entraba mucha luz por la ventana, lo que le daba un aspecto acogedor y cálido.

Salió de la habitación y se despidió de sus padres con abrazos y achuchones.

—Que tengas un buen viaje y ya nos envías algún mensaje cuando llegues. Cuídate.

—Vosotros también.

Llegó a la estación con tiempo, todavía faltaban unos veinte minutos para la salida del tren, no vio a Edgar y entró en la cafetería. Anunciaron

el tren y salió de nuevo al andén, en ese momento se dio cuenta que Edgar bajaba corriendo las escaleras que lo llevaban al andén, la saludó con la mano cuando la vio y llegó a su lado justo cuando el tren paraba delante de ellos.

—Madre mía, pensé que no llegaba. Creía que mi hotel estaba más cerca de la estación y cuando he comenzado a andar he visto que me faltaba tiempo, así que he llegado a la carrera.

—Ya veo, bueno, ya estás aquí.

Tuvieron la suerte de que los dos tenían el asiento en el mismo vagón y pidieron a otro pasajero si les cambiaba un asiento para sentarse juntos.

— ¿Te das cuenta que siempre llegamos corriendo al avión o al tren? — comentó Edgar ya más relajado al verse sentado y de regreso.

—Yo he llegado con tiempo. Todavía me sorprende que no vinieras a buscarme en tu coche.

—Porque pensé que cuando vieras el “cochazo negro”, como tú lo llamas, te vendrían a la mente mis días de vigilancia delante de tu portal y que no querías verme.

«Al mencionar Edgar los días pasados me trae a la memoria lo extraña que me sentí los primeros días al verlo siempre frente a mi puerta y cómo me fui acostumbrando y nos fuimos haciendo amigos. Que me llevara a París fue increíble, que me engañara no, pero esto está más que hablado».

Cuando sonó el móvil de Silvia, ella pegó un brinco saliendo de sus pensamientos y releyó los mensajes mientras que comenzaba a teclear.

—Mary estará en la estación cuando lleguemos, dice que está deseando verme —explicaba Silvia con una sonrisa en los labios y mirándolo ya que él estaba pendiente también de su teléfono.

— ¿Sabe que volvemos juntos?

—Sí, ayer se lo dije.

— ¿Y viene con Alex?

— ¿Con Alex? No creo. —Silvia lo miró con extrañeza. — No dice nada de que esté acompañada y si viene con él lo saludaremos como amigos y ya está. Si la relación de Mary y Alex prospera, como parece que sí, ¿qué harás cuando los veas, estar con mala cara?

Edgar se quedó pensativo, pero no contestó la pregunta, se levantó

dando por cerrado el tema: —Voy a tomarme un café a la cafetería, ¿vienes?

—No, prefiero quedarme mirando el paisaje.

—Como quieras, no tardo.

Pasados varios minutos, él volvió de nuevo a su asiento: —Mira, te he traído un agua y una chocolatina. ¡No veas lo caro que sale cualquier cosa que compras en el tren!

—Te falta experiencia como viajero de tren.

—Seguro que sí. Por cierto, no me has contado nada más de cómo ha seguido el caso de la empresa TX Tech, ¿hay fecha para el juicio de Blas, está imputado Alex?

Silvia se volvió a incorporar para mirarlo, mientras le contestaba: —Ya me parecía raro que no me hubieras preguntado más por el caso durante este tiempo que hemos estado juntos. Sabes que es un tema confidencial del trabajo, solo te puedo decir que Jorge está trabajando en la defensa de Blas y que quizá me uniré a él si no tengo que defender a Alex. Ya sabes, Alex cuenta conmigo, pero sinceramente no creo que puedan probar sus trapicheos de compraventa desde la Deep Web, es un buen hacker y como tal habrá borrado todo rastro.

Edgar iba asintiendo con lo que ella decía, creía que tenía razón y que a Alex no le iban a pillar.

— ¿Y tú?

—Yo qué.

— ¿Por qué estás siempre tan enfadado con Alex? ¿Qué tienes contra él?

—Ya te dije que no me gusta que sea hacker y que proporcione datos para robar a la gente.

—Pero eso ya lo sabemos, seguro que hay algo más.

—Nada más en especial. Mira, ya estamos entrando en las afueras de Barcelona —dijo él mirando por la ventana del tren.

—No me lo vas a contar, ¿no?

—No hay nada que contar.

Pasados pocos minutos, vieron que el tren se estaba deteniendo y que todos los pasajeros comenzaban a levantarse para coger sus maletas. Ella apremió a Edgar a que también lo hiciera, con sus piernas tan largas, si él

no se movía no podía salir, como le había pasado cuando subieron al avión. Tomó nota mental que, para el siguiente viaje, lo mejor era sentarse en el pasillo para ir y venir cuanto quisiera. «Ya estoy haciendo planes de futuro y no sé ni lo que quiero».

Una vez en el andén Silvia comenzó a acelerar el paso ya que le hacía mucha ilusión volver a ver a María. Cuando se vieron corrieron a abrazarse y a darse besos como si hiciera años que no se hubieran visto. Edgar, unos pasos por detrás se las miraba un poco sorprendido por tanta efusividad y también pudo comprobar que venía sola, no había ni rastro de Alex. Después, Silvia se acordó de Edgar, le tendió una mano para que se acercara a ellas y no quedara relegado.

Tomaron un taxi que les llevó a casa de Silvia. Edgar se había sentado delante para que las chicas siguieran hablando solas en los asientos de atrás.

Como era mediodía había menos atasco de coches y en pocos minutos el taxi paraba en el paseo Picasso, al lado de la calle Fusina, los tres se bajaron y fue Edgar quien pagó la carrera. Las chicas iban por delante cogidas del brazo y él se encargó de tirar de las dos maletas, de la suya y la de Silvia. No era así como esperaba llegar a casa de Silvia, él deseaba estar a solas con ella.

Al llegar al portal, María se dirigió hacia la escalera y Silvia se acordó de Edgar, vio cómo iba cargado con todos los bultos y pensó que no era justo que ella hubiera pasado de él. Así que fue a ayudarlo mientras que María les miraba a través del cristal de la puerta de entrada.

—Lo siento, parece que no he tenido tiempo para ti desde que hemos bajado del tren —confesó Silvia un poco compungida.

—No te preocupes, lo entiendo, os teníais que poner al día. Ya tendremos tiempo para nosotros. Hoy es mejor que os deje a solas con vuestras confidencias, yo solo estorbaría y así también pongo en orden mis cosas en casa —le contestó comprensivo—. Pero mañana te vendré a buscar a la salida del trabajo y no quiero excusas, me pido desde ya toda la tarde y noche para mí, bueno, para los dos. ¿Prometido?

—Bueno no sé, creo que vas muy rápido, mejor hablamos mañana.

Y lo abrazó a modo de despedida.

Edgar veía que ella seguía viéndolo con desconfianza y que sería difícil hacerle cambiar esa sensación. Le dio un beso y se deshizo del abrazo. Cada uno se fue con su maleta hacia su casa, él deseaba que esta situación, también cambiara algún día.

Una vez en casa las chicas prepararon rápidamente un bol de espaguetis, con tomate y queso, no había mucho donde elegir en la vacía despensa.

—Con lo que he comido en casa de mis padres, no sé si me conviene tanta caloría.

—Si se te ve estupenda, va comemos y me vas contando qué tal estos días. ¿Cómo te quedaste al ver a Edgar en tu puerta? Creo que no te sentó muy bien que le diera tu dirección. O es muy buen actor o se le veía bastante desesperado —dijo María sin dejarle opción a ella de contestar — para otra vez, ya lo sé, mejor no le digo nada.

—Te das tu misma todas las respuestas. La verdad es que cuando lo vi tuve sentimientos divididos, me hizo ilusión verle, sin embargo, me encontré presionada. Le he pedido tiempo varias veces y él siempre está ahí. Me gusta que esté por mí, pero necesito espacio, es demasiado posesivo. ¿Y Alex qué tal? Durante estos días no me ha dicho nada sobre la defensa.

—Bueno, tú tampoco has contactado con él.

— ¿Eso te ha dicho él?, bien, es cierto. Pero aquí el interesado es Alex.

—Sí, la verdad es que tampoco nos hemos visto mucho estos días.

—Pensaba que habíais comenzado a salir un poco más en serio, ¿te acuerdas cómo te enfadaste conmigo porque dedujiste que Alex iba detrás de mí otra vez?

— ¡Vaya si me acuerdo! Después Alex me explicó que fue a tu casa y que se encontró con Edgar.

—Y que los eché a los dos.

—La que te liaron. Bueno pues lo nuestro no va a más.

— ¿No, por qué?

—Alex siempre va a la suya y no tiene interés en mí, así que hemos quedado como amigos. —Silvia se quedó sorprendida con la confesión de su amiga.

—Vaya, lo siento, pensé que ibais en serio.

—Ya ves que no. Venga, que te ayudo a recoger la cocina —propuso María y siguieron comentando sobre Alex y Edgar.

Cuando terminaron de recoger, decidieron sentarse en el rincón de los cojines donde Silvia había pasado tantas experiencias.

—Si me tumbo en el sofá me quedaré dormida y también me gusta estar aquí, cerca de la ventana —opinó María—. Pues como te iba diciendo, he visto poco a Alex, solamente hemos quedado un par de veces como amigos y lo veo bastante inquieto, quiero decir, como preocupado por algo.

—Lógico, tiene que preocuparse por la parte que tiene pendiente de juicio.

—No lo entiendo, porque días atrás ya tenía lo del juicio pendiente y estaba tan tranquilo y confiado ¿no te parece? El otro día le estuve preguntando a ver que soltaba y dijo algo incoherente sobre un soborno.

— ¿Un soborno? ¿Y qué más te explicó?

—Nada más, creo que no quería contármelo, así que lo dejé tranquilo. Quizá contigo, como eres su abogada y siempre ha estado más interesado por ti, se abra y te lo cuente.

—Tengo pensado llamarlo mañana para ponernos al día y ahora con más razón necesito saber qué le está pasando.

—Me parece bien y lo que puedas me lo cuentas.

Como Silvia se iba a oponer María se adelantó remarcando: —Lo que puedas.

Silvia no confirmó si se lo iba a contar o no, siguieron hablando y pasando una tarde agradable, y cuando se hizo de noche, María se fue con la esperanza de que al día siguiente se verían en el trabajo, y entre cafés y comidas se seguirían poniendo al día. La había echado de menos durante sus días de vacaciones.

Al quedarse sola, Silvia miró la hora en su móvil y vio que pasaban más de las doce, quizá ya era muy tarde, pero prefirió no esperar y le envió un mensaje a Alex para quedar con él al día siguiente. Por un lado, le apenaba que no hubiera funcionado su relación con María, pero después pensó que egoístamente se alegraba, quizá todavía sentía algo por él.

Cuando se puso a dormir, escuchó el pitido del móvil, había recibido un mensaje, lo revisó y era Alex, le confirmaba que se pasaría por su

despacho.

Se recostó satisfecha por su rápida respuesta, tiró de su edredón y comenzó a soñar en todo lo que le depararía el día siguiente.

Capítulo 15

A pesar de las ganas que tenía de comenzar con la rutina y de saber qué novedades tendría sobre el caso, su cuerpo le decía que volvía de vacaciones y que se lo tomara con calma. Iba más lenta en todos sus movimientos, le faltaba rodaje, con todo y eso, consiguió hacer todas sus tareas habituales para salir de casa a la hora prevista. Ese día deseó que estuviera Edgar esperando con su coche para no tener que ir andando al trabajo, pero no estaba allí.

Comenzó a andar por las callejuelas del Born dándose cuenta de lo madrugadores que eran algunos turistas, todavía no eran ni las nueve y ya había varios grupos deambulando por la zona. Hacía bastante calor, ya era principios de mayo y pronto tendría que vestirse con manga corta. Iba pensando en esas pequeñas cosas y en lo que haría en cuanto llegase al trabajo, cuando un hombre se puso a caminar a su lado, demasiado cerca para su gusto. Ella aceleró el pasó y él mantuvo la distancia hasta que ella se detuvo queriendo entender qué pasaba.

El desconocido la cogió del brazo y le ordenó, con un tono exigente:

—No te detengas, sigue andando discretamente como hasta ahora.

Silvia lo miró sin saber qué hacer, pero siguió adelante, ya estaba a medio camino y no iba a volver atrás. No quiso mirarlo directamente, pero era un hombre bastante alto y llevaba un traje negro, como un hombre de negocios que va a su trabajo, se había fijado que tenía el pelo canoso, aunque no parecía mayor.

—Sé quién eres, aunque a mí no me conoces. Eres la abogada de Alejandro Rodríguez y estás ocultando pruebas que lo pueden incriminar en la venta de datos personales ilegales. Tiene que pagar por lo que está haciendo. Yo de ti me mantendría al margen para evitar problemas.

Cuando Silvia iba a rebatirle, el desconocido se fue distanciando hasta

doblar la esquina e irse hacia otra dirección. Ella se paró y lo vio alejarse dudando si se había imaginado la conversación o no. Decidió seguir su camino hacia el trabajo e intentó ir rápido para llegar lo antes posible, se le hacía tarde y se había quedado bastante intranquila.

Al llegar al portal, subió por las escaleras como solía hacer para no tener que esperar el ascensor y una vez arriba María la vio entrar.

— ¿Qué te ocurre?, se te ve con mala cara.

—Después te cuento en el desayuno, ahora quiero ponerme al día —le dijo con ganas de dar pocas explicaciones, primero tenía que centrarse ella.

A los pocos minutos de entrar en el despacho, fue Jorge el que llamó a su puerta, parecía que la hubiera estado esperando. Atrás ya habían quedado los días de competencia y rencillas por ser el mejor, ahora él estaba muy colaborativo.

— ¿Te importa que pase y te ponga al día?, he estado trabajando durante tu ausencia.

—Te debo una, claro, pasa y lo revisamos los dos.

Él abrió diversas carpetas con expedientes y fue explicando el detalle de sus avances. Lo que habían deducido los dos en el juicio previo era correcto, Blas parecía culpable de todos los hechos. Jorge había averiguado que Blas había pactado un trato con la empresa de la competencia, basado en que, si les pasaba información sobre el nuevo software comercial y listado de clientes, él pasaría a tener parte del accionariado y conseguiría un alto cargo en la misma.

Por lo tanto, su defensa se establecía en pocos puntos a favor, la única opción que veían era la de pactar indemnizaciones con los otros socios de la empresa.

—Si te parece hablo con Carlos y le hago una propuesta.

—Como estamos los dos llevando el caso prefiero estar presente también en esta conversación —contestó Silvia viendo como Jorge se apoderaba de las negociaciones.

—No es que quiera dejarte de lado, lo decía porque al estar defendiendo a Carlos durante más tiempo, tengo más confianza con él.

—Da igual, yo también quiero estar.

—Le llamo y le propongo que se pase por aquí o quizá vamos nosotros.

— Sí, lo que veas mejor.

En ese momento María abrió la puerta del despacho proponiendo que bajaran a tomar un café.

—Me apetece un café, ¿quieres acompañarnos? —propuso Silvia a Jorge deseando que dijera que no porque necesitaba hablar con María de lo ocurrido esa mañana. Y como el otro vio que se lo decía por compromiso, no bajó.

—Seguimos después.

Al coger la cartera y el móvil para bajar, revisó los mensajes, vio que tenía uno de Edgar y le contestó:

EDGAR Hola dormilona, recuerda que hoy quedamos.

SILVIA Después te confirmo.

Edgar podía pensar que le estaba dando largas y no era así, a Silvia le apetecía quedar con él, siempre le hacía reír y era muy amable, sin embargo, no quería sentirse presionada, ni comprometerse a nada, tenía muchas cosas que hacer y quizá saliese tarde.

Las dos chicas entraron en la cafetería donde les prepararon los desayunos habituales y se sentaron en una mesita libre que quedaba apartada.

— ¿Qué te ha pasado de ayer a hoy?, ayer me fui de tu casa que estabas tan contenta y hoy se te ve muy preocupada.

—Sí, lo estoy, fíjate lo que me ha pasado, cuando venía hacía aquí me ha estado siguiendo uno que iba todo trajeado y además se me ha puesto al lado y me ha amenazado.

— ¿Qué dices?, cuéntame todos los detalles.

Silvia le estuvo explicando cómo había ocurrido y lo asustada que se había sentido.

—Lo extraño, Sylvi, es que éste sabe que eres abogada y el caso que llevas entre manos ¿y cómo lo sabe?, además que parece que tiene detalles de lo que hace Alex, encima, va y te dice que estás ocultando pruebas y que te mantengas al margen.

—Sí, ¿verdad? No entiendo cómo tiene toda esta información, son temas confidenciales que le han tenido que llegar porque alguien se lo

haya explicado, pero ¿quién?

— ¿No estará relacionado con lo del soborno de Alex que comentábamos ayer?

—Bueno, es lo único que se me ocurre. Alex vendrá hoy al despacho y cuando hable con él quizá entienda un poco más de qué va todo esto. ¿Crees que tendría que hablar con Enrique? No quiero parecer una niña pequeña que ante cualquier problema corre a contárselo al jefe.

—No es cualquier problema, es una amenaza real que estás sufriendo por culpa de tu trabajo, yo en tu lugar, primero hablaría con Alex por si te cuenta algo más que no sepas y después sí que iría a explicárselo a Enrique.

—Me parece bien. ¡Mary no sé qué haría sin ti! —dijo Silvia levantándose para darle un abrazo a su amiga, necesitaba sentirse reconfortada.

Volvieron al trabajo más animadas y cuando llegaron al bufete se encontraron que Alex las estaba esperando.

—Ya era hora de que volviéseris —dijo mostrándose enfadado.

—No sabíamos a qué hora vendrías, también hubieras podido bajar a la cafetería, ya sabes dónde solemos estar. Venga, vamos al despacho — propuso Silvia.

Mientras tanto María los veía recorrer el pasillo sin dar crédito a que ni la hubiera saludado, lo veía andar desgarrado y cabizbajo, estaba convencida de que estaba preocupado y era evidente que ya no sentía nada por ella.

Una vez estaban los dos sentados frente a frente en su despacho, Silvia miró a Alex a los ojos y le dijo: — ahora mismo, me vas a contar qué te pasa.

—No sé a qué te refieres, además la última vez que fui a tu casa me acabaste echando ¿te acuerdas?, ¿cómo quieres que esté?

— ¿Qué querías que hiciera si os pusisteis los dos a discutir en mi casa? Tengo derecho a vivir tranquila y no me dejáis en paz.

— ¿Eso es lo que piensas?, ayer fuiste tú quien me dijiste que viniera a verte.

—Claro porque pasan los días, tienes hechos pendientes de juicio y tú no das señales de vida, pensé que me llamarías o me dirías algo.

—Estabas de vacaciones y no te quería molestar —contestó compungido y a ella le dio lástima por todo, por los problemas que se les acumulaban y porque no se ponían de acuerdo. Así que decidió colaborar y comenzar de cero.

—Vamos a ver Alex, cuéntame lo del soborno —le pidió de sopetón, cogiéndole de las manos para que se sintiera más relajado. Tenía las manos frías y sudorosas, ella comenzó a masajear el dorso con su pulgar. — Debes confiar en mí, sino no puedo ayudarte.

—Te lo ha dicho María, ¿no?, ¡que bocazas!

—Está preocupada por ti y yo también. O si no quieres comenzar por el soborno, explícame porqué, cuando trabajabas con Blas, lo ayudaste en la compra de datos bancarios para venderlos si sabías que no estabas haciendo lo correcto para la empresa.

—Porque él necesitaba dinero y yo también.

—Explícame por qué —le pidió Silvia deseando que se abriera y lograra contarle lo que le preocupaba.

—Blas últimamente estaba muy harto de sus socios y vio la manera de salir de la empresa y me propuso que montásemos una empresa paralela, pero él no quería volver a comenzar de cero con otra empresa pequeña, sino que él la quería montar a lo grande. Hizo un pacto con la competencia para ir a medias y conmigo porque sabía que yo era un filón de ganar dinero gracias a la venta de datos bancarios.

—Ya veo, por eso nunca has hablado mal de Blas, porque a ti también te interesaba irte con él a la nueva empresa y ganar un sueldo mayor.

—Eso es, pero como tampoco me fio de Blas y soy más listo que él, he hecho más transacciones de las que le he dicho, por eso me he embolsado una buena cantidad de dinero.

—Me has dicho que tú también necesitabas dinero y no me has explicado el motivo —le pinchó Silvia.

—Necesito el dinero para rescatar a mi hermana.

— ¿Me estás diciendo que sabes dónde está?, pensaba que le habías perdido la pista.

—Sé dónde está, pero es un tema personal que creía poder manejar solo, aunque todo se ha complicado. Si no estuvieras con ese tonto de Edgar podría confiar más en ti.

— ¿A qué te refieres? Ya vi en mi casa que entre los dos no hay buen

rollo.

— ¿Buen rollo? No sé cómo puedes estar con él.

—No estoy con nadie, Edgar y yo no estamos juntos.

— ¿A no?

Alex se quedó sorprendido, mirándola a los ojos de forma esperanzada, mientras le decía: — ya sabes de mis sentimientos hacia ti.

— ¿Qué sentimientos? Nunca me has dicho nada.

En ese momento entró María en el despacho, diciendo:

— Chicos yo ya me voy, Sylvi, hoy ni has comido.

— ¿Pero tan tarde es?, ¡si casi son las seis!, ¡qué rápida se me ha pasado la tarde!

Se despidieron de María que ya estaba saliendo del despacho, ya veía que allí estaba de más.

— ¿Quieres que vayamos a comer algo? Yo tampoco he comido y tengo hambre —propuso Alex.

—Me parece bien, todavía tienes mucho que explicarme.

Silvia se levantó y fue al baño llevándose el móvil, necesitaba una excusa para poder estar un momento a solas.

Se había acordado que Edgar estaría pendiente de que le avisara para quedar y en ese momento, ella no quería verle. Sentía que estaba comenzando a avanzar con lo que le decía Alex y necesitaba seguir hablando con él antes de que volviera a cerrarse en sí mismo. Así que optó por enviarle un mensaje:

SILVIA Hola, ahora no me va bien quedar.

EDGAR ¿Paso más tarde?

SILVIA Tengo mucho trabajo atrasado.

EDGAR Pues cenamos juntos.

SILVIA Mejor mañana.

EDGAR Como quieras.

SILVIA Sí, lo prefiero.

Sabía que Edgar estaría extrañado con su reacción, pero ya hacía días que le había pedido espacio y él no hacía nada al respecto. En su relación siempre había una parte de desconfianza, la había engañado en varias

ocasiones y su sexto sentido le decía que fuera con cuidado.

Cuando volvió del baño vio que Alex la estaba esperando junto a la salida, estaba siendo un día intenso, tenía hambre y se sentía cansada, por lo que estaba deseando salir a la calle. La temperatura era muy agradable así que comenzaron dando un paseo hasta que entraron en una hamburguesería a comer algo rápido.

—Te estaba hablando de mis sentimientos —le dijo Alex cuando estaban sentados con sus bandejas llenas de hamburguesas, patatas fritas y un par de bebidas.

Silvia se lo escuchaba mientras que miraba todo lo que había en la bandeja, sin dar crédito a que ella pudiera comerse todo lo que había allí. Después, levantó la cabeza para seguir atendiendo a lo que Alex le decía, parecía importante.

—Lo sé y puede que mi respuesta te parezca muy fría ante lo que dices sentir por mí, pero estoy muy confusa, prefiero que me sigas explicando lo que sabes de tu hermana.

—Ya, como quieras. Pues eso, que necesito el dinero para rescatar a mi hermana.

— ¿Dónde está tu hermana? —preguntó Silvia otra vez. Le parecía que tenía que sacarle la información con un sacacorchos.

—Marta está en una secta.

— ¿Una secta?

— ¿A qué parece ficción?, pues más te lo parecerá cuando sepas de qué va.

—Pues dime.

—Está metida en la Logía, te debe sonar porque hay actores conocidos metidos en ella, incluso hay gente a nuestro alrededor que lo es y te pasa desapercibida.

— ¿Desde hace mucho tiempo?

—Como te dije, después de una discusión con mi padre, se fue, esto pasó justo después de verano, en septiembre. Pues fíjate ahora estamos ya en mayo y no ha vuelto a contactar con nosotros, pero sé dónde está a través de una amiga, Eva. Por lo que Eva me ha explicado en esta secta lo das todo: dinero, tiempo, hasta tu alma les vendes.

—Me imagino que te enganchan con falsas promesas de amistad y te

crean una dependencia. Quizá tu hermana se sentía sola, allí encontró lo que le parecieron amigos y si se fue metiendo, después no pudo salir.

—Sí, eso es, y me da mucha lástima que entrara allí porque estaba sola, hubiera podido confiar más en mí. Además, Eva me dijo que le estaban pidiendo más dinero y Marta no tiene nada más que dar. Así que está en una encerrona, por un lado, para quedarse necesita dar dinero y si consigo que salga, el tratamiento de terapia cuesta un dineral.

Silvia lo escuchaba detenidamente y entendía que estuviera tan preocupado, ella también hubiera hecho cualquier cosa por ayudar a un familiar. Por eso Alex se había arriesgado tanto para conseguir dinero a través de compraventa de datos desde la Deep Web.

—Me parece increíble lo que me estás contando, Alex, nunca he conocido a nadie que se haya metido en una secta. Te entiendo y comprendo por qué lo estás pasando tan mal.

—No sabes lo que me ayuda que estés de mi parte, yo también estoy muy solo, me cuesta confiar en la gente y por supuesto, este tipo de problemas no los puedo contar a cualquiera.

Los dos se quedaron mirando sonriendo, se comprendían y compartían una gran confianza. Para romper un poco la magia que les había envuelto en un momento, Silvia propuso:

—Todavía me tienes que contar lo del soborno, pero mejor si vamos saliendo, se está haciendo muy tarde.

—La verdad es que yo estoy cansado y entiendo que tú más, con todo lo que te he contado debes tener la cabeza llena de información.

—Sí, necesito un poco de tiempo para ir procesando todo esto. ¿Te parece que mañana nos veamos de nuevo en la oficina y así me acabas de explicar?

—Claro, ¿cuándo te va bien?

Silvia revisó su agenda para el día siguiente y se dio cuenta de que Jorge había puesto la reunión con Carlos a primera hora. No quería que Carlos se encontrara con Alex, sería bastante violento así que prefirió quedar con él al mediodía.

Fueron caminando juntos hasta llegar donde Alex tenía aparcada su moto roja.

— ¿Quieres que te acerque a tu casa con la moto?

—No estoy lejos, prefiero ir dando un paseo.

De forma improvisada, Alex se acercó y le dio un beso en los labios.

—Intenta darme una oportunidad.

—Pero si hace nada estabas con María.

—Era por despecho porque tú estabas con Edgar.

— ¡No digas eso! es mi amiga.

—Estaba porque me gustaba, pero la considero una amiga, contigo es distinto, quiero algo más.

—No sé, Alex.

Él se puso el casco, se subió a la moto y la saludó con la mano despidiéndose, se verían al día siguiente; ella se fue hacia su casa paseando y pensando en lo complicado que había sido el día: «Madre mía, con lo tranquila que yo estaba en Zaragoza con mis padres, llego aquí, entre Alex y Edgar, lo del soborno, la secta y lo que me ha dicho ese tipo esta mañana tengo la cabeza que me va a explotar».

Cuando se acercó a la calle Fusina vio que el coche de Edgar estaba aparcado en la esquina. «¿Otra vez?», pensó. Siguió andando y cuando llegó cerca de su portal sus sospechas se confirmaron, él la estaba esperando.

—Hola Silvia, pues sí que tenías trabajo atrasado —le dijo con sorna.

—Tenía muchas cosas que hacer y tampoco tengo porque darte explicaciones. Te había propuesto quedar mañana Edgar, pero creo que prefiero dejarlo aquí.

— ¿Qué quieres decir?

—Prefiero cortar nuestra relación, lio, amistad, como quieras llamarlo.

—Pero ¿por qué? —Edgar había cambiado su semblante, ya no estaba risueño como hasta el momento, sino que estaba entre molesto y sorprendido. Llevaba las gafas de sol en las manos y se las guardó en el bolsillo para poder coger a Silvia de las manos y atraerla hacia él. Ella se zafó del abrazo.

—Pues por esto mismo —contestó enfadada— cuando te pido tiempo no me lo das o si hoy te digo que no quedamos ¿por qué tú decides venir? Mis decisiones son tan validas como las tuyas y tienes que respetarlas. Me siento acosada y no me gusta.

—No te enfades Sylvi, me voy y ya quedamos mañana con más calma.

— ¿Lo ves? Si te acabo de pedir que lo dejemos y no me escuchas.

—Yo no quiero dejarlo, me gustas y quiero estar contigo.

—Es una decisión de dos y yo no quiero —le contestó manteniendo la mirada. Era mucho más baja que él, pero no cedió.

—Si te arrepientes y quieres volver conmigo, quizá después yo no quiera, ¿lo has pensado?

—Es un riesgo que voy a asumir, aunque ahora la decisión la tengo tomada.

—Si me dieras la oportunidad de subir y pasar la noche juntos podrías recordar lo bien que lo pasamos en París.

—Ahora estamos en Barcelona y no en París, entiéndelo.

—Es tu decisión, como quieras, pero te arrepentirás. Adiós, Silvia —dijo mientras que hacía una tentativa de acercarse, aunque finalmente se dio la vuelta y se fue hacia el coche.

Silvia se lo miraba con euforia, le parecía que acababa de librar una batalla y había vencido. Subió las escaleras de dos en dos. Cuando llegó a su casa, cerró la puerta, no encendió ni las luces y se tumbó directamente en la cama, vestida y todo, estaba agotada.

Capítulo 16

Se despertó incómoda, había dormido vestida e inconscientemente no se había movido demasiado para no estropear la ropa. Le dolía todo y decidió que un buen café le ayudaría a despertarse. Después del desayuno y la ducha ya se encontró mejor.

Deseaba que llegara el momento de volver a ver a Alex, no sabía qué otras cosas le explicaría y la había dejado sorprendida al mostrarle sus sentimientos hacia ella. Por lo que conocía de él, era una persona introvertida que le costaba abrirse a los demás. Había sido todo un logro que hablara abiertamente con ella y en cambio, ella había prestado más atención a las hamburguesas y a las patatas que a lo que él le decía. «Pobre, con lo que le habrá costado sincerarse», pensó sintiéndose mal por él.

Una vez lista, salió a la calle con paso firme y mirando de reojo a lado y lado para que no le volviera a pasar lo mismo que el día anterior. Sin embargo, tuvo la suerte de llegar al trabajo sin que nadie se acercara a ella para molestarla.

Se encontró con Jorge en el portal esperando el lento ascensor del trabajo. Los dos nunca habían tenido tan buena sintonía como hasta ese momento, él le brindó una sonrisa y le ofreció repasar la información que tenían conjunta, antes de que llegara Carlos.

En el bufete tenían una pequeña sala de reuniones que daba a la calle, era muy acogedora porque entraba mucha luz, además de que ofrecía buenas vistas. Silvia estaba en la sala, mirando por la ventana a la espera de que entrara Jorge. Habían quedado allí para repasar todo lo que tenían pendiente antes de la visita. Silvia se sentía tranquila, tenía la corazonada de que ese día podría cerrar varios de los temas que tenía en

la cabeza, quizá era el hecho de no estar más con Edgar, lo que la hacía sentirse más ligera y libre.

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando Jorge entró cargado con su portátil y sus expedientes.

—Hola, mira, según lo que estuvimos viendo el otro día he preparado una propuesta de acuerdo entre Blas y sus socios. ¿Lo revisas? —le dijo Jorge con ganas de adelantar trabajo.

Aunque a Silvia le hubiera gustado prepararla ella, tampoco habría tenido tiempo para hacerlo, así que agradeció que él fuera tan eficiente y que lo tuviera todo preparado.

Carlos llegó a la hora prevista y María lo acompañó a la salita donde ya estaban los dos abogados, parecía cansado y con ganas de terminar con todo el asunto, así que escuchó atentamente las partes del acuerdo que le estaban proponiendo.

El informe del acuerdo era extenso y detallado, se lo estuvieron explicando punto por punto para ver todos los términos del mismo.

—Creemos que es lo más beneficioso para vuestra empresa —expuso Silvia— Blas desiste de todos sus derechos sobre la nueva herramienta de software, además que os indemnizará con una buena cantidad de dinero por las pérdidas de clientes.

—Por otro lado —continuó Jorge— si os acogéis al acuerdo tendréis menos costes ya que no tendremos que ir a la audiencia del juicio y este asunto quedará confidencial puesto que las negociaciones que cerremos estarán dentro de un acuerdo cerrado. No sería así si vamos a juicio donde la decisión final tiene que ir con un comunicado en un registro público y quizá pueda afectar a la imagen de vuestra empresa.

—Estoy muy dolido con Blas —explicó Carlos mirándolos alternativamente— siempre habíamos sido buenos amigos y ahora me encuentro con que me traiciona y encima me culpabiliza para que yo parezca el que ha hecho las cosas mal, yo siempre he mirado por la empresa y por nosotros. No sé qué afán de venganza tenía él sobre mí.

—Es cierto, Blas no ha actuado bien, pero ahora debes dejar de lado tus sentimientos y pensar de forma objetiva en qué te beneficia el acuerdo que te estamos presentando, ¿verdad, Jorge?

—Eso es, revisa bien los puntos que te proponemos, evalúa pros y

contras. Si finalmente estás de acuerdo, llevaremos este acuerdo al juez para su firma y que sea considerado una orden final.

—Quizá la solución que te presentamos no sea perfecta, pero mira en beneficio de las partes. Te proponemos que lo hables con el resto de socios y nos des una respuesta lo antes posible ¿Te parece?

—De acuerdo. ¿Y qué ocurre con la acusación, de parte de Blas a Alex, de apropiación de datos bancarios confidenciales?

—Como Blas queda fuera de la empresa, la acusación que hizo en vuestro nombre queda anulada. A no ser que quieras retomarla de nuevo —dijo Jorge.

—Por mi parte no tengo ningún indicio de robo de datos, no sé de dónde sacó la información Blas, supongo que a él le interesaba. Lo hablaré con el resto de socios, pero creo que lo daremos por zanjado. Como os digo, lo reviso y os informaré de nuestra decisión.

Siguieron comentando con él algunos otros puntos y una vez terminada la reunión lo acompañaron a la salida del bufete.

Tanto Silvia como Jorge estaban satisfechos de cómo había ido la reunión y preveían que acabarían firmando el acuerdo, con lo que podrían cerrar el caso.

Silvia, por su lado, se sentía eufórica porque si Carlos le confirmaba que cerraban el acuerdo, Alex quedaría libre de los cargos que se le imputaban de filtración de datos. Estaba deseando que llegara Alex para poderle informar de la buena noticia.

Él no se hizo esperar y llegó antes de la hora convenida. María ese día no estaba, les había avisado que se encontraba mal y que se quedaría en casa, así que Silvia tenía la puerta del despacho abierta para vigilar si entraban clientes. Cuando vio que llegaba Alex se levantó de la silla y fue a buscarle.

—Hola Alex, pasa, pasa, tenía muchas ganas de verte —le dijo tirando de él de la mano para acompañarlo al despacho y dejándolo confuso por tanta efusividad.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Tengo novedades muy importantes sobre tu caso.

Cerraron la puerta del despacho y se sentaron en dos sillas uno frente al otro. Alex estaba encantado de verla tan contenta y preveía que tenía

buenas noticias que darle.

Silvia le explicó lo hablado con Carlos y parte de la propuesta que habían planteado a la empresa, recalcando: —Están valorando cerrar la acusación de apropiación de datos bancarios confidenciales que te hizo Blas.

— ¿Eso quiere decir que quedaría libre de todo cargo?

—Sí, pero falta que Carlos nos confirme que aceptan la propuesta.

— ¡Eso sería fantástico! —dijo Alex cogiéndole las manos y mirándola con sus ojos azules— no sabes lo importante que es para mí, que podamos cerrarlo con Carlos.

—Sé que es muy importante porque te libras de una buena de indemnización o incluso de pasar por la cárcel.

—Sí, pero además hay otros temas que se solucionarían.

— ¿El qué?, no te sigo.

—Como me dijiste que ya no estás con Edgar es más fácil contarte esto.

—No sé qué tiene que ver Edgar con todo esto.

—Ahora te explico: conocí a Edgar cuando la empresa Tech development los contrató para que me siguieran, esto ya lo sabes. Me lo encontraba por todas partes, después me fijé que se había acostumbrado a aparcar el coche cerca de tu casa, quizá porque me vio pasar algunas veces con mi moto o porque pensaba que tú le darías más información sobre mí. Por eso cuando te acompañaba a tu casa y veía que estaba él vigilando, me daba tanta rabia que salía disparado con la moto.

—Sí, me fijé que tu comportamiento no era normal.

—Después me enteré que además de investigar los puntos por los que le habían contratado, que era lo del software y la lista de clientes donde yo no tuve nada que ver, no sé cómo, había averiguado que también me dedicaba a la compra y venta de datos.

—Ya se sabe, los investigadores privados supongo que, si ven algún hilo del que tirar, no paran hasta saber el porqué. Y en este caso debió ver que habías ingresado bastante dinero.

—Estoy de acuerdo en que es su trabajo, pero él ponía muchas ganas en encontrar pruebas contra mí. También he sabido porqué lo ha hecho.

—Cuéntame —contestó Silvia que deseaba conocer qué escondía Edgar.

Silvia tenía una máquina de café en el despacho y Alex se levantó para hacerse uno.

— ¿Puedo?, no he desayunado —le preguntó con una tranquilidad pasmosa.

—Sí, claro lo que quieras.

— ¿Quieres uno?

—No gracias. Sigue, quiero conocer la historia.

Pero Alex se lo preparó con calma y hasta que no estuvo de nuevo sentado con el café en la mano, no continuó, estaba disfrutando de tener toda la atención de su parte.

—La noche que estuvimos en tu casa, él ya te dijo que conocía a personas a quienes les habían robado sus cuentas bancarias por una filtración de sus datos. Él mismo lo sufrió.

— ¿Qué quieres decir?

—Que a él le quitaron dinero, no sé cómo, ni quien, no fui yo por supuesto. Por eso está contra mí. Pero como te dije, yo no hago nada malo, hago una transacción y son las empresas o las personas quienes me compran los datos las que juegan sucio.

— ¡Qué fuerte!, pobre Edgar.

—Cuando te acabe de contar no lo defenderás tanto. Edgar estaba liado, bueno todavía lo está, con deudas de juego. Es decir, necesita dinero. Y ahora viene el tema importante, como Edgar sabe que tengo dinero y como está convencido que he hecho algo malo haciendo trabajos de hacker, pues me está sobornando.

—No me lo creo.

—Puedes creértelo que es cierto. Me pide dinero a cambio de que no explique los trapicheos sobre mí que ha descubierto.

Silvia estaba escuchando a Alex sin dar crédito a lo que le iba contando, pero todo tenía sentido, lo mal que se llevaban ellos dos y la conversación que escuchó en Zaragoza cuando escuchó decir a Edgar que le dieran unos días más que pronto tendría el dinero. «Edgar debe estar en una encrucijada, aparentar que no pasa nada cuando está conmigo y por otro lado sobornar a Alex para que le dé dinero para saldar cuentas. Además, que ha tenido muy poca confianza conmigo, no me ha explicado nada, siempre está con secretos», pensó sintiéndose engañada.

—Entonces, el hecho de que la empresa de Carlos te exculpe de la filtración de datos bancarios de pagos quiere decir que Edgar pierde su poder. Si Carlos firma el acuerdo quedará firmado ante el juez que tú no

tienes nada que ver con esa compraventa.

— ¿A que es fantástico?

—Vaya lio, entre Edgar y tu hermana, no me extraña que estuvieras preocupado.

Entonces Silvia se acordó del encuentro con el desconocido y se lo explicó:

— Pues este tipo, el que se puso a mi lado cuando iba hacia el bufete, sabía que era tu abogada y conocía tu nombre. Me dijo que tenías que pagar por lo que estabas haciendo, me asustó de veras.

— ¿Iba vestido de negro con el pelo bastante blanco?

—Sí, alto y con traje negro como Edgar.

—A ese también lo conozco, es compañero de Edgar. Supongo que como Edgar no podía apretarte directamente porque desconfiarías de él, te envió a su amigo a presionarte.

—Ya veo, pues si esperaba que me asustase no lo consiguió, bueno... un poco, sí.

—A mí también me asustó al principio, yo también he tenido algunos encuentros con él, pero necesito el dinero para ayudar a mi hermana. Ahora que Eva me ha dicho dónde está, haré lo que pueda para sacarla de allí y pagarle un tratamiento. Además, nunca me podrán pillar en la compraventa de datos, soy muy bueno y no dejo rastro de mis transacciones.

Se quedaron los dos callados procesando todo lo que habían hablado, muchos detalles que entender.

—Creo que lo mejor ahora es que te vayas y yo hablaré con Enrique, le explicaré toda esta situación y él sabrá si tenemos que hacer algo con el soborno de Edgar.

—De acuerdo, ¿te parece bien que te llame esta noche? Y me cuentas cómo ha ido.

—Te propongo que vengas a cenar a casa —dijo Silvia porque lo último que quería era quedarse sola por si aparecía Edgar de nuevo.

—Claro, después me paso por tu casa.

Se levantaron los dos. — Si ya no somos abogada y cliente quizá podamos llegar a algo más —propuso Alex como si tal cosa.

—Puede.

Después de la ambigua respuesta, Alex no quiso insistir y la dejó tranquila para que pensara en todo lo hablado y pudiera explicarlo a Enrique. Silvia por su parte estaba aturdida por toda la nueva información, pensó que era una suerte que ese día no estuviera María, así la podría dejar un poco al margen de todo lo contado por Alex.

Una vez Silvia hubo repasado todos los puntos hablados con Alex, salió al pasillo y vio que el despacho de Enrique tenía la puerta entreabierta. Justo cuando fue a entrar, se abrió la puerta y salió Enrique, no estaba solo.

—Ah Silvia, mira te presento a un viejo amigo.

—Vaya Silvia, que casualidad encontrarte aquí.

—Edgar, trabajo aquí.

— ¡Ah!, ¿pero os conocéis? — preguntó Enrique.

—Nos hemos visto algunas veces, aunque nunca se puede conocer bien a una persona —contestó ella.

—Cierto, bueno... yo me voy. Adiós Enrique, un placer Silvia.

Silvia miraba con la boca abierta cómo Edgar salía del bufete.

— ¿Querías hablar conmigo?

Ella dudó de si hablarle de Edgar o no, pero pensó que no tenía demasiadas alternativas y necesitaba ayuda con el caso. Era su oportunidad.

—Si tienes un momento, sí que me gustaría hablar contigo.

—Ahora tengo tiempo, pasa y tú misma cierra la puerta.

Silvia estuvo toda la tarde en el despacho de Enrique, le explicó todo lo relacionado con el caso desde el posible acuerdo con la empresa de Carlos, lo explicado por Alex, el lío en que estaba su hermana e incluso le contó lo del soborno de Edgar y cómo la había amenazado otro socio de la misma empresa cuando vino al bufete, no se calló nada.

Enrique se puso de su parte en todo momento y propuso que lo mejor era que Alex pusiera una denuncia por ser la persona agraviada de un soborno: — O bien que nos contrate a nosotros como representantes legales para ayudarlo.

—Pero si Edgar es tu amigo, Enrique, ¿quieres ir contra él?

—No es mi amigo, es un compañero de estudios de hace años. Durante

mucho tiempo no supe nada de él hasta que me lo encontré cerca de aquí un día por casualidad y ha subido al despacho un par de veces.

—De acuerdo, pues le comentaré las alternativas a Alex y que él decida, aunque seguramente querrá que le ayudemos también con este nuevo caso. Te lo confirmo cuando lo sepa.

—Muy bien, Silvia. Por cierto, te felicito por tu trabajo e implicación en este caso que habéis cerrado entre Jorge y tú.

— Gracias, Carlos nos tiene que confirmar si aceptan el acuerdo, pero supongo que nos dirá que sí.

Cuando se despidió de Enrique recogió sus cosas y salió del trabajo. Había sido un día intenso. De camino a su casa compró un par de cosas para la cena que tenía con Alex, le hacía ilusión que fuera a su casa.

A lo largo de todo el trayecto, ella iba mirando a lado y lado por si veía aparecer a Edgar o a su amigo, pero no los vio, así que llegó a casa feliz por tener tiempo para ella ya que todavía faltaban un par de horas para la cena.

Se sentó en el sofá y estuvo hablando tanto con su madre como con María, los echaba de menos a todos, a sus padres y a su amiga.

También recibió un mensaje de Jorge que le confirmaba la aceptación del acuerdo por parte de Carlos y los otros socios.

Lo relejó varias veces sin creerse que la pesadilla había terminado para Alex. Se levantó y comenzó a bailar de alegría. Era un buen logro, había conseguido que Alex se librara de los delitos que le había imputado la empresa. Una vez estuvo cansada de dar vueltas y giros, decidió que ya era hora de arreglarse. Se duchó y se puso cómoda para estar por casa, pero con un conjunto que sabía que le favorecía. Terminó justo a tiempo de que llamaran a la puerta. La abrió sin pensar y allí estaba él.

—Alex, qué alegría verte —dijo cerrando la puerta y abalanzándose hacia él para darle un beso.

—Pues sí que estás contenta. ¿Esto quiere decir que ya no somos abogada y cliente, y ahora puedes ser mi pareja?

—Ya no soy tu abogada, Carlos ha aceptado el acuerdo que te exculpa de todos los agravios de los que te incriminó la empresa.

— ¡Que alegría Sylvi! De verdad —dijo cogiéndola en brazos y dejándola encima de la cama— suerte que has estado ayudándome en esto, yo solo

no hubiera podido hacerlo.

—Es verdad, hemos trabajado duro, porque también Jorge nos ha ayudado.

— ¿Y qué te ha dicho Enrique?

—Esto mejor te lo cuento en otro momento, hoy toca celebrar que hemos cerrado un caso. Mañana ya veremos qué podemos hacer con lo del soborno, pero ahora no quiero pensar en ello.

—Yo tampoco. Quiero disfrutar de estar los dos juntos y de olvidarnos del resto del mundo.

—Bien dicho.

Se miraron a los ojos y sin acordarse de la cena, se dedicaron a quererse y a estar juntos.

Pasadas algunas horas cuando ya era más de medianoche y estaba todo oscuro, Silvia estaba tumbada en la cama y alargó el brazo por debajo de las sábanas para comprobar si él todavía estaba con ella.

Quiso relajarse, aunque sus pensamientos no cesaban.

Epílogo

En mitad de la noche Silvia se deshizo del abrazo de Alex, que estaba durmiendo a su lado. Lo miraba sin dar crédito a que su relación se hubiera afianzado.

Se levantó porque tenía un presentimiento y se acercó a la ventana. Allí estaba él con sus gafas de sol en medio de la oscuridad de la noche, recostado en su cochazo negro, miraba hacia su ventana sin verla.

Silvia se sintió turbada al pensar que Edgar podía deducir que Alex había pasado la noche con ella. Los estaba controlando a los dos. No tenía miedo de él porque deseaba creer que nunca le haría daño físicamente, pero su constante acoso podía ser igual de perjudicial para su mente.

Se sentó al lado de la ventana sin dejar de mirarlo y pensó en su relación con él, cómo se habían hecho amigos, los buenos momentos que pasaron en París, sus mentiras, su actitud siempre cariñosa, el detalle de ir a Zaragoza en su busca, todo se había ido al traste al conocer la realidad que escondía.

Por un momento, pensó en bajar a la calle y preguntarle: «¿Cómo puedes estar sobornando a Alex?, por muchos problemas que tengas económicos, no puedes estar acosándole y ahora a mí si estoy con él. Si tú necesitas ayuda, ¡dímelo!, pero no podemos seguir con esta agonía de sobornos y traiciones».

Como si Edgar la hubiera estado escuchando, retiró sus gafas de sol, cogió su móvil y tecleó durante bastantes segundos. En pocos segundos el móvil de Silvia emitió un pitido. Sin pensarlo, ella fue a coger el móvil y leyó un extenso mensaje:

EDGAR Sé que estás con él, pero eres mía y algún día volverás a mí. Alex

pagará por lo que ha hecho y me devolverá todo el dinero que me han robado. No me tengas miedo, no quiero que te sientas acosada por verme otra vez debajo de tu portal. Ya me voy y no volverás a verme. Sí volvemos a encontrarnos será porque tú habrás venido a buscarme. En las pocas semanas que nos hemos conocido has sabido llegar hondo a mi corazón, pero como tú me dijiste, somos dos a decidir, no solo yo, lo entiendo y tú lo has escogido a él. Te fías de él y no de mí, no sé por qué. Hasta luego Sylvi.

Tan pronto como finalizó de leer el mensaje, Silvia volvió a mirar por la ventana, vio como él subía en su coche, le pareció que la saludaba con la mano como un saludo de despedida y se iba. Su relación con Edgar había terminado, o eso parecía, releendo su mensaje no sabía qué pensar.

Siguió durante unos minutos, sentada al lado de la ventana, viendo que él ya no estaba y recordando lo bueno y lo malo de lo vivido con él.

Después se giró, vio a Alex que la miraba recostado con cara de preocupación y fue hacia él queriendo olvidar todos sus problemas relacionados con Edgar y aceptando los trapicheos que se llevaba entre manos, Alex, en la Deep Web.

Nota de la autora

Escribir sobre temas tecnológicos y legales no es sencillo, aunque es un tema apasionante ya que los fraudes y la tecnología nos van rodeando cada día un poco más.

Además, contar con personajes tan complicados como Alex y Edgar, que ejercen en Silvia un acoso psicológico, hacen que sean difíciles de moldear y acaben teniendo vida propia. No descarto que Edgar me pida escribir un libro dedicado a él para poder seguir pretendiendo a Silvia y sobornando a Alex.

Por eso agradezco la inestimable ayuda de Esther, Amelia y Antonio que tienen la paciencia de leer y releer mis escritos para que los personajes se mantengan en su sitio y las historias acaben siendo coherentes.

También quiero agradecerte a ti que hayas escogido leer este libro y deseo que te haya gustado.

Todos los personajes y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas o hechos reales es una coincidencia.

Sobre la autora

Nací en Barcelona, lugar donde resido, estoy casada y tengo dos hijos fantásticos. Me apasiona leer y soy escritora en constante proceso creativo. Comencé a escribir como vía para expresarme, evadirme y adquirir conocimiento.

Mis novelas tienen distintos estilos literarios y mi intención es seguir escribiendo inventando historias que te enganchen y hagan volar tu imaginación. En la actualidad compagino mi pasión por la escritura con mi trabajo.